

ALFAGUARA



**Piedad Bonnett**

**El prestigio de la belleza**



## Annotation

En *El prestigio de la belleza*, la autora relata sus tratos con la belleza, los terrores de la infancia, la educación estricta y constreñida, el proceso de aprendizaje, la aparición de la literatura, las transformaciones mínimas, los cambios del cuerpo, la salida de la casa familiar y los tropiezos del amor. Estas vivencias son narradas con emotivo y sincero orgullo, en este libro cargado de humor y del impecable lirismo característico de la prosa de una de las escritoras colombianas más destacadas de nuestros días.

- 
- [PIEDAD BONNETT](#)
  - [Sinopsis](#)
  - [El prestigio de la belleza](#)
    -
-

**PIEDAD BONNETT**

*El prestigio de la belleza*

*Alfaguara*

## Sinopsis

En *El prestigio de la belleza*, la autora relata sus tratos con la belleza, los terrores de la infancia, la educación estricta y constreñida, el proceso de aprendizaje, la aparición de la literatura, las transformaciones mínimas, los cambios del cuerpo, la salida de la casa familiar y los tropiezos del amor. Estas vivencias son narradas con emotivo y sincero orgullo, en este libro cargado de humor y del impecable lirismo característico de la prosa de una de las escritoras colombianas más destacadas de nuestros días.

Autor: Bonnett, Piedad

©2010, Alfaguara

ISBN: 9789587581959

Generado con: QualityEbook v0.75

# El prestigio de la belleza

Piedad Bonnett

...

*también la verdad se inventa.*

ANTONIO MACHADO

*¿Cuánta verdad contar?*

DORIS LESSING

*... todo el secreto consiste en parecer  
mentiroso cuando se está diciendo  
la verdad.*

RICARDO PIGLIA

*... asistía al espectáculo, subyugada por  
el prestigio de la belleza.*

AMÉLIE NOTHOMB

I.

La niña de la foto es realmente fea. Debajo de la enorme capota se ve una carita grumosa, de enormes cachetes y diminutos ojos de zarigüeya, vivos y sonrientes. Sobre el labio superior, como un oprobio, la huella mínima, pero inocultable, del dedo torpe del dios que sopló sobre el barro aún fresco para darle vida.

Esa niña soy yo y este relato es, entre otras cosas, el de mis tratos con la belleza. Y, como todo relato verdadero, es también, hasta cierto punto, un ajuste de cuentas con los demás, pero sobre todo conmigo misma. Una lona en cuyas esquinas no hay *segundos*. Un laboratorio donde remiendo mi propio Frankenstein.

No sé si la mancha sobre el labio es rosa pálido, o violeta o marrón, en parte porque la fotografía es en blanco y negro —uno de esos «retratos» antiguos de bordes blancos y ondulados— y en parte porque ya no tengo el estigma: por alguna razón misteriosa a los tres o cuatro años se diluyó, o lo aspiré en un acto desesperado que me libró de él para siempre.

Todo comenzó para mí, como para cualquier mortal, en el reino del agua: la vieja historia de un sereno flotar que un día cualquiera cesa y se convierte primero en inquietante chapoteo en el vacío y luego en la sensación de que una boca monstruosa te absorbe y te saca de las plácidas tinieblas. Hasta aquí ninguna novedad. En mi caso, sin embargo, la última parte de ese primer capítulo no culminó de la forma sintética, fluida y eficaz que siempre se espera. Cuando mi cabeza empezó a penetrar en el túnel que me conduciría a la salida, me encontré con un obstáculo, el primero de los muchos que iba a tener a lo largo de la vida. Mi persistencia de topo ciego se estrellaba reiteradamente contra un mundo cerrado, un colchón de fulgores violáceos que empezó a provocar estallidos en mi cerebro. Los oídos, que apenas si habían captado hasta entonces pálidos rumores, empezaron a zumbir, como si en cada uno de ellos habitara un abejorro gigante. Todo me daba vueltas. Dentro de mi cuerpo sentía un tum tum de tambores. En mi frente empezó a crecer un resplandor color sangre y en mi boca apareció un sabor amargo. Aquel mar, antes acogedor, comenzó a ahogarme. Yo luchaba como un gladiador diminuto entre las fauces de una fiera. Entonces, en el momento mismo en que mi esfuerzo amenazaba con desfallecer, me convertí en un silbo, en una partícula luminosa que bajaba en espiral desde la eternidad, que es, como se sabe, un mar sin orillas. Un siglo después salí por un agujero sangrante. El Tiempo apareció, me hizo saber que ya no era un renacuajo perpetuo y me instó a usar mis pulmones. Entonces di un alarido pavoroso, que era a la vez de liberación y de miedo.

Mi madre se asustó al verme. Yo era la primogénita y ella había estado esperando un niño rosado, de ojos almibarados como los suyos y una cabeza perfecta, redonda y calva. (La cabeza fue siempre fundamental en su juicio sobre la mayor o menor perfección del prójimo: la proporción, la forma y el vigor capilar eran definitivos.)

Lo que expulsó, en cambio, después de veinticuatro amargas horas de dolores y pujos, fue un ser repulsivo, de cabeza oblonga, que venía envuelto, casi como presagio atroz, en una sustancia llamada meconio, que no es otra cosa —según definición del diccionario— que un excremento negruzco formado por mocos, bilis y restos epiteliales.

Mi madre me dio unos días de plazo para desamoratarme, desarrugarme, y entonces sí develar mi verdadero ser, acorde a su noción de belleza. Imposible que la genética le hubiera jugado esa broma cruel, ignorando las pestañas cerradas, la barbilla perfecta y la piel lechosa de ella misma y de mis innumerables tías y primas. Tendría paciencia, pensó, mientras se recuperaba de los malos tratos de la naturaleza, que había hecho que yo desgarrara su vagina,

causándole una hemorragia que obligó a mi abuela y a un par de asistentes a extender al sol sábanas y trapos durante casi dos semanas.

Aquel plazo silencioso que ella me había dado empezó a tardar tanto que antes del año ya había perdido las esperanzas. Su lógica cartesiana, que la llevaba a pensar que hasta el más insignificante de los hechos está inserto en una trama de causas y efectos, hizo que sin malicia alguna, sin perversidad, decidiera para sus adentros que, ya que en su familia la belleza era la constante, tanta fealdad debía venir de la familia de mi padre. Este era un hombre normal, de pelo abundante y labios fruncidos, inocente de que en su árbol genealógico existiera una abuela sin gracia. Y que tal vez nunca paladeó el amargor final de la frase con que mi madre catalogó, durante toda mi vida, todo aquello de mí que le resultaba molesto: «Eso es heredado de su papá».

Sin embargo, aquel deslucimiento mío no iba a quedarse así como así, pensó mi madre, educada en la más absoluta disciplina y con una idea muy clara de que un hombre se labra su destino minuciosamente. Algo podría ella hacer, aunque la cosa no pintara fácil.

El impacto de mi fealdad tuvo, sin embargo, rápida compensación para mi madre: cuando mi hermana, con una facilidad pasmosa, sacó su cabeza por el camino ya expedito que yo tan brutalmente había abierto once meses antes, todo en su semblante testimoniaba que se había librado de los genes implacables de la abuela desconocida. Era una niña preciosa, de ojos oscuros, nariz fina y piel transparente como papel de arroz.

Mientras nos miraba, una al lado de la otra, mi madre debió preguntarse secretamente por nuestros destinos. Mi hermana ya llevaba buen trecho ganado, pues la belleza, bien se sabe, es ganzúa que hace ceder todas las cerraduras. Pero ¿qué hacer conmigo? La primera decisión fue elemental: si el espíritu, el carácter, la inteligencia, pueden moldearse, ¿por qué no el cuerpo, máxime si este es reciente, no ha acabado de cuajar, todavía es blando, flexible, maleable? Fue así como se dedicó a frotar mi tabique con manteca de cacao, a peinarme con agua de linaza y de manzanilla, a embadurnar la mancha de mi labio con un pegote de concha de nácar, a darme leche en cantidades colosales para dotar de calcio mis huesos. Todo aquel tratamiento tesonero se combinaba con batas de ojalillo, moños en la cabeza, zapatos blancos y aretes diminutos. Yo fui así altar, tótem, pastel, objeto sagrado frente al que mi madre se doblegaba con reverencia mientras untaba sus sales y sus bálsamos. Yo no sabía que detrás del rito se ocultaba una vocación de alquimista. Mucho tiempo después iba a enterarme de que el amor se manifiesta a veces con desesperación, egoísmo, tretas, trampas. Que el amor jamás es inocente.

Iba a cumplir cinco años cuando un nuevo ser de cejas pobladas, ojos adormecidos y mejillas color merengue, nació dando alaridos en la habitación del fondo. Mis padres no podían estar más ufanos: la criatura no sólo era de una belleza luminosa sino que era un varón, como lo testimoniaba el extraño adminículo color rosa claro que titubeaba entre sus piernas de recién nacido, y que yo conjeturé, a primera vista, que era una excrescencia vil que hacía de mi nuevo hermano un anormal. De modo escueto, aunque con una cierta sonrisa, se me informó que esa subespecie llamada masculina tenía en ese lugar, indefectiblemente, ese tipo de órgano.

Yo recibí al nuevo miembro familiar con una mezcla de curiosidad y recelo. En cuestión de días descubrí el placer de la crueldad, que se tradujo en insólitos experimentos que llevé a cabo a espaldas de mi madre. Metía mis dedos en los ojos de la nueva criatura, tapaba por unos instantes su nariz hasta ver cómo manoteaba con desesperación, mordía uno de sus pies cuando me pedían que la cuidara, mientras mi madre y Narcisa —una joven negra, que llamaban algunas veces *la niñera* y otras veces *la de adentro*— mezclaban el agua en la tina. Los berridos de mi hermano me causaban una excitación extraordinaria, un paroxismo de felicidad y terror. Muy tiesa, al lado de la cama, disimulaba, sin embargo, mis emociones y mostraba a mi madre una sonrisa hipócrita cuando me indagaba con una mirada llena de sospechas. La culpa, ese pajarraco que tarde o temprano viene a picotear en nuestra ventana, no hacía todavía sus estragos.

Dos semanas después un revoloteo generalizado nos permitió enterarnos, a mi hermana y a mí, de que al día siguiente iba a celebrarse el bautizo del nuevo miembro de la familia. Trajeron vino, flores, postres. En la cocina colgaba, desde hacía diez días, un inmenso pernil salado. Me pareció que era demasiada fiesta para el simple hecho de ponerle a alguien un nombre.

A la ceremonia religiosa fuimos todos: mi abuela materna, los innumerables tíos, algunos amigos de la familia y el cura. Mi hermana y yo parecíamos un par de pasteles con crema entre nuestros vestidos. Y la nueva criatura, con sus puños cerrados, había perdido momentáneamente su condición masculina entre un faldón almidonado que había servido para tal menester por varias generaciones.

—¿Por qué agua? —pregunté.

—Es agua bendita —me explicó la vecina.

—Si se muere, que Dios no lo quiera —añadió una de mis tías—, se irá al cielo y no al limbo, el lugar adonde van los que no están bautizados.

¡El limbo! Hasta entonces sólo sabía del cielo, donde estaba el dios al que le rezaba antes de acostarme. Traté de representarme el limbo y lo que me



imaginé resultó muy desagradable: cientos de almas de infantes llorando a un mismo tiempo, acostados en un enorme colchón de nubes.

Durante la fiesta, puesta toda la atención en el recién nacido, en la comida y en las bebidas, mi hermana y yo fuimos felizmente inexistentes. El ajetreo me permitió moverme a mis anchas entre las piernas de los adultos, ensuciando manos y codos y rodillas, y los bordes de mi vestido de organza.

Alguien allá arriba dijo que hacía calor, que sería bueno tomar un poco de aire. Opiné lo mismo. Pero en vez de dirigirme al patio central, que era donde estaba todo el mundo, me escabullí por el corredor y llegué a la puerta de la casa. La larga calle me anunciaba que al final de ella encontraría un mundo novedoso, que me había sido escamoteado hasta entonces. La decisión era sencilla: ir hacia la derecha, donde yo sabía que estaba la plaza, o hacia la izquierda, donde el pueblo se disolvía en una lejana polvareda. Escogí, intuitivamente, el camino de lo desconocido.

Empecé a caminar con una determinación guerrera y una liviandad de ángel. Vi puertas abiertas y zaguanes que daban a jardines y postigos de los que salía música, y muros en los que había gatos enrollados. El hecho de que la gente con la que me topaba parecía no verme y algo en mis mejillas adormecidas me confirmaron que era invisible. Crucé una calle y otra y otra; el pueblo tranquilo por el que había estado caminando se convirtió en cuestión de metros en una especie de enorme jaula donde cantaban muchos pájaros, en una fiesta llena de algarabía y polvo y correteos. Era una alegría distinta a la que yo conocía hasta entonces, una alegría que nada tenía que ver con la que había en la fiesta del bautizo de mi hermano. Me dejé llevar por otra que había dentro de mí, por una desconocida que en medio de un sueño aspiraba en el aire una mezcla de humo y frutas y fango y perfumes chirriantes, mientras sentía en las sienes unos golpecitos deliciosos y en la barriga aleteos y cosquillas.

Anochece, y las luces de los faroles, que en este momento del relato conviene que sean de un amarillo mortecino, empezaron a encenderse. Giré hacia un callejón lleno de sombra, inesperadamente solitario. Nunca necesitamos tanto de otro como cuando oscurece. La cobarde que siempre ha habitado en lo más hondo de mí empezó a correr alocadamente de un lado para otro, como si mover las piernas con tanto brío garantizara una meta conocida. La desesperación enceguece. El cielo empezó a hacerse cada vez más lejano, como cuando uno cae al fondo de un pozo, y un jadeo animal reemplazó al llanto que pujaba por salir de mi garganta. De repente, una mujer que me había estado observando desde la ventana salió de una casa, me detuvo y, acucillándose para estar a mi altura, empezó a interrogarme.

Un grupo de personas se acercó a curiosear.

—Está perdida —dijo la mujer, como si acabara de descubrir América. Alguien mencionó el nombre de mi madre.

Cuando llegué a mi casa de la mano de ese alguien, ya había un puñado de personas en la puerta, alarmadas, esperando la comisión que estaba dedicada a buscarme. Fui recibida con abrazos y reproches. La noticia de que me había escapado se le había ocultado a mi papá, para no enojarlo. Entré a la casa en medio de suspiros de alivio, ufana como nunca, tremendamente satisfecha de mí misma. No sólo había sido capaz de violar el umbral de las prohibiciones, no sólo había sobrevivido, sino que, además, era amada. Amada y necesitada.

Para remediar mi fealdad mi madre recurrió a otros ardides. Como desde temprano creyó ver en mí ojos vivos y mente inquieta, concluyó que también había heredado de mi padre la inteligencia, virtud fundamental por la cual había sido elegido como marido. Pero la mía era aún inteligencia en bruto —valga el oxímoron— susceptible de ser potenciada y dirigida. Tomó entonces, apenas pudo, todo tipo de iniciativas, gracias a las cuales mis neuronas fueron bombardeadas con innumerables estímulos: a través de sus axones y dendritas mis células nerviosas recibieron, mucho antes de pisar un colegio, el impacto del Número y de la Letra Escrita.

Y es que para mi madre, que era maestra, la educación *era la única forma de salir adelante*. Lo creía así, a pesar de que cuando niña la habían hecho cantar en la escuela una canción que parecía haberse escrito pensando en sus mejillas con hoyuelos y en sus labios de un color rosa idéntico al de la lengua de los gatos:

Pues yo como soy bonita  
con poco estudio tendré,  
y de ese modo obtendré  
ser una gran señorita.

Por fortuna, todo parecía demostrarle a mi madre que, en efecto, yo era una niña lista y sin pereza. De una bolsa de taumaturgo fue sacando, entonces, no palomas asustadas, sino aes y oes y úes. En el cartoncito donde se dibujaba la E había pintado un elefante; en el que había escrito la A había un ángel de amplias alas; aquella literalidad, en lugar de defraudarme, me llenó de fascinación; una parte de mi cerebro, la más oscura, comprendió o creyó comprender uno de los misterios más apasionantes del universo: que cada cosa tangible es susceptible de ser representada por unos signos caprichosos y bellos e irreductibles. Adoré

las vocales, mucho más resueltas, directas, ambiciosas, que las ásperas consonantes que dependían de ellas para existir. Sentí cosquillas subiendo por mi columna vertebral cuando conocí la palabra Madagascar. *Llover, cristal, arena* eran pura música en mis oídos. Y relacioné la luminosidad de la cara de mi madre con la palabra mar, la más bella de todas.

Colgando como cola de cometa de mis recientes descubrimientos llegó entonces la poesía, que en ese entonces no era otra cosa que palabras llenas de aire que se juntaban de manera caprichosa, como los colores del arco iris en un charco de aceite. La poesía era sonido, pero también una manera divertida de jugar a desbaratar la lógica de las cosas. *Érase un hombre a una nariz pegado, érase una nariz superlativa* —recitaba mi padre—, y los versos que más me gustaban eran los que entendía muy a medias: *érase una alquitara pensativa, / érase un elefante boca arriba / era Ovidio Nasón más narizado*. Las palabras *superlativa, alquitara, narizado* creaban en mi cabeza imágenes nítidas de objetos extraordinarios cuya realidad no me interesaba constatar.

Mi madre se encargó de enseñarme poemas, muchos poemas. Descubrí entonces que la memoria, esa potencia de la mente que en la infancia resulta tan irrelevante y en la vejez tan consoladora, podía ponerse al servicio de algo. La consecuencia inevitable fue la práctica abominable de la recitación.

En un principio ignoraba que habría recompensas adicionales a la de salir triunfante del único reto que tenía: no olvidar ni una sola palabra del poema. Estas recompensas, sin embargo, llegaron pronto.

No podría decir ahora de qué acto se trataba: una luz amarillenta me hace pensar que es de noche, el salón está atiborrado de gente, hay movimientos y ruidos y un acomodarse de familias con niños engalanados. Yo misma parezco un pájaro fantástico con mi vestido azul cielo de volantes. De repente, unas manos me agarran de la cintura, por debajo de la tela, me izan en el aire, me depositan con toda delicadeza sobre una tarima enorme. Frente a esa multitud de ojos clavados en mí, mientras el murmullo de las voces se acalla y da paso a un silencio que me concierne enteramente, que se convierte en una demanda, siento, por primera vez en la vida, que soy un ser enteramente diferenciado, una *persona*, como dirían los griegos, que ahora carga con una responsabilidad. Alguien susurra algo a mi oído y yo abro mi boca y dejo que las palabras salgan con movimientos ondulantes, como esas cintas de colores que las bailarinas hacen girar en el aire, mientras me afinco en mis piernas y miro a un punto fijo, para que nada se me escape, para que no me traicione la memoria. Cuando termino, otra música se levanta, música de palmas, torrencial y viva como una

lluvia, y yo miro a mi madre que me sonríe porque no la he defraudado, porque he hecho mi número con suficiente gracia. Y entonces otra vez las manos misteriosas me levantan y me depositan en la tierra, y alguien me besa en la frente, y alguien más me acaricia el pelo, donde el mo o de seda se estremece como a instancia de los latidos de mi corazón.

Como se sabe, en cada uno de nosotros habitan muchos yos. Intuyo que fue aquella vez, en aquel salón de actos, entre la vacilación y el aplauso, donde nació, sin saberlo, mi yo extrovertido e histriónico, el que se alimenta de la mirada y el reconocimiento de los demás. Un yo que es muy útil a los tímidos y a los inseguros, pero sobre todo a los invisibles.

De esto último conozco bien porque hubo momentos de mi vida en que fui invisible. La invisibilidad, en mi caso, no era un don como el de esos personajes de los cuentos que pueden escurrirse en espacios ajenos para espiar a los demás o para llevar a cabo sus picardías.  Ya quisiera yo! No. Ser invisible significaba que cada tanto mi identidad se reducía hasta el punto de hacerme dudar de mi propia existencia.

No se crea, sin embargo, que hablo de un debilitamiento de la personalidad. No. Personalidad he tenido, en ocasiones incluso en exceso. La invisibilidad, estoy segura, provenía de la mirada de los otros.

Padec  de cierta invisibilidad en la infancia pero mucho más en otras épocas. Estaba en la mitad de mi veintena y flotaba en un mar de incertidumbres, agobiada por tareas que odiaba y que se chupaban todo el tiempo que alguna vez había soñado para la escritura, cuando pas  por una de esas rachas. Cierta vez vi cómo se abría la puerta de mi pequeña oficina universitaria y un hombre sin maneras, un burócrata ma oso que era nuestro decano, asom  su cabeza, rematada por un odioso copete rizado, ech  un vistazo general, y grit  a alguien que estaba afuera: «aquí no hay nadie». Qued  estupefacta, porque ya desde hacía un tiempo tenía la sensación de no ser vista: los amigos de mi reciente marido hablaban entre ellos como si yo no existiera, mi suegra me ignoraba, y los empleados de los talleres de carros o las gasolineras hablaban para sí mismos como si no tuvieran interlocutor. Sólo mis alumnos, con sus miradas est ticas, me conferían existencia.

Recuperar la sensación de ser algo tangible no fue cosa fácil. Lo logr  usando un par de estrategias que me reservo. B steme decir que el yo oculto fue poco a poco transformándose en un yo irónico, y que por tanto, al no necesitar demasiado al histriónico, lo fue moderando.

En la infancia y la adolescencia, sin embargo, hice de la convivencia entre mi yo oculto y mi yo público todo un arte, sobre todo para combatir el

aburrimiento. Aprendí a inflar el segundo como si fuera un globo de colores, y a reventarlo de manera estentórea en medio de una clase, de una visita de familia, causando a veces estupefacción, a veces risa. El otro, el tembloroso, estaba siempre en silencio, midiendo, pesando, reflexionando. Y aguantando, a menudo, la censura que el yo extrovertido causaba.

Mientras yo me convertía en una diminuta y exasperante recitadora, mi hermana jugaba a la pelota, se subía a los árboles y a los muros, jugaba al yo-yo y al hula-hula, es decir, era feliz. Yo trataba de sumarme a esas actividades sin ningún éxito, pues mis destrezas eran nulas. Me confortaba, sin embargo, pensando en mi don recién adquirido, que a mi hermana, por lo visto, la tenía sin cuidado.

Fue en esos años cuando me topé con que existía un camino infalible, aunque tortuoso, para obtener amor de los que amaba: tener fiebre. Las enfermedades que nos amenazaban tenían nombres fascinantes: varicela, salmonelosis, escarlatina. Difteria era, en cambio, una palabra aterradora, sobre todo porque iba unida en mi mente a una lámina del vademécum que mostraba una lengua pustulosa dentro de una boca dramáticamente abierta. Pero la campeona del horror era la tuberculosis. Sobre este mal Belarmina, la cocinera, contaba historias fascinantes: la que más me gustaba era la de un hombre joven, hermosísimo, quien lo contrajo meses antes de casarse, de modo que el padre de su prometida anuló el matrimonio. La muchacha entró en una crisis depresiva y no quiso volver a comer. El novio fue recluido en una cabaña, fuera del pueblo, en total aislamiento. Sus hermanos le depositaban la comida en la puerta, envuelta en papel de estraza. Un buen día no recogió la comida. Fue la señal de que había muerto. Cuando fueron a darle la mala noticia a su prometida, se encontraron con que, víctima de inanición, había expirado hacía poco.

Con historias como esta empecé a disfrutar los placeres de la tristeza.

En casa fuimos víctimas, sin embargo, de un mal más pedestre, menos legendario que todos los anteriores: sarampión. Primero cayó mi hermana, luego mi hermano y finalmente yo. A pesar de su carencia de aura, la enfermedad tuvo sus ventajas. La primera de todas, y menos importante: no podíamos ir al colegio. La segunda: mi madre nos llenaba de mimos.

El sarampión fue combatido como tocaba. Se cerraron las ventanas para espantar el sol y el viento, y se cubrieron las lámparas con papel celofán rojo. Durante días respiramos con dificultad en un gran útero de paredes encarnadas, donde las sombras se alargaban como espectros. Se trataba de otra dimensión, de un juego de fantasía sólo comparable al de explorar con una linterna las grutas que mi hermana y yo armábamos con las cobijas. La fiebre hizo que mis ojos

azogados produjeran visiones eléctricas, juegos de círculos concéntricos por los que yo me deslizaba como un pez ardiendo. Mi madre venía cada rato a tocarnos la frente y a meternos el termómetro entre la boca. Ese aparato, con su tripa plateada, nos parecía hermoso. Pero más hermoso era ver que ella, después de mirarlo fijamente, comentaba como para sí, y con desconsuelo, que teníamos 38° de fiebre. ¡Qué cifra cabalística! Mi papá había contado que de niño la fiebre del tifo le había hecho sentir que volaba por encima de los tejados, de modo que pudo mirar todo lo que ocurría en los patios de las casas. Yo cerraba los ojos con la secreta esperanza de empezar a levitar, de atravesar las paredes y, ya en el aire, de convertirme en una especie de ángel invisible y voyerista.

Pero lo mejor de todo era que, si la enfermedad era más o menos grave —una vez me dieron paperas—, mi papá venía a sentarse al borde de mi cama tres veces al día —por la mañana, antes de irse al trabajo; a mediodía, hora de almuerzo, y por la noche—, cosa impensable en otras circunstancias, y pasaba su mano por mi frente mientras decía palabras cariñosas.

Con la madre era otra cosa. Ella era algo tan natural en la vida que se convivía con su cariño como con aquellos útiles que apreciamos sin saberlo: una almohadita, un suéter viejo, el pocillo donde nos servimos el café todas las mañanas. El padre, en cambio, era siempre alguien por llegar, el caballo que montamos asustados con el corazón rebosante de dicha, un regalo de Navidad que alcanzamos a divisar, envuelto en papel plateado, arriba de la alacena.

Anonadada por el descubrimiento del sexo de mi hermano, y deduciendo, con horror, que mi padre debía tener en ese mismo sitio algo semejante, corrí hasta mi habitación a media tarde de un día cualquiera, me quité los calzoncitos de tela y me despatarré en el suelo frente al espejo de la cómoda, no sólo para analizar las diferencias sino para examinar a fondo lo que se escondía entre mis piernas, que nunca, vaya uno a saber por qué, se me había ocurrido examinar. Mientras metía los dedos en aquella limpia y pequeña ranura y constataba que entre dos mullidos cojines se alzaba una lengua diminuta y pálida, entró Narcisa con una canasta que acababa de vaciar y se quedó mirándome con una severidad sólo superada por el asombro. Con una intuición de lo prohibido que no sé de dónde puede resultar a los cinco años, cerré mis piernas y me bajé el vestido, pálida como la Muerte.

—Eso es pecado —sentenció Narcisa. Y enseguida añadió algo peor—: Le voy a contar a su mamá.

Aunque yo tenía apenas una vaga idea de qué era pecado, comprendí que esa palabra expresaba algo atroz, inconfesable. Llorando a mares me prendí a sus piernas y hundí mi cara en el delantal, que olía a jabón y a cebolla.

—¿Qué me da para no contarle? —dijo Narcisa, implacable.

Desde allá abajo, con la cara hirviendo, le pregunté qué quería.

—El corazoncito de metal —volvió a decir, bajando la voz. Se trataba de un colgandejo que me había traído una tía de uno de sus viajes, un corazón tornasolado que mi madre llamaba el relicario. Corrí hasta el cajón donde lo guardaba y se lo entregué, todavía llorando, esta vez de rabia.

—Mala —dije.

—Mala usted, que por cochina se va a ir al infierno.

¿A quién podía preguntar yo por el infierno, del que sólo sabía que era un lugar adonde iban los pecadores después de morir? No sería a mi padre, que llegaba todas las tardes de su trabajo, nos mimaba un poco y luego se hundía infinitamente en las páginas del periódico. Tampoco a mi madre, que con tal pregunta se pondría alerta y descubriría mis culpas. A Narcisa no le iba a preguntar, porque la odiaba. Y a mi hermana menos, porque ¿qué podía saber mi hermana de nada, si ni siquiera le gustaba aprenderse poemas de memoria?

Los hermanos de mi madre eran varios, pero sólo dos nos visitaban a menudo: E, que era la menor y me leía cuentos, y R, que era aspirante a cura, y aunque llevaba sotana, llegaba siempre en bicicleta a hacernos visita. Tenía dieciséis años y creo que lo que le gustaba tanto de ir a nuestra casa en los fines de semana, cuando lo dejaban salir del seminario, era que allí podía saciar el hambre que traía de su encierro y que mi abuela, pobre y austera, no remediaba. Era, según mi madre, una langosta devoradora, que arrasaba con cuanto bocado encontraba a su paso. Cuando R llegaba, mi hermana y yo nos arrodillábamos pidiéndole que nos diera una vuelta en la parrilla. Los paseos que hacíamos nos permitían recorrer un pueblo desconocido. Desde su bicicleta descubrí cosas que jamás había visto: vísceras sangrantes de animales desollados, locos amigables que sonreían sin dientes, enormes cantinas llenas de leche, un panal oscurecido de abejas.

En su siguiente visita le pedí, como siempre, que me diera una vuelta a la manzana. Mientras iba sentada allá atrás, firmemente agarrada de su cintura, sintiendo el olor del polvo que levantaba la bicicleta, tuve una revelación: era él, que tenía contacto directo con Dios, el que me podía describir qué había en el infierno, ese lugar al que yo ya estaba condenada. Cuando estuvo frente a la casa, mientras inclinaba suavemente la bicicleta para acomodarla contra la acera, como siempre hacía, yo, fijos mis ojos con curiosidad en la circunferencia perfecta de su tonsura, le expresé mi inquietud. Debió parecerle una pregunta muy apropiada para su formación eclesiástica, porque sin sorpresa ninguna, como quien informa del resultado de una operación matemática, dijo:

—Toda clase de torturas.

—¿Torturas?

Esa palabra era inquietante. No acababa de saber su significado pero mi orgullo me impidió preguntar qué significaba. R, arriesgándose a ensuciar la sotana, se sentó conmigo en el quicio de la puerta. Entonces hizo una descripción minuciosa de los horrores del infierno, que comprendían despellejamientos, quemaduras, lenguas arrancadas, ojos quemados con hierros candentes y pailas hirvientes, llenas de aceites y manejadas por demonios que iban tirando a su fondo a los miserables seres que, temblando de terror, esperaban su turno.

No dije nada, porque el miedo se me había convertido en un espasmo en el vientre que pronto se transformó en horribles retortijones. Corrí hasta el baño con los ojos desorbitados, conteniendo la respiración, y me senté en la taza, con las piernas colgando, mientras mi cuerpo excretaba una materia líquida, tan fétida como los vapores del infierno.

Muchos años después, cuando ya pertenecía yo a la secta de creyentes en la poesía, leí al peruano Jorge Eduardo Eielson. «Quiero tan sólo conocer mis intestinos», clama un verso suyo. También yo, desde muy pequeña, y aún sin saber que había nacido untada de meconio, estuve obsesionada por conocer mis intestinos. Nun ca me pareció natural, como a casi todo el mundo, ese acto tan cotidiano de sentarse y expulsar una materia infecta que emprende un camino de regreso a la tierra, o tal vez al mar, eso no era seguro en aquel entonces. Pero, además, me fascinaba imaginarme esos tubos blandos que se enroscaban dentro de mí y que equivalían a túneles tortuosos e infames. Estas ideas tenían que ver, creo, con que muy precozmente —tal vez aquel día en que R me reveló que el infierno era un centro de torturas— descubrí la conexión inexorable entre mis emociones y las tripas. Toda la vida he sentido el miedo, la felicidad e incluso el amor, no en el pecho, como todo el mundo afirma, sino en ese lugar desprestigiado, sujeto a bromas, decididamente antipoético que son los intestinos.

Quise saber más del Infierno, de modo que, aparentando gran serenidad, me acerqué con mis inquietudes a mi padre, único ser a mi alcance que podía ampliar mis conocimientos. En principio, él se pasó la mano por la barbilla, como si temiera, con explicaciones erradas, caer en graves malinterpretaciones religiosas. Pero enseguida fue a la pequeña biblioteca de la sala y sacó dos libros llenos de ilustraciones en blanco y negro, cada una de las cuales tenía debajo una pequeña frase. Primero me mostró las concernientes al Cielo, que mostraban



todas ángeles y nubes y rayos luminosos y un hombre de túnica al lado de una mujer de pelo muy largo, siempre muy quietos, en actitud contemplativa; luego las del Purgatorio, categoría nueva para mí, llenas de *almas* desnudas (debajo de una representación fantasmal se leía: *una multitud de almas que detrás de nosotros venía*); y finalmente las del Infierno, una de las cuales mostraba lo que a primera vista parecían gusanos hinchados arracimados sobre rocas, pero que si se observaba bien no eran otra cosa que montones de cuerpos nervudos que se revolcaban de dolor porque la lluvia —que mi padre me explicó que era de fuego— los torturaba. La frase decía: *Las miserables manos apartaban de sí el no interrumpido fuego*. En otra, unos demonios con cuernos, pezuñas, cola y alas de murciélago chuzaban con grandes tenedores a una pobre alma desnuda —un hombre, pues tenía un miembro colgante como el de mi hermano— que se tapaba la cara y se estiraba como huyendo del dolor. La explicación que la acompañaba era incompleta: *Y alcanzándole después con más de cien chuzos, le decían*. Dos puntos y nada más. ¿Qué le decían? Mi padre no supo contestarme. Seguramente no había leído el texto completo. Meditabunda, sobrecogida, le pregunté cuánto podían durar esas torturas. Imaginaba que después de muertos los pecadores permanecían un tiempo en el Infierno, otro en el Purgatorio, y finalmente, de modo apenas justo, eran trasladados a ese mundo gaseoso y eternamente iluminado que era el Cielo. Pero mi padre respondió, con una seguridad impasible: toda la Eternidad.

Había descubierto lo Terrible. Mis noches se llenaron de pesadillas. ¿Podía existir un espacio sin tiempo, o mejor, un espacio que durara *todo* el tiempo? La Eternidad, esa realidad que me esperaba más allá de la vida, se me representaba —a mí, que no había visto el mar— como un mar infinito de tinieblas, o, mucho peor, como algo que mi cabeza no lograba abarcar ni comprender. Años después vi pinturas de Friedrich y de William Bradford que me remontaron a esas imágenes aterradoras de mi infancia, y que me hicieron sentir los mismos estremecimientos. Eternidad e Infierno entraron en batalla en mi imaginación. ¿Qué era peor, el magma vacío y sin orillas del no tiempo, o el espacio contundente lleno de castigos estremecedores y gritos delirantes dominado por el demonio? Como un alcohólico que persiste en su vicio a pesar de que el médico le ha dicho que cada copa que tome es un paso certero hacia la muerte, así yo me envié durante una temporada a mirar y remirar las láminas de la *Divina Comedia*. Lo hacía durante el día, cuando la luz que da relieve a las cosas nos hace pensar que somos eternos y todopoderosos; una curiosidad morbosa me hacía ir hasta el anaquel de los libros, abrir la puerta con cierto sigilo, sacar el libro enorme, que apenas si podía cargar, y echarme boca abajo sobre la cama a ojear sus páginas. En la noche pagaba mi precio; dos o tres horas después de

dormirme abría los ojos y me encontraba con la Oscuridad y el Silencio, una pareja macabra que venía por mí, dispuesta a arrastrarme a los infiernos en mi calidad de pecadora, y a entregarme a unos diablos bestiales que me arrancarían la lengua, la piel y las uñas.

El llanto no es una respuesta al espanto. Muda, literalmente muda, caminaba descalza hasta la habitación de mis padres, sintiendo cómo me seguían por el corredor unas presencias sobrenaturales. Al oído de mi madre confesaba que tenía miedo.

—¿De qué? —insistía ella.

Yo bajaba la cabeza y me encerraba en un silencio sin resquicios. Una noche, sin embargo, mi otro yo contestó, con todo desparpajo:

—De las historias que me cuenta Narcisa.

—¡Asustar a la niña, que es tan nerviosa! —dijo mi madre, enojada, mientras buscaba las gotas de valeriana. Al caer sobre mi lengua formaron estrellitas fugaces y amargas.

A Narcisa y a mí nos había unido la culpa, un sentimiento a menudo más poderoso que la amistad o el amor. Nuestros ojos se cruzaban a veces como dos amenazas. Entre su baúl reposaba, perfectamente inútil, el corazón de metal que la hacía culpable de soborno. En mi conciencia, el horrible pecado que me había condenado al infierno. Pero un niño es siempre un enemigo poderoso, y ella no había contado con eso.

Despidieron a Narcisa. El peligroso testigo de mi crimen había desaparecido. Pero yo quedé en un ambiguo estado en que se mezclaban la tranquilidad y la culpa. Sí, yo era mala. Había mentido. No era Narcisa la que nos contaba cuentos de miedo, sino Belarmine, la cocinera. Pero a ella yo no iba a delatarla: no quería privarme de sus historias, donde el terror era como un fuego que ponía a bullir nuestros corazones, ávidos de maravillas.

Mi madre contrató otra niñera. Esta llegó a la casa acompañada de una tía y de una hermana pequeña, que venían a instalarla en su cuarto como a una joven novicia que se dispone a entregar el resto de sus años al retiro espiritual de un convento. En el momento de decir adiós, ya sin la caja de cartón que había traído pero con un pañuelo arrugado entre las manos, la muchacha se desató en un mar de lágrimas. Mi madre la consoló diciéndole que no fuera bobita, que allí no iba a faltarle nada, pero yo adiviné por la arruga de su frente que empezaba a anticipar serias dificultades. La tía guardó un silencio pesaroso, la niña se colgó del brazo de su hermana durante un minuto con una risita nerviosa, y luego partieron sin volverse a mirarla ni una sola vez.

Desde que vi a mi nueva niñera emerger de su llanto, con la punta de la

nariz colorada y los ojos azules enrojecidos, me enamoré de ella. Era una verdadera belleza: pequeña y liviana como un caracol, tenía el pelo ondulado, de un rubio que por momentos era casi del color de la cabuya y la piel transparente de los ángeles; de inmediato la identifiqué con la mujer de las láminas del libro de mi padre, razón por la cual voy a llamarla Beatriz, ya que he olvidado su nombre. Cada tanto tiempo, durante aquel primer día, Beatriz tuvo breves accesos de llanto, siempre espontáneos y cortos y de una sobriedad encantadora. Sacaba el sucio pañuelo arrugado y con maneras de princesa se secaba las mejillas y los lagrimales. Mi hermana y yo no nos desprendimos de su lado, y la acosamos con preguntas sobre su desdicha, que ella se negaba a contestar moviendo suavemente la cabeza, de modo que los rizos le caían desordenadamente sobre la cara. La arrastramos al solar y le mostramos el fogoncito de piedra donde jugábamos a cocinar, pero no pareció entusiasmarse; luego fuimos hasta la sala y pusimos a sonar el disco de *La tarara sí, la tarara no*, pero tampoco mostró ninguna sorpresa. Mi hermana trajo su hula-hula, yo mi caja de colores. Beatriz apenas si sonrió ante tales maravillas, como si viniera de un país encantado donde la esperaran tesoros infinitamente mayores que no alcanzábamos a imaginarnos. Esa noche me dormí con el corazón atolondrado por una pasión que hasta entonces desconocía, y el deseo secreto de llenar de besos las manitos entumecidas de Beatriz, lo único feo en toda su persona. Al día siguiente, apenas me desperté, brinqué de mi cama deseosa de verla, pero me encontré con la horrible noticia de que se había ido de madrugada y de puntillas, con su maltrecha caja de cartón y sin despedirse de nadie.

—Mejor que mejor —sentenció Belarmina—, porque era una melindrosa.

Lo que dice Burke lo pude constatar plenamente en aquella ocasión: que una belleza afligida suele ser la más conmovedora. Sólo había una aflicción mayor que la de Beatriz, y era la mía, que, a la edad de cinco años, había perdido mi primer amor en cuestión de horas.

Mi hermana apretaba los labios para que no entraran en su boca las cucharadas de sopa que mi madre le daba. Odiaba los fríjoles, el chocolate, las tortas de espinaca o de zanahoria que preparaba, con mano maestra, la cocinera. Mi hermano escupía las compotas de banano y las papillas de arroz. Yo, en cambio, devoraba todo lo que me ponían en el plato, con aparente deleite. Para mi madre aquello constituía un mérito, aunque mi pequeño cuerpo lo resentía: la niñita glotona engordaba a toda máquina, de modo que su cara redonda era toda grandes mofletes y frente. (Mi madre opinaba que mi frente era *distinguida*, así que yo no tenía capul, como mi hermana, sino el pelo agarrado de medio lado con una hebilla.) Apenas la comida pasaba por mi garganta, yo la sentía

incorporarse a mis tejidos, a mi hígado, mi páncreas, mi estómago, en fin, a toda mi interna persona, que era, en mi imaginación —puesto que mis conocimientos anatómicos eran nulos—, una especie de ciudad fantástica llena de montículos y depresiones. Nos repetían a diario que hay que alimentarse bien, comer de todo, porque hay niños que se desnutren, se enferman y pueden morir. Yo comía, pues, compulsivamente, para no correr ese riesgo: no podía olvidar que era pecadora, y cuando los pecadores mueren se van al infierno.

¿Cómo llega un niño a la idea de la muerte? Ese contacto inicial con el concepto más poderoso de todos y, sin embargo, casi incomprensible para alguien de cinco años, es algo que suele disolverse en la memoria.

En mi caso, la muerte llegó como noticia. Un niño del pueblo, Lázaro, murió de leucemia. Alguien que lo conoció describió el tránsito de sus últimos meses en metáfora de vela que se apaga. Por el frente de mi casa pasó el cortejo: la pequeña caja blanca —Lázaro tenía siete años— y unos cuantos parroquianos, los hombres con el sombrero en la mano, las mujeres con la cabeza cubierta, con paso presuroso, cosa extraña tratándose de un entierro.

—¿A dónde lo llevan?

—Al cementerio.

Silencio desconcertado.

—¿Qué pasa en el cementerio?

—Hay tumbas. Cavan un hueco en la tierra y allí ponen al muerto.

Más silencio. Lázaro se hizo visible: pálido, tristísimo dentro de su ataúd blanco. Nadie se atrevió a mencionar aquella vez esas palabras horribles: descomposición y podredumbre. Yo lo imaginé dormido para siempre, dolorosa y eternamente bello.

Meses después llegaron rumores aterradores a la casa. Esta vez los que transmitían las noticias bajaban la voz y miraban el suelo. Hablaban de *chusma*, de monte, de emboscada. Y decían: los volvieron picadillo. La muerte fue entonces, a mis ojos, tremendamente carnal. Montones de sangre, algo visceral y asqueroso. El morbo me poseyó. Alguien dijo que ya estaban bajando los cadáveres, que los traerían a la alcaldía. Supliqué a mi madre que fuéramos a unirnos a los curiosos, que evidentemente desasosegados deambulaban por la plaza. Ni de riesgos, los niños no deben ver ese tipo de cosas. Pueden impresionarse. Apoyada en una ventana esperé y esperé el macabro descenso (¿descenso de dónde?) absolutamente fascinada con el espectáculo de horror que iba a presenciar, aunque fuera de lejos, hasta que oscureció y me venció el sueño. Mi padre fue el encargado de llevarme a la cama, en brazos. Yo desperté pero enseguida me hice la dormida: imaginaba que así, con ese gesto indolente

de los muertos, debía verme bella y digna como Lázaro.

La muerte ha estado y estará siempre revestida de prestigio. Es una de las pocas cosas que no logran volverse irrisorias, aunque tantas veces nos sirvamos del humor para conjurarla. Cuando, llegada a la adolescencia, alguien me explicó que el meconio en un recién nacido es señal inequívoca de que alcanzó a sufrir porque su vida estuvo en peligro, al yo histriónico le pareció interesante incorporar ese dato a mi biografía, pues le servía a mi temperamento romántico para crearse un halo trágico: yo había alcanzado, aunque ya no lo recordara, a vislumbrar la muerte. Era una sobreviviente.

Suele pensarse que la infancia desconoce la muerte, o vive ignorándola. Sin embargo, el miedo a la muerte era una planta más de nuestro jardín, regada amorosamente por nuestro padre, que la anunciaba a cada paso: el pescado era temible, porque tenía espinas y las espinas pueden atravesarse en las gargantas de los niños y ahogarlos; también eran temibles los mamoncillos, que nos estaban prohibidos porque su hueso resbaladizo podía causarnos asfixia; y los clavos, que nos podían causar tétanos, y los leprosos y los tuberculosos que iban regando de microbios el aire, y los perros que contagiaban la rabia. Cuando nos agripábamos, mamá nos ponía papel periódico sobre pecho y espalda, debajo de la pijama, para que el calor del papel nos aliviara la tos. Después supe que mi padre se peleaba con ella por mantener esa vieja práctica, que había aprendido de mi abuela, y que se levantaba varias veces en la noche a vigilar si aún respirábamos, porque tenía miedo de que la tinta nos envenenara.

Y sí, la tinta envenena. Pero no como imaginaba mi padre.

A los cinco años, pues, del mismo modo que mi sistema nervioso periférico, mis temores, estaban ya llenos de ramificaciones.

Lo Sublime, esa forma aterradora de lo bello, se manifestaba cada tanto con toda su contundencia.

De vez en cuando el cielo, casi siempre apacible, se llenaba de relámpagos. Entonces yo vivía mi propio *Sturm und Drang*, mi *Storm and Stress*. La sola palabra relámpago, que evoca un latigazo de fuego, me llenaba de espanto. Espanto y fascinación. La lluvia sobre el techo de tejas era ya perturbadora, sobre todo si era nocturna; cobijada hasta la cabeza, oía un ejército de hombres a caballo que pasaba volando en tropel por encima de nuestras cabezas, como había leído en los cuentos de *Las mil y una noches*. Otras veces la mirábamos caer desde el corredor, y nunca era el mundo de afuera más desolado, ni más cálida la entraña de la casa. A lo lejos oíamos el retumbar de los truenos

acercándose, y en seguida llegaba la tormenta: veíamos primero el lampo vivo y fugaz y después sabíamos, por el ruido seco, que un rayo había caído cerca. Mi hermana y yo nos abrazábamos, aterradas. Las criadas pegaban un grito. Mi hermano despertaba, asustado. Y mi madre corría a traer la palma bendita para aplacar las iras del Señor. A un costado del patio armábamos una especie de altarcito, y desde allí se elevaba el sacrificio. Dios a veces tardaba en oírnos, y también santa Bárbara, para la que siempre había una jaculatoria, pero finalmente el peligro pasaba —un rayo había matado a tal o cual, lo había carbonizado— y el alboroto de todas nosotras, mujeres alarmadas, se desvanecía. La lluvia era serena, la tormenta, de una belleza atroz. Gracias a ella el sol enfermizo que salía luego, levantando vapores de la tierra, era recibido como una bendición, como un privilegio.

¿Cómo era ese Dios que gozaba aterrorizando a seres inermes? Era un triángulo con un ojo adentro, según estaba representado en mi primer libro de lectura. Era también un manojo de haces de luz cayendo desde las nubes. Una hostia santa ante la que se prosternaba la feligresía. Un gran oído que oía todas nuestras plegarias. Era todo y nada. A ese Dios abstracto, cuajado en símbolos, no sólo no provocaba quererlo, sino odiarlo. Era el mismo al que se le había ocurrido crear un Cielo, un Infierno, un Purgatorio, y un Limbo para los pobres niños inocentes, que estarían girando eternamente en una nada repugnante.

Había otro Dios que yo no lograba relacionar con el primero: el de la corona de espinas y las rodillas laceradas, el del cuerpo torturado, los ojos angustiados y la boca entreabierta, que dejaba ver unos dientes blancos y pequeños que me resultaban chocantes porque parecían de niño. No sólo había una imagen suya, enorme, en la iglesia, sino que la historia de su martirio se contaba en los coloridos cuadros del vía crucis. Ese Dios camino del Calvario, embellecido por la tortura y el sufrimiento, despertaba mi morbo. Repasaba su primera, su segunda, su tercera caída. Era, ya no un victimario sino una víctima, y sobre todo, alguien que estaba más del lado de la muerte que de la vida. Lo que más habría querido saber, sin embargo, la vida de los dos ladrones, Dimas y Gestas, no estaba documentada, era una lástima. Conjeturé que la de Gestas, como la de Caín, debía haber sido más interesante.

El Viernes Santo la imagen de Cristo y la de la tormenta se juntaron. A las tres de la tarde, hora de la crucifixión, se rompieron los velos del templo y el cielo del altar se estremeció de truenos y relámpagos. Yo apenas si veía algo, sumergida entre la multitud, tratando de no asfixiarme mientras agarraba con desesperación la mano de mi padre. Pero el espectáculo parcial que alcanzaba a contemplar cumplía ya su hechizo. Sin saberlo, había estado viendo teatro. Y lo

que oscuramente me conmovía no era tanto la muerte de Cristo, sino entender que se jugaba a representarla.

En cierto momento de mi vida, cuando conseguí mi primer trabajo, los domingos empezaron a causarme verdadero desasosiego: el vértigo de las tareas de la semana se veía detenido por otra obligación, la del descanso. Con el tiempo, sin embargo, he aprendido a querer los días de fiesta, en los que hay un orden misterioso que nace paradójicamente de la improvisación. Me hacen recordar los versos de Gil de Biedma: «no sabemos/ si las cosas no son mejor así/ escasas a propósito...». En todo caso, creo que sabemos que hemos conquistado la adultez —o, más bien, que la adultez ha terminado por dominarnos— cuando aprendemos a manejar el ocio. En la niñez este ocupa la mayor parte de nuestra vida, impregnándola de una cierta condición errática, desproveyéndola de finalidad y sentido. Al hacerme adulta comprendí que el ocio de la infancia es en verdad un atisbo de la Eternidad, ese concepto aterrador que descubrí de labios de mi padre.

El caso es que muchas veces mis hermanos y yo deambulábamos por los corredores de nuestra casa tratando de hallarle antídotos al tedio que venía de la mano del ocio. Pronto descubrí que una forma de combatir el aburrimiento era dibujando. Pintaba cosas macabras: princesas decapitadas, caballeros heridos por lanzas, almas condenadas al fuego. Mi madre me compraba unos cuadernos de dibujo que entre hoja y hoja de cartulina tenían un delicado papel de seda. Para mí eran un tesoro. Pero como eran caros y yo los agotaba muy rápido, teníamos otra alternativa: coleccionar los rectángulos de cartón que venían entre las camisas. Ese recurso sólo podía explicarse como producto de la educación victoriana que mi madre había recibido, dentro de la cual se consideraba el ahorro como una virtud. Mi abuela, una mujer pequeña y seca, de fríos ojos violeta, que crió a sus ocho hijos a punta de correazos, era una verdadera especialista en reciclaje antes de que existiera el reciclaje; todo era susceptible de usos posteriores, o al menos así lo creía ella: botellas de licor vacías, tarros metálicos, botones que arrancaba a las camisas viejas, cintas de regalo. Cualquier cosa que necesitáramos para nuestros trabajos manuales existía en la casa de mi abuela: carretes de hilo, pita, pedazos de tela, trozos de madera. Todavía hoy botar los cartones que dan cuerpo a las camisas me produce —¡qué absurdo!— un inexplicable escrúpulo.

Un tío me regaló, en mi quinto cumpleaños, una enorme caja de colores. Llevaban grabado en el lomo los nombres más extraordinarios: añil, granate, malva, carmelita, gris plomo, azul turquesa, solferino, sepia. Sólo leer aquellos nombres me producía espasmos de dicha. Mi color preferido era el naranja, que

al combinarse con el rojo producía milagros. Nada que me gustara más que pintar llamas, llamitas como hojas chisporroteantes cuyo corazón azul palpitaba entre cálidos amarillos y bordes bermellones. El fuego, lo supe desde entonces, era mi signo, así en el infierno este fuera el castigo que me estaba reservado.

En el lugar donde viví hasta los diez años sólo había dos posibilidades de estudio: la escuela de niñas, donde mi madre había sido maestra, que era pública, y el colegio de las monjas, relativamente nuevo. Mis padres optaron por este último, así que el primer día de clase me vistieron con el uniforme de cuadros azules, que se complementaba con una boina, me cruzaron una maleta de cuero, me tomaron una foto y me llevaron hasta la puerta del moderno edificio de ladrillo que quedaba a cuatro cuerdas de mi casa.

Ya había conocido el amor. Allí iba a conocer el odio, que es, según Kertész, el amor de los perdedores. Parte de ese odio lo despertaron los seres severos y amargos que escondían sus cuerpos debajo de los hábitos, y no sólo sus cuerpos sino su pasado, sus emociones, sus pensamientos y hasta sus nombres verdaderos detrás de otros falsos, generalmente horribles —hermana Imelda, hermana Leocadia, hermana Francisca—.

Entré al mundo de la Represión con la misma inocencia y entusiasmo con que se entra a una fiesta de cumpleaños. El colegio era enorme, feo, desangelado; olía a col hervida y a detergente de pisos, a lo mismo que huelen los sanatorios, los ancianatos, las clínicas y los internados.

El primer día mi maestra escribió sobre el tablero las vocales, e hizo que las recitáramos una por una, imitándola. Luego empezó a unir las con la letra M y a hacer ejercicios. Eme y a: ma. Eme y e: me. Todas las niñas abrían y cerraban sus bocas con el falso entusiasmo de los que se sobreactúan. Sentada en mi pupitre yo observaba la escena, convertida, con total premeditación, en una simple espectadora, los labios perfectamente cerrados y la mirada llena de calculada indiferencia. Mi yo extrovertido, exhibicionista, se preparaba para una representación. La hermana Francisca se quedó mirándome, y, entre sílaba y sílaba, para no interrumpir su cantinela, pronunció mi nombre e hizo un gesto con el que me invitaba a participar. Yo persistí en mi silencio. Entonces la monja detuvo el coro abruptamente y me instó, molesta, a que me sumara a él.

—Eso ya me lo sé —dije yo.

—¿Qué es lo que sabe? —preguntó la hermana Francisca, sorprendida de mi arrogancia.

—Yo ya sé leer.

Me miró incrédula.

—Y escribir —añadí, sintiendo que la soberbia me encendía el corazón.



Escribió una palabra en el tablero y me pidió que la leyera. Lo hice. Escribió otra y repitió el pedido. Volví a hacerlo. Las otras niñas, que hasta entonces habían mirado la escena con pasmosa frialdad, aprovecharon la pausa para desordenarse. La monja las mandó callar, me pidió que pasara adelante y me dictó una frase: *los enanos bailan*. La tiza hizo un ruido chirriante contra la pizarra. Yo escribí, con mano vacilante y espíritu incommovible: *los enanos bailan*.

Al terminar la clase la hermana Francisca me llevó a la oficina de la madre directora. Allá repetí la prueba, pero ahora sobre un papel, mientras cuatro monjas, con las caras apretadas entre sus tocas, se inclinaban sobre mi cabeza. Al terminar oí toda clase de exclamaciones. Permanecí sentada en el escritorio, con la expresión impasible de un Buda y una mano debajo de cada uno de mis muslos, balanceando los pies, que no me llegaban al suelo. Quería que me admiraran, que no dejaran de mostrar su sorpresa, que siguieran hasta el infinito llenas de estupor y fascinación.

En cambio, la madre directora me espetó:

—¿Y por qué tu mamá no nos dijo nada?

Y mirando a mi maestra concluyó, como un juez que dicta sentencia a un condenado:

—Hay que pasarla de kinder a primero.

Ahí habría acabado todo de no ser porque yo no iba a permitir que fueran ellas las que dieran por terminado el espectáculo.

—También sé recitar —dije, en voz muy baja.

Evidentemente hostigada por aquella niñita insoportable, pero tratando de ser tan amable como se debe ser con los niños, la madre superiora me invitó a hacerlo. Obedecí, con toda ceremonia, abriendo levemente los dedos, como me había enseñado mi madre y mirando a un punto fijo como recurso mnemotécnico. Al terminar, una monja me hizo una gracia, otra una caricia. Era la hora de irse a casa, mi madre debía estar esperándome en la puerta. Salí y no conté nada. Pero el fuego, mi signo amado, se había apoderado, aunque no de la mejor manera, de mis mejillas y ascendía por mis orejas envolviéndolas en llamas. Peor aún, crepitaba en mi cerebro, hervía en mi boca del estómago.

Mi yo autocrítico, todavía incipiente, me decía que había estado —y por supuesto no conocía esa palabra— patética.

¿Algo más bochornoso, incómodo, desasosegante y a veces trágico que la vergüenza? Comprendo perfectamente y además admiro la práctica creada por los samuráis, en razón de la cual se hacían voluntariamente el harakiri por la vergüenza que les ocasionaba una derrota, o para evitar la deshonra ocasionada

por una falta o un delito.

La vergüenza es un sentimiento tan desconcertante, tan abrumador, tan poco localizado —salvo en el rostro, donde hace luminosa aparición—, que no sólo se resiste a cualquier descripción sino que no admite calificativos.

Creo que cada uno de nosotros puede, sin esforzarse mucho, hacer una rápida lista de sus mayores vergüenzas. Y que no hay vida que no las contenga. En mi caso, mi yo extrovertido me ha causado algunas. En una ocasión mi madre me anunció:

—Vamos a ir de visita. Pero es mejor que se esté calladita, porque usted habla muchas bobadas.

Era una noticia nueva sobre mí. Me sobrecogió la vergüenza, que era seguramente el sentimiento que la agobiaba a ella cuando me oía. Pero sólo por un tiempo. Cuando cumplí catorce años, ya completamente consciente de los alcances de la verdad y la desinhibición, me hice experta en el arte de la impertinencia. Procuraba que mi madre fuera una espectadora de privilegio de todas mis necesidades. La veía desaprobarme en silencio y sentía un pequeño regocijo. Y persistía en hacer reír a los demás diciendo, con toda deliberación, bobadas y más bobadas.

Durante algunos días yo había querido saciar una curiosidad: ¿qué le decían los diablos a la víctima que punzaban con sus trinquetes? Intenté leer el texto que acompañaba las láminas, pero me resultó abstruso y aburrido. Volví a mis libros de cuentos, que no eran muchos, y empecé a releerlos. Conmovido por mi afición a la lectura, e interesado en que mi hermana se sumara a mi vicio, mi padre nos compró *El tesoro de la juventud*, una enciclopedia para niños. Aquellos libros olían a algo que yo jamás había oído, probablemente a un aroma celestial que, en todo caso, incitaba a un *indecible ascenso del alma y los sentidos*. Como si se tratara de un rito, yo escogía un libro al azar —cualquier otra forma de orden habría roto el hechizo—, lo abría, metía mi nariz entre sus páginas, y me quedaba así unos minutos, con los ojos cerrados, como un fumador de opio que espera que el placer suba por su sangre hasta el cerebro. Luego lo ojeaba en busca de algo atrayente. Lo mejor de todo eran las láminas, casi todas en blanco y negro: las que verdaderamente me estimulaban no eran las científicas (*Los espejos en que nos vemos, la estafilea de tres hojas*) sino las que ilustraban los cuentos, siempre inquietantes y misteriosas. Su condición de meros fragmentos, de elementos desprendidos del conjunto, que prometían historias extraordinarias, las hacía fascinantes. Yo pasaba mis dedos sobre la niña rica, de gorro de piel, que le daba una manzana a un niño desarrapado, como queriendo con ese gesto liberarla de su naturaleza de papel. Como la niña

seguía allí, petrificada entre su abrigo, con una pierna afirmada en la dura acera y la otra, levísima, todavía en el aire, entonces yo iba al texto y leía: *Era una fría tarde de invierno y la nieve cubría toda la ciudad con un blanco manto*. Yo tiritaba con ella desde mi habitación penumbrosa, con el corazón roto, anhelante, devastado por el melodrama. Había descubierto, además, que el mundo se extendía mucho más allá de las veinte calles en que me movía, y que estaba poblado de seres inquietantes: anacoretas a los que el diablo visitaba, príncipes de gran hermosura, capitanes azules, hadas que podían convertirme en muñeca, lejanos sultanes. Supe que a Holanda la salvó el mar, que en los coliseos de Roma se paseaban los leones, que el comandante Peary descubrió el Polo. Cuando salía de mi escondrijo, exaltada de batallas y misterios, el mundo colorido que me tocaba vivir me parecía irrisorio. E insignificantes aquellos que —como mi hermana, que giraba eternamente dentro de su hula-hula, o mi madre, ocupada en los más pedestres menesteres— no veían el nuevo fuego de mis ojos, encendido por las divinidades de la Literatura. Tura de Turas, como se lee en *Rayuela*.

Mi madre no se daba por vencida en la esforzada tarea que había emprendido. ¿Podría mi pelo debilucho llegar a tener una consistencia siquiera parecida a la de la recia y abundante melena de mi hermana? Se haría lo posible, aunque fuera por una vez, *pues no hay belleza completa en una mujer si no tiene una cabellera de rizos sueltos, de alegres bucles ondeando al viento*. Entusiasmada, puse mi cabeza en sus manos para que llevara a cabo su plan: si yo dormía con muchas, muchas trenzas, al día siguiente tendría un pelo suavemente rizado como el de Judy Garland, un ídolo de su infancia. No sabía qué me complacía más, si la ilusión de verme al día siguiente convertida en una niña preciosa, como las protagonistas de los cuentos, o los estremecimientos que me causaban las manos de mi madre cuando, ayudada por una peinilla, tomaba uno por uno los mechones y los trenzaba con destreza y entusiasmo.

A la mañana siguiente, ya bañada y uniformada, me dispuse frente al espejo, con exaltación gozosa, a ver los resultados del experimento. Ah, naturaleza cruel. Mi pelo era lana rala y mal escardada, insensato disparate, electricidad pura. Parecía un leoncito que ha caído en una trampa y se levanta, asustado, con la melena llena de espartillo. En minutos debía salir para el colegio. Mi madre, no sé si hipócritamente, sonreía complacida. Yo me contemplaba, incrédula, sin saber qué hacer, con las lágrimas a punto de asomarse: ahora no sólo aborrecía mi aspecto sino que temía herir a quien con tanto amor y cuidado había hecho de mí ese esperpento. Comencé a dar berridos de ternero. Vinieron mi padre, mi hermana, la cocinera. Cada uno, a su manera,

mostró su sorpresa frente a mi pelo. ¿Qué estaba sucediendo, por Dios? ¿Por qué lloraba de esa manera incontrolada? Mi dignidad estaba herida: por nada del mundo iba a confesar mi decepción, mi aterramiento. ¿Cómo iba yo a presentarme así frente a mis compañeras, mis maestras, el mundo entero, y además el día de la patrona del colegio? Dije la más socorrida mentira: que me dolía horriblemente la cabeza. Las trenzas, sin duda, me habían causado un dolor que me obligaba a devolverme a mi cama. Mi papá y mi mamá se miraron, entre impacientes y conmovidos.

—¿No te gustó el peinado? —dijo mi madre.

Estuve a punto de confesarlo todo, pero seguí dando hipidos desconsolados.

Optaron por complacerme, a sabiendas de la verdadera causa de mi berrinche. Mamá me condujo a la cama, me puso la pijama, me secó las lágrimas. Y luego metió sus dedos delicados entre mi pelo, como pidiendo perdón con su caricia.

El pelo iba, muchos años después, a jugarme otra mala pasada. Tenía doce años, menstruación temprana, y unos senos incipientes que no lograba disimular y que me avergonzaban. Odiaba las carantoñas de las monjas, los regaños de mi madre, el autoritarismo de mi padre, la envidia de mi hermana, los remilgos de mi hermano, las Matemáticas, mi cuerpo sin proporciones, y, en fin, el horrible mundo en el que me veía obligada a vivir. Entonces, jugando a cualquier cosa, tropecé, caí y ya no pude moverme. La pierna derecha, sin el menor rastro de lastimadura o hinchazón, me dolía al menor contacto. Me declaré inválida. Vino el ortopedista, giró la rodilla, giró el tobillo, dictaminó que no había nada: ni torcedura, ni esguince, ni mucho menos fractura. Levántate y anda. Pero yo no podía moverme. Hasta el roce de las sábanas me hacía daño.

Permanecí en cama, durmiendo, leyendo, comiendo. Los días pasaban y yo no daba ninguna señal de mejoría. Desesperados —¿no iba a volver a levantarme nunca?—, mis padres llamaron al doctor Zuleta, que no era médico sino doctor en Leyes, pero que tenía fama de hacer buenos sobandijos. El doctor Zuleta era un viejo de piel y dientes amarillos, fumador empedernido. Iba siempre de corbata, a pesar de que estaba jubilado, y fue el último hombre de la Tierra que vi que usara sombrero diariamente. Con una generosidad absoluta —hacía su trabajo gratis, porque había sido amigo de mi abuelo y ahora lo era de mi padre— venía todas las tardes y me embadurnaba con unas pomadas calientes desde el empeine hasta la rodilla antes de proceder a sobarme con una fuerza delicada, si así puede decirse. Nos hicimos amigos. Me hablaba de Dickens, de Verne, de Dostoievski; me traía libros, bombones y galletas. Creo que su viudez encontraba compañía en esa adolescente extraviada que comenzaba a pensar en

la inexistencia de Dios y el sinsentido del mundo.

Bañarme era un tormento, así que mi madre optaba muchas veces por enjuagarme con una toalla caliente y húmeda, como a un moribundo. Un día la peinilla, que usaba poco, evidenció algo atroz: mi pelo era una maraña inextricable, que se resistía a cualquier intento de ser desenredada. Afectado por el reposo de muchos días, se caía a manotadas. Había que cortar al rape. En vez de molestarme, la idea me pareció fantástica: me vería como una excéntrica, como una loca, como alguien que odiaba la normalidad. El peluquero vino hasta mi cama e hizo su trabajo. Al contrario de Sansón, yo recuperé mis fuerzas. La pierna dolía cada vez menos. Un día cualquiera me levanté y caminé con naturalidad, como si nunca hubiera tenido nada. Mi madre me miró aterrada. Había crecido tres centímetros en dos meses y parecía un pavo, con mis caderas anchas y mi cuello esbelto, rematado por una cabecita pelada, que me daba un aire de huérfana.

Tenía siete años cuando mi compañera de pupitre, que se llamaba Norella, se enamoró de mí por dos semanas. Durante aquel período me llevó de regalo un paquete de gomas, un dibujo hecho por ella y, en el momento más sublime de su amor, una pluma de pavo real que le había regalado su tío. Aquel objeto con sus reflejos tornasolados, su ojo púrpura y su sedosidad azul aguamarina que se deslizaba del ocre al dorado, me dejó borracha de felicidad. No supe qué hacer con ella, dónde ponerla. Mi padre me aconsejó meterla entre las páginas de un libro. Comprendí en aquel momento que la belleza es enteramente inútil. Sin embargo, cuando Norella, decepcionada de mí, me pidió la pluma de vuelta, se la devolví con un gesto de orgullo pero sintiendo que me quitaban un ojo o un riñón. Yo quería esa pluma, la deseaba con vehemencia, aunque no sirviera para nada.

De repente, como un pequeño meteoro dorado, Zonja cayó en el patio del colegio causando graves perturbaciones. Era pequeña y pulida, como una almendra. Tendría ocho años, dos más que yo, y una cabeza llena de bucles como los que mi madre habría querido para mí. Venía de muy lejos, según se rumoraba, pues su padre iba a desarrollar una investigación en la compañía minera. Sus gestos estudiados y su nombre, que en cualquier otra persona habría sonado horrible, nos llenaron de admiración. Zonja hablaba inglés, masticaba chicle, olía a un perfume de lilas que iba dejando una estela a su paso. Cuando no estaba de uniforme llevaba unos zapatos rojos de tacón, como los que usan las bailaoras españolas, una carterita con visos nacarados, y los labios untados de una pomada blancuzca que olía a limón. Para acabar de ajustar, cantaba como los ángeles.

La belleza de Zonja era distinta a todas las que había conocido antes. No era una belleza serena, como la de María Inmaculada, ni sobrenatural, como la de la Beatriz de Dante, ni enfermiza, como la de mi Beatriz escapada, ni aristocrática, como la de mi madre, ni tierna, como la de mi hermana. Era una belleza altiva, desinteresada, atterradoramente autosuficiente.

Todas nos arracimábamos en torno a ella. La oímos hablar, en su extraño español, con alelamiento provinciano. Cuando, días más tarde, en mitad del recreo, fue hasta su maleta, sacó una dulzaina e interpretó una melodía para su público, la erigimos de inmediato en ídolo y la halagamos con panes, dulces y frutas. Contamos historias para ella, nos disputamos su mano, la invitamos con ruegos a nuestros hogares, porque queríamos que nuestros padres la conocieran. Nos anunció, con mirada llena de lástima, que le tenían prohibido entrar a cualquier casa que no fuera la suya.

Zonja era real, según todo indicaba, pero estaba fuera de nuestro alcance. Simplemente se dejaba venerar. Como los gatos, aceptaba que la consintiéramos pero desde su nicho de total independencia. En los recreos, se paseaba del brazo de una niña que había escogido como su preferida, y a la que la aquiescencia se le reflejaba hasta en la forma de caminar. Claudicamos. Del mismo modo que habíamos corrido hacia ella, atraídas como insectos por la luz, así nos desbandamos y nos reubicamos, dejándola, con enorme pesar, en su cielo de autosuficiencia.

Ya casi nos habíamos olvidado de ella cuando sucedió algo asombroso. Mi hermana y yo estábamos en la calle, jugando OA con las hijas del vecino, cuando sonó un grito de muerte: UUUUUUN TOOOOOORO. Ya sabíamos bien lo que esto significaba: de cuando en cuando un toro se escapaba del matadero y corría de vuelta al pueblo, como un torbellino con astas, un mensajero de la muerte. Seguramente, como siempre, vendrían detrás hombres con lazos dispuestos a detenerlo. Toda presencia humana desapareció como por encanto detrás de puertas que se cerraban con estruendo. Acezantes, mi hermana, la niñera y yo, considerándonos ya salvadas, nos parapetamos detrás de la ventana. Mi madre se nos unió. Calle abajo vimos venir, entre nubes de polvo, a la bestia arrasadora, toda furor y fuerza. Con las sienes latiendo de horror y fascinación, queríamos verla pasar de cerca, sopesar el peligro desde nuestra guarida. De pronto, con verdadera estupefacción, todos, en todas las ventanas, vimos una figurita que atravesaba el atrio de la iglesia con enorme propiedad, inocente del peligro. El brillo de la tarde parecía concentrarse, exclusivamente, en sus tacones rojos.

Nos dispusimos a ver la masacre, sin respirar, con las manos sobre las bocas o cruzadas sobre el pecho. Yo alcancé a anticipar el cuerpo en el aire, los

rizos despeinados, los zapatos rojos volando cada cual por su lado. Nuestra diosa era mortal y su fin había llegado. Como si hubiera sido advertida, Zonja se detuvo, volteó a mirar a su público y de paso al toro que se acercaba ya con todo su brío. Este, al ver a su víctima, se detuvo y hundió la cabeza entre las patas, como preparando su ataque, mientras se oían los gritos aterrados que salían de todas las ventanas. Entonces, contra todo pronóstico, la bestia se dio la vuelta y agitando el rabo como el león de *Don Quijote*, regresó pausadamente hacia donde, corriendo, venían sus captores.

No hubo una prueba más definitiva del hechizo que Zonja producía en toda figura viviente.

El padre: el emperador, el califa, el rey de oros. Como el más humilde de los siervos, yo me acercaba, temiendo interrumpir, anhelante de una mirada. Nos amaba y nos quería cerca, siempre y cuando respetáramos su círculo de silencio mientras leía. Su mano en mi cabeza, sus dedos en mi mejilla, eran suficiente recompensa. A veces el logro era mayor: me sentaba sobre su rodilla y me pedía que leyera un párrafo del libro o del periódico. O me decía una adivinanza. Su risa frente a nuestras gracias era como un montón de monedas cayendo entre el cuenco metálico que el sacristán pasaba los domingos.

El padre: el emperador, el califa, el rey de oros. Investido como estaba de toda autoridad, en sus manos estaba también el castigo. Si con el codo derramábamos el vaso de leche sobre el mantel, su mirada caía sobre nosotros cortando nuestra autoestima como una guillotina. Si el mal era mayor, lo más probable era que tuviéramos que soportar un grito. Y si se trataba de alevosía, indisciplina, pataleta, podíamos esperar una palmada. Que nos cayéramos era algo que nos reprochaba, que lloráramos lo exasperaba. Todavía me estremece el recuerdo de su mano en el aire, amenazante, porque no logro callarme, porque los hipidos no cesan, porque mis rodillas sangran y me duelen las palmas de las manos.

La ira de mi padre, su estruendo amedrentador, estaba unida por un cordón de pólvora al estallido de cohetes que simulaba la muerte de Cristo en Semana Santa, al ojo de Dios que nos miraba aunque nos escondiéramos y al resoplar amenazante de los toros cuando se escapaban del matadero.

Unos años después murió mi abuelo. Por primera vez vi llorar a mi padre, y comprobé que sus sollozos no eran broncos, como su voz, sino agudos, chillones, como los de los perros cuando son lastimados. Dios se quebró en pedazos, el toro me pareció una pobre bestia acorralada. No, el llanto no estaba hecho para los hombres. Si papá lloraba ya el mundo no iba a ser nunca lo mismo que antes.

El alcalde puso el parque —así lo llamábamos, pero era en realidad la plaza principal, poblada de árboles y flores, un verdadero bosque para los niños— al cuidado de un hombre enjuto, de brazos como chamizos, que dormía, según supimos, en la cárcel. Lo llamaban Lamanodelmuerto, y acababa de purgar una condena por un delito que se nos ocultaba, tan horrible parecía ser. Cuando le insistíamos a Belarmina, que era una de las depositarias del secreto, queriendo saber qué era lo que él había hecho, movía la cabeza, indecisa, como buscando palabras para explicarnos algo, pero siempre concluía lo mismo: cosas muy graves. Cosas que los niños no deben saber.

Nuestra capacidad especulativa llegó entonces a su límite más alto. Comprobamos, con decepción, que el repertorio de maldades que conocíamos era casi nulo: se podía herir o matar a alguien, pero ¿qué más? Alcancé a pensar, para mis adentros, que Lamanodelmuerto debía haber hecho un tipo de cochinada como la mía frente al espejo, pero peor. Por eso me sorprendió que un día entrara con su herramienta de jardinería y empezara a podar las matas del solar de la casa. Me invadió el pánico. Esas tijeras, en sus manos, podían ser el arma homicida. Me mantuve cautelosamente al lado de mi madre, y, por si acaso, retuve a mi hermana conmigo. Si mi hermano era la víctima no sería tan grave: vivíamos desesperadas con sus pataletas de consentido. Pero cuando mi madre invitó al nuevo jardinero a tomarse una sopa en la cocina, a la hora del almuerzo, me arrimé a su oído, aterrada, y le pregunté:

—¿Él no es malo?

Contestó con una firmeza que me dejó desconcertada.

—No hay gente mala. Hay gente que a veces hace cosas malas. Eso es distinto. Hay que darle la oportunidad de ser bueno.

De vez en cuando mi madre me llevaba a oír misa. Desde el púlpito el cura escupía hacia el cielo furiosas imprecaciones, amenazaba con el infierno, con la excomunión, decía que había que acabar con los chusmeros. La chirriante violencia de su voz no alcanzaba, sin embargo, a disolver enteramente la paz que transmitía la semipenumbra de la iglesia, atravesada por los rayos púrpuras y azules y amarillos de los altos vitrales. Los rezos en murmullo de las mujeres subían por mi columna vertebral haciéndome cosquillas. Al momento de la elevación yo cerraba los ojos, como mi madre, y bajaba la cabeza, como un becerro. Pero lo que verdaderamente despertaba en mí una conciencia de lo Sagrado era el olor del incienso. Su aroma, acre, exótico, elevaba mi espíritu a no sé qué poderosas alturas y allá me dejaba suspendida como un picaflor en el aire.



—Dios no está en las iglesias —decía mi abuelo, con gran escándalo de mi abuela—. Y menos en esta, manejada por un godo atrabiliario.

—¿En dónde está Dios? —me atreví un día a decir yo, pegada a sus piernas.

—Dios es cosa de mujeres —rugió mi abuelo desde su altura.

El año en que cumplí los siete fue de descubrimientos. El primero, el gozo del sol y la sombra. ¿Por qué, si el sol siempre había estado ahí, sólo ahora se me ocurría tenderme bocarriba —al lado de una pileta que permanecía vacía, porque mi padre temía que nos ahogáramos— a gozar de su calor, revolcándome de vez en cuando sobre la hierba, como un perro de lanas, con un estremecimiento de dicha? Adoraba la luz metálica que me hacía cerrar los ojos al cabo del tiempo, el calorcito esponjoso que se colaba por todas mis rendijas. Aspirando el olor a mundo recién creado que emanaba de la tierra, yo era casi flor, casi lombriz, un hongo deliciosamente inerte. Cuando ya estaba totalmente sofocada, entraba al corredor como una lagartija anhelante de sombra, y buscaba el cuarto de huéspedes, que era donde estaba la biblioteca. Me gustaba cerrar la puerta detrás de mí, encaramarme a la cama con mi libro y sentir que la sombra y el silencio se daban la mano. La semipenumbra estaba unida en mi mente a la letra escrita. Si por la ventana entraban esos hilitos luminosos que se cargan de miles de partículas de polvo, mejor aún. Era mi escala de Jacob, por la que trepaban los ensueños engendrados por los libros.

En aquel mismo año mi hermana y yo descubrimos algo más grave que un secreto de familia: que el Niño Dios eran los papás. Mi hermana duró dos días sin parar de llorar. Sus enormes ojos de faraona terminaron hinchados y rojos como granadas. Su decepción, que al principio estuvo acompañada de una negación del hecho y de un repentino ataque de furia, dirigido, como en los tiempos antiguos, contra el portador de la noticia —una vecinita un poco tonta—, nos la reveló como una romántica e idealista, que es lo que todavía es hoy. Yo, una vez superado el estupor, reaccioné con aparente cinismo, la única salida digna que encontré para semejante engaño. Dejé que fuera mi hermana la que hiciera el reclamo a mis padres, que trataron de explicarlo todo como una tradición ancestral imposible de eludir. Guardé silencio como un rey traicionado. Presentía que ese recurso conmovería sus entrañas y los haría sentir, como era mi deseo, culpables de haberse burlado de nuestra inocencia. Ellos terminaron su perorata con un halago: ya éramos lo suficientemente grandes como para descubrir el secreto.

Hasta cierto punto, ese día culminó mi infancia, ese plato lleno de cosas desconocidas que determina los gustos y aversiones del resto de nuestras vidas.

El tercer descubrimiento me llenó de alivio: si uno hacía la primera

comuni3n, lo cual implicaba confesarse con el cura, se libraba de todos los pecados y, por tanto, se salvaba del infierno. Esa informaci3n nos fue dada por la hermana Francisca, pues se avecinaban las preparaciones. Me indign3 descubrir aquello de manera tan extempor3nea, cuando haberlo sabido antes me habr3a ahorrado miles de horas de sufrimiento. Corr3 a decirle a mi madre que yo quer3a hacer la primera comuni3n. Ella me mir3 apretando los labios, y luego me explic3 que era mejor esperar dos «a3itos» m3s para que la hiciera al mismo tiempo que mi hermana. Pero esta vez no iba a transarme, no se3or. Persegu3 a mi madre gritando yo quiero yo quiero yo quiero, y como nada parec3a ablandarla esper3 a mi padre sentada en el quicio de la puerta, y cuando lo vi venir a lo lejos, atravesando el parque, me lanc3 a encontrarlo con el coraz3n desbocado. Mi sentencia condenatoria estaba en juego y ahora que ten3a la soluci3n a la mano iba a usar todos los recursos posibles.

Se enredaron en una discusi3n sobre mi persona. Mi madre interpret3 mis s3plicas como producto del deseo imperativo de vestirme de blanco y hacer una fiesta, es decir, como un capricho, una frivolidad. Mi padre me otorg3 el beneficio de la duda: ¿no ser3 que la ni3a se emociona con la idea de comulgar, de recibir la gracia divina? Yo no aportaba ning3n dato, ning3n argumento. Repet3a, simulando una total irracionalidad, quiero hacerla, quiero hacerla, quiero hacerla. Mi padre gan3 la batalla, de modo que fui sometida, durante cuatro ma3anas de domingo, al adoctrinamiento sistem3tico que nos dio el cura auxiliar.

En esas sesiones me enter3 de que hab3a pecados mortales y veniales, y que los mortales llevaban al infierno y los veniales al purgatorio. Me examiné en retrospectiva y encontr3 muchas abominables en mi pasado. Una de ellas, la peor de todas, la calumnia. Ese era el nombre del pecado que hab3a cometido con Narcisa. Pero tambi3n se me inform3 que hab3a una cosa llamada malos pensamientos. ¿En qu3 consist3a ese pecado? El auxiliar no nos lo explic3 y nadie tuvo tampoco el coraje de preguntarle. Esa culpa fue, en nuestras cabezas, una especie de recipiente vac3o que se pod3a llenar con cualquier cosa. Una compa3era explic3 que era mal pensamiento desear el mal al pr3jimo. Otra m3s, que era pasar por una tienda, ver algo deseable y pensar en robarlo. Otra, que pensar en pip3s. A partir de ese momento una avalancha de malos pensamientos me atac3 como una bandada de murci3lagos. Las horas se me iban en atajarlos, en verlos nacer y crecer antes de que un movimiento de mi voluntad los aniquilara. Nunca mi alma estuvo m3s negra ni m3s cerca del infierno. Com3a y beb3a cada vez que se me presentaba la oportunidad para no ir a morir de desnutrici3n. Fue una batalla heroica contra el imperio del mal. Estaba en esas cuando lleg3 el gran d3a. Era casi una santa, si la santidad se mide por la

dimensión de la lucha; y casi un demonio, tantos malos pensamientos habían pasado en los últimos días por mi pobre cabeza.

Durante la preparación el catequizador había hablado, una y otra vez, del alma —alma pura, alma buena—, en el entendido de que ella y el cuerpo estaban claramente separados. Mi referencia más precisa al respecto era la de las ilustraciones de Doré, en las cuales las almas, ya fueran benditas o condenadas, iban siempre en empaques de cuerpos desnudos, lo cual no dejaba de ser contradictorio, o al menos extraño. El alma, estaba claro, era invisible, pero perfectamente real, y el cuerpo no era sino el caprichoso cofre que la contenía, en el más riguroso sentido del término, pues apenas moríamos se escapaba en forma de paloma, o de llama, o de mariposa, como en el poema de Silva. Para el día de la primera comunión era forzoso concentrarse en el alma, en el espíritu, y olvidarse de todo lo mundano, lo banal, lo accesorio, como el vestido, los regalos, el ponqué. Una semana antes de comulgar ensayé, pues, a ser sólo alma, espiritualidad pura, pensamiento, sin demasiado éxito. Fuera de mi lucha contra los malos pensamientos, tenía qué vérmelas con mi glotonería, que se me revelaba como algo muy lejano al estado angelical que perseguía, y con la idea imprecisa de que yo era ante todo mi nariz, mis ojos, mi boca, y que mi nombre se correspondía más con mi cuerpo que con ese intangible llamado alma. El yo, ese todo desarticulado que sólo captamos parcialmente o que configuramos a punta de invenciones, era para mí una entera nebulosa.

Dos hechos puntuales vinieron a interrumpir mis inquietas cavilaciones. Uno fue la confesión, menos sencilla de lo que me imaginé. En un papel escribí mi larga lista de pecados y la llevé apretada en el puño a fin de leerla frente a la ventanilla del confesionario, al oído del cura. Pero cuando oí su voz me puse tan nerviosa que sólo atiné a decir, con la fórmula que me habían enseñado:

—Acúsome padre de haber tenido malos pensamientos.

Después de decir esto me quedé muda, con el papel hecho una bolita húmeda entre mi mano.

—¿Pensamientos de qué naturaleza? —preguntó el cura.

Vacilé. ¿Qué tenía que contestar? Me acordé de los tres reinos: mineral, animal y vegetal. Escogí al azar. —Animal.

El silencio se hizo ahora del otro lado. Pero evidentemente el cura tenía prisa, porque detrás de mí había una fila de al menos diez pecadoras esperando. Me mandó rezar tres avemarías y me echó la bendición. Tiré el papel en la primera caneca de basura que encontré, no sin cierta culpa.

El otro hecho fue terrenal. Cuando, dos días antes de la gran ceremonia, fuimos donde la modista a probarme el vestido, constatamos, con horror, que la

infinita hilera de botoncitos forrados que iba del cuello hasta la cintura no lograba cerrar, tanto me había engordado en aquellas semanas. Hubo que acudir a medidas de emergencia que nos tuvieron en vilo hasta la noche anterior a la comunión, cuando finalmente, y gracias a las mañas de la costurera, lograron embutirme en el traje blanco de organdí suizo.

El cuerpo, pues, le ponía zancadillas al alma, que para ponerse en evidencia el día de la ceremonia tuvo que hacer enormes esfuerzos. Por razones de estatura, entré a la iglesia comandando la fila de niñas. Para parecer buena caminé con la cabeza inclinada y las manos juntas, como nos habían dicho, con paso lento y reverente. El momento de la comunión lo sorteé con mucha dignidad, sin sacar demasiado la lengua. Y regresé a mi lugar esperando sentir la gracia de Dios dentro del alma. Pero no sentía el alma, mucho menos la gracia. Estaba exhausta. La perspectiva de una vida entera dedicada a los cuidados del espíritu me agobiaba enteramente. Durante el desayuno de celebración me abandoné a los placeres de la comida y, para rematar mi derrota en la lucha por el triunfo del alma, empecé a pensar, con intensidad vergonzosa, en los regalos que me darían a la hora de la fiesta.

Al día siguiente, al despertar, quise saber qué cambios había experimentado, ahora que Dios había entrado en mí, así hubiera sido por la vía un tanto indigna del esófago. Pero no noté nada distinto ni en mi mirada, ni en mi aspecto, ni en mi pensamiento. Ni siquiera estaba alegre, como había asegurado el catequista que estaríamos a partir de entonces. La vida seguía, idéntica, tediosa, sin sobresaltos.

Mi madre salía a veces, muy de tarde en tarde, a hacer alguna vista, y nos llevaba a nosotros, sus tres críos. Como su vanidad era directamente proporcional a su belleza, se arreglaba con gran esmero y lo mismo hacía con nosotros, que éramos su mayor orgullo, de modo que íbamos por las calles atrayendo las miradas de los vecinos, como un conjunto de pavos reales, dorados y armoniosos.

En una de aquellas ocasiones tuve una revelación determinante. A mi hermana y a mí nos vestían de manera casi idéntica, como se usaba. El modelo era el mismo, no así el color, que variaba siempre. Al decir de algunos allegados, y tal vez por el atavío, podría pensarse que éramos gemelas. Pero una prima de mi madre, que había llegado de otro país a pasar una temporada en casa de mi abuela, se encargó de informarme que, al menos para ella, esto no era tan evidente. Al vernos, se deshizo primero en elogios con mi hermano, que era muy rubio y gracioso, e iba vestido como un paje renacentista. Luego, con sus ojitos de víbora, nos escrutó a mi hermana y a mí en un silencio que nos llenó de

expectativa. Preguntó luego por el nombre de cada una. Entonces lanzó su veredicto:

—¡Qué maravilla! Son idénticas, pero la una es luz y la otra sombra.

Todos callamos, estupefactos ante aquel rapto metafórico.

—Sí —dijo mi madre haciendo de intérprete—, la una es morena y la otra blanca.

Pero la prima porfió, como cualquier bruja de cuento, sin ninguna piedad:

—No tanto eso. Quiero decir que una es muy lucida y la otra no.

Muy lucida, así, sin tilde, era la expresión que se usaba, como entendí más tarde, para hablar de una belleza moderada.

La ambigüedad de su frase quedó flotando por unos segundos en mi conciencia, mientras me preguntaba, casi angustiosamente, si la deslucida sería yo. Entonces aquella bruja con cara de pájaro puso una mano sobre mi cabeza y sentenció:

—Pero la suerte de la fea la bonita la desea.

Vi que mi madre enrojecía, muy probablemente de furia, mientras apretaba mi mano con cariño.

—Las dos son lindas —dijo.

La visita terminó pronto. Ya en la casa, me las ingenié para quedarme a solas con mi madre. Haciendo un esfuerzo, le pregunté:

—Mamá, ¿verdad que soy deslucida?

Usé esa palabra a propósito, pero como sinónimo de fea.

—Para nada —dijo mi madre, con una contundencia tal que consideré zanjado el tema. Pero la inquietud al respecto ya había echado raíces.

Unos días más tarde, aprovechando un rato ocioso, mamá fue hasta la pequeña biblioteca, sacó una cartilla y leyó, como si no fuera conmigo:

*Resulta que Yang-Tsu hizo un viaje al país Sung y pernoctó en un albergue. El amo del albergue tenía dos mujeres: una era hermosa y la otra fea. La fea era la querida y la hermosa menospreciada. Yang-Tsu preguntó la causa de ello. El amo del albergue le respondió: la guapa se tiene por guapa y yo no la encuentro guapa. La fea se tiene por fea y yo no la encuentro fea.*

Puedo transcribir la historia porque en mis años universitarios volví a encontrarla, y supe que pertenece a la obra de Zhuangzi o Chuang Tzu, un filósofo chino que vivió en el siglo IV antes de Cristo. Quién sabe en qué revista de divulgación la tenía mi madre. Investigando un poco en el autor, que se halla traducido al español por Alex Ferrara, encontré, además, estas palabras en el «Discurso acerca de la igualdad de las cosas»:

*«Mao Quiang y Li Ji son lo que la gente considera belleza, pero si los peces las ven se hunden en las profundidades; si las aves las ven, se van volando*

*en el aire; si los venados las ven, se van galopando. De los cuatro ¿quién sabe lo que es verdaderamente bello en el mundo?».*

Aquella experiencia de infancia volvería a repetirse. Después de salir de la universidad viajé a Europa con una amiga. Hasta ese momento no había percibido diferencias estéticas demasiado grandes entre las dos. Ella era atractiva, de huesos grandes, pómulos altos, agitanada. Pero nada me hacía pensar que fuera una belleza. Yo, con mis veintitrés años, mi nariz respingada y mi mata de pelo recogida en un moño de japonesa, no me sentía menos deseable. Pero en aquel contexto mi amiga resultó ser arrolladora. Todos los días, mientras caminábamos por las intrincadas calles de los pueblos italianos, yo veía cómo los hombres, jóvenes y viejos, se volteaban a mirarla, mientras yo padecía el síndrome de invisibilidad. Cada día que pasaba, aquella evidencia me resultaba más aplastante, a pesar de mis secretos razonamientos, del humor con el que trataba de ver la situación y de que cada mañana, en el espejo, constataba que no era el súcubo infame que creía ser en la noche. Al final de la temporada estaba casi demolida por la experiencia, pero además totalmente dudosa del valor de mis propias percepciones.

Cuando, años después, leí *Les repoussoirs*, un cuento de Zola, recordé aquella angustiosa experiencia en Europa. En este cuento Durandeu, el protagonista, tiene una extraordinaria idea: comerciar con la fealdad, del mismo modo que se comercia con la belleza. Monta, pues, una agencia, donde mujeres no especialmente bellas alquilan otras, muy feas, para que las acompañen en sus paseos, regamente vestidas, para hacer efectivo el contraste. En las noches las chicas feas vuelven de su trabajo, se miran al espejo y le ven la cara a la soledad. Para ellas, dice Zola, nunca habrá besos.

Para mí, por fortuna, después los hubo.

En mi infancia, sin embargo, las teorías relativistas que se desprendían del texto de Zhuangzi o Chuang Tzu, que hoy nos resultan tan vigentes, no me convencieron en lo absoluto. Se es bello o se es feo o se es anodino, que es casi peor. Yo no era bella, como mi hermana. Quise mirarme en el espejo para descubrir por mí misma la verdad última. Pero eso traía sus riesgos, pues la directora de curso nos había advertido que si uno se miraba más de lo debido podía encontrarse cara a cara con el mismísimo diablo, que acechaba a las niñas vanidosas para llevárselas al infierno. Así que sólo me permitía rápidos vistazos, tratando de sopesar virtudes y defectos. El resultado era tan incierto que aumentaba mi confusión.

Los espejos se convirtieron para mí, en aquella época, en espacios aterradores. De noche, el que había en la cómoda de mi cuarto me causaba toda

clase de sobresaltos: estaba ubicado a la derecha de mi cama, iluminado tangencialmente por el farol de nuestra calle; si me volteaba hacia ese lado podía verme reflejada, o, más precisamente, ver sólo mi cabeza sobre la almohada, como la de un mártir decapitado por los sarracenos, y en ella mis ojos brillando en la oscuridad. Aquella visión me producía escalofríos, sobre todo si se prolongaba unos minutos, pues entonces veía cómo la cara del demonio comenzaba a suplantar lentamente la mía, lo cual me obligaba a cerrar los ojos, o a cubrirme la cabeza con las mantas para evitar toparme con el maligno.

Fue en aquellos días cuando descubrí mis orejas. Hasta entonces yo había hecho caso omiso de aquel par de adminículos, que, según creía, sólo estaban adosados allí para cumplir la elemental pero importantísima función de percibir las infinitas voces del universo, muchas de las cuales, como ya se me había advertido, debían quedar confinadas en lo más hondo del cerebro. Las orejas, como las rodillas, los codos y, más dudosamente, el ombligo, pertenecían en mi imaginación a una categoría de órganos de segunda clase, meramente funcionales y sin atributo alguno de belleza. Que estaba muy equivocada me lo hizo saber la mujer de la tienda, adonde mi madre me envió a comprar el paquete de cigarrillos Parliament, que se fumaba a diario. En el momento de entregarme la cajetilla se fijó en mis aretes, unas chispitas de Murano que eran regalo de mi madrina de bautizo, y me hizo acercarme para estudiarlas. Después de hacer el elogio de aquellas joyas mínimas, reparó en mis orejas, y con un apasionamiento digno de mejor causa lanzó un par de exclamaciones que me dejaron estupefacta. Según ella, mis orejas eran preciosas, eran perfectas. Enrojecí de satisfacción al tiempo que sonreía con la felicidad del alumno curioso que descubre una verdad hasta entonces no intuida. Y guardé aquella opinión de la tendera como un secreto, porque me parecía bochornoso reproducirla, tan humilde era el objeto que la suscitaba. El tiempo, saco en el que todo cabe, me ha permitido ver rodillas admirables, tobillos preciosos, ombligos de una redondez perfecta. Y orejas tan proporcionadas, de pliegues tan precisos y lóbulos tan tentadores, que podrían fácilmente ser prueba de la existencia de Dios, si es que este existiera.

Mi madre fue siempre ave de alto vuelo, mi padre animal de tierra, una especie de caballo de tiro o de topo incansable, amante del silencio y la oscuridad. Si por él hubiera sido nos habríamos quedado para siempre en el lugar donde nacimos, donde no existía el peligro de estar sometido a perturbaciones o sobresaltos. Pero mi madre quería aventura, novedades, una vida menos monótona y aburrida. Así que, antes de que cumpliera mis diez años, por voluntad suya, se tomó la trascendental decisión de irnos a vivir a la ciudad

donde ya vivía mi abuela.

Aquel viraje en nuestras vidas no significó nada o casi nada para mí, porque viajaba con todos aquellos que constituían mi vida. Por el contrario, dejar atrás el colegio cargado de monjas significaba una liberación. La falsedad de su alegría, los mimos hipócritas que me prodigaban delante de mis padres me resultaban chocantes. Además, preferían a mi hermana, que vivía con las rodillas llenas de peladuras, que sabía saltar lazo y hacer figuras con el yo-yo, y me lo hacían saber con disimulo: yo era una sabionda perfeccionista a la que le gustaba exhibirse pasando al tablero y entregando la tarea sin tachaduras.

Unos meses antes de nuestra partida una noticia sobresaltó el pueblo: Alfonsito, el hijo de un ebanista que vivía en la Otrabanda, había desaparecido de su casa desde el miércoles y ya era viernes y parecía que se lo había tragado la tierra. Era, según se comentó en mi casa, un niño un poco tonto, pero muy limpio y amable, que le ayudaba a su papá con los mandados. El sábado en la mañana se organizaron brigadas de búsqueda, y un silencio atroz se apoderó del ambiente cuando los quince o veinte vecinos voluntarios se reunieron en el parque a planear estrategias de rastreo, y luego se dividieron en grupos de a cuatro o cinco y salieron a buscarlo en distintas direcciones más allá del pueblo. Se fueron para el monte, nos anunció Belarmina, a las veredas, a buscarlo por los caminos. Mis lecturas me permitieron imaginar la escena: un niño de mi edad, con un atado al hombro, dejando regadas boronas de pan que se comían los pajaritos. Y unos hombres valientes que lo salvaban de algún ogro y lo traían, triunfantes, para que se abrazara con su padre, el carpintero. Se rumoraba toda clase de cosas: que tal vez estaba donde su madrina, a dos horas de camino; que se lo había comido un tigre que merodeaba alrededor de las fincas; que quizá se había caído a un hueco y estaba padeciendo de hambre y de sed; que se lo había llevado el diablo. Esas versiones eran tan apasionantes y algunas de ellas tan aterradoras, que los niños de la cuadra nos reunimos espontáneamente a esperar el desenlace, apretados unos contra otros, como sobrevivientes de un cataclismo. Llegó la noche y tuvimos que entrar a nuestras casas, decepcionados de que aún no llegaran con noticias. La realidad, tantas veces inocua, mostró entonces su cara más feroz. Las expediciones fracasaron, pero el domingo a mediodía Alfonsito fue encontrado muerto en medio de un rastrojo, en un extremo del pueblo.

—¿Qué es rastrojo? —pregunté, fascinada por esa palabra.

La contestación fue hasta cierto punto decepcionante:

—Un matorral.

Ese mismo día se supo algo tan alarmante como la muerte de Alfonsito:



Lamanodelmuerto no iba a dormir a la cárcel desde el miércoles. Recordé entonces las palabras de mi madre: a la gente hay que darle la oportunidad de ser buena.

La casa, durante los preparativos de la mudanza, se fue pareciendo a un cuaderno al que alguien le va arrancando páginas. Las paredes despojadas de los últimos días —nada más desolado que aquellos clavos inútiles en su superficie— semejaban hojas de un blanco sucio donde el tiempo había escrito su historia desabrida.

Todo el barullo anterior, el ir y venir de personas conocidas y desconocidas, dio paso a un silencio hueco, en el que repercutían nuestras pisadas. Mi padre me anunció, como algo que sólo a mí me concernía, que tendríamos que dejar la enciclopedia infantil porque pesaba mucho. Armé un berrinche aterrador. Entonces me prometió que en Bogotá me compraría otra similar, quizá más bonita y moderna. Pero yo grité, un poco sinceramente, y un poco porque ya había comenzado aquella estúpida escena y ahora me veía obligada a llevarla hasta el final, que yo sólo quería *esa*. Es verdad que los cuentos que me gustaban los había leído hasta tres veces, pero en eso los niños proceden como los amantes de la poesía: gustan de regresar una y otra vez a lo mismo, porque más que descubrir quieren volver a sentir lo que ya sintieron. Papá claudicó: la embalaron lo mejor que pudieron en una caja de madera que luego reforzaron con zunchos. Y la enviaron por tierra con otras pocas cosas, grandes y chicas, que iban a ser, con los años, algo así como pobres vestigios de un pequeño planeta convertido en fragmentos por la explosión implacable de la desmemoria.

## II.

A la tierna edad de once años viví la muerte más importante que hubiera vivido hasta entonces: la mía. Fue una muerte minúscula, pero en nada distinta de la muerte mayor —aquella de la que, hasta donde se sabe, no volvemos— porque la sensación fue la misma: la de haberme instalado para siempre en el territorio abúlico o indiferente de la nada.

Sucedió así: días antes de embarcarnos oí a un tío haciendo el recuento de los accidentes, al parecer numerosos, que habían sucedido en un cerro llamado El Tablazo. Las avionetas, le decía a un amigo, se quedaban enredadas en su cima cuando no lograban altura suficiente, porque la neblina de la zona dificultaba enormemente la visibilidad. El amigo comentó que esa era una muerte deseable porque ocurría en cuestión de segundos y el que la padecía prácticamente no se daba cuenta.

Esa noche me fui a la cama con la idea clarísima de que mis días estaban contados. Como era evidente que no tenía ni la más mínima posibilidad de disuadir del viaje a mi familia, salvándola así de una muerte absurda, me puse a considerar cómo librarme al menos de la mía. ¿Esconderme minutos antes de salir? ¿Escapar al monte, enrolarme en un ejército guerrillero, vivir

en una choza abandonada alimentándome de setas silvestres como en los cuentos de la infancia? Comprendí —me iba a pasar otras veces en mi vida— que no tendría la fuerza de emancipación suficiente para tomar una decisión tan drástica. Me descubrí cobarde. Así que, como un enfermo a la entrada del quirófano, me rendí a la fuerza del destino y me encaramé al pequeño avión abrazada ya a la idea de la muerte, mientras hacía balances mentales sobre mis pecados a fin de saber si iría al infierno o al purgatorio, pues el cielo no entraba dentro de mis consideraciones.

Mi madre se sentó con mis hermanos en la parte trasera del avión y a mí me correspondió en una de las ventanillas, al lado de mi padre. Apenas emprendimos vuelo, este, alzando su voz por encima del ruido, me hizo algunas precisiones didácticas referidas a las partes de la nave, a la topografía que iba a divisar, al tiempo que duraría el viaje. Pero yo, que fingía oír sus palabras, sólo pensaba en El Tablazo, en su altura colosal que nos estaba esperando para sepultarnos a todos por los siglos de los siglos. Entonces, mientras ascendíamos, allá abajo se fueron empequeñeciendo las casas y las colinas y las vacas bajo la luz vidriosa de la mañana, hasta que una niebla de reflejos mercuriales se tragó definitivamente el paisaje.

La luminosidad de aquella bruma sin fisuras —que se correspondía a la perfección con el ruido sordo que, como un bajo continuo, sentía en el fondo de mis oídos tapados con algodones— resultaba a la vez misteriosa y fascinante, porque

pertenecía a otra dimensión de la realidad, en la que el color había desaparecido. Lo aterrador y lo bello se aunaban en ese preámbulo de la muerte, que sin duda vendría a invadir con colores atroces aquel sopor grisáceo que nos rodeaba, y que iba a desaparecer borrado por los púrpuras y naranjas del fuego que nos pulverizaría en unos instantes entre el verde magnífico de la montaña. Aferrada a la silla, casi sin aliento, esperaba, con los ojos clavados en la nada exterior.

No oí ninguna explosión, no vi el filo de El Tablazo, no sentí el más mínimo dolor. Un agujero negro y cálido me subsumió, y mi pequeña vida se hundió en un magma oscuro y apacible. Poco a poco emergí del regazo tibio de la muerte con los ojos muy abiertos, y fue entonces cuando vi a mi hermano con la cabeza doblada sobre su hombro, a mi madre con la cabeza echada hacia atrás

y los ojos cerrados, como esas figuras mortuorias que exhiben los museos, a mi padre con los ojos abiertos y una cara impávida, mirando fijamente el techo. Me bastaron unos momentos para comprender: estaban todos muertos, helados, sin gota de sangre. El accidente había ocurrido ya, sin duda, pues todo pasaba, como había dicho mi tío, en cuestión de segundos, sin que uno se diera cuenta. Que la muerte no doliera no me sorprendió, pero sí que siguiera sintiendo mi cuerpo, las lágrimas tibias que empezaban a caer por mi cara. Acepté mi nueva realidad con una serenidad y una aceptación que hoy serían inconcebibles, y lloré mi propia muerte y la de mis padres y mis hermanos sin mayores aspavientos.

Al fin y al cabo, los aspavientos están planeados para llamar la atención y eso ya no tenía sentido. Entonces, el cadáver que estaba a mi lado resucitó y, mirándome con ojos muy abiertos, me preguntó con una voz apagada, venida de ultratumba, si estaba mareada. Asentí, para no hacer el ridículo. Entonces sus manos me pasaron un pañuelo empapado en loción para que lo oliera. Luego mi padre, recién vuelto a la vida, deslizó su mano por mi pelo, por mis mejillas. Y yo me rendí a su caricia mientras afuera un cielo azul pálido iba abriéndose camino poco a poco entre las nubes que se disipaban.

Muchos meses después me asaltaba a cada rato la inquietud de que aquella ciudad a la que habíamos llegado existía en otra dimensión. Era un pensamiento consolador, porque me permitía pensar que cada muerte daba paso a una vida nueva, en una cadena infinita, en un inacabable juego de cajas chinas.

En las primeras semanas todo fue exultación, desconcierto, un diario despertar anhelante en la Ciudad Nueva. Adoraba las madrugadas heladas y brumosas, el olor de los exhaustos, las luces nocturnas que tornaban el cielo desvaído y desdibujaban las estrellas, y los arboles violeta que veíamos desde el altillo de la nueva casa.

Había descubierto los atardeceres de manera tardía. ¿O es que aquí eran, como todo lo demás, diferentes? Me di a pintarlos y sin querer hice cuadros abstractos.

Pronto se nos comunicó —¿o tal vez lo sentimos?— que el cambio nos abocaba a restricciones. Habíamos entrado, era clarísimo, a una etapa de dificultades económicas. Pero era una pobreza extraña, pues mi padre había alquilado una casa que, aunque pequeñita, estaba totalmente dotada, porque era de alguien que había abandonado el país por un traslado. En ese lugar lleno de muebles y olores ajenos éramos, en un comienzo, como invasores que esperan el desalojo que tarde o temprano los expulsará del territorio conquistado. En cada cosa había huellas de otros, y era extraño para los niños dormir en las camas de otros niños, cuyas caras desconocíamos, reposar en las almohadas donde ellos

habían tenido sueños tal vez no tan distintos a los nuestros.

Así que lo teníamos todo, pero la supervivencia era difícil, y eso se veía en la cara de mi padre, en sus cejas fruncidas, en sus furias intempestivas. Mi madre callaba, porque era la que había iniciado aquella aventura y tenía culpa. Ella misma cosió nuestros uniformes y, para que la pobreza no fuera demasiado notoria, se encargaba de hacer milagros en la cocina. De tanto en tanto sus silencios y los de mi papá invadían todos los resquicios como gases asfixiantes.

Escogieron un colegio para nosotras y otro para mi hermano, y en el nuestro también esta vez se equivocaron. Las monjas que lo dirigían tenían hábitos de un color distinto a las que ya

conocía, pero sus mentes eran igualmente contrahechas. Cuando estaban juntas, pálidas entre sus togas, se asemejaban a los personajes grotescos de *El foyer* de Pietro Longhi.

Sin embargo, milagrosamente, mi maestra escapaba de aquel horror: se llamaba Lucía, jamás había estado en un convento, y nos pidió que le dijéramos Lu. Tenía diecisiete, veintisiete o treinta y siete años; cualquiera de esas cifras me daba lo mismo. Yo sólo sabía que era joven.

De Lu me fascinaron tres cosas: su letra de eles larguísimas que traté de imitar con gran éxito, su perfume, que olía a madera, y el ligero estrabismo de su mirada, que me causaba una gran perturbación. Muy pronto sólo quise que me mirara, que me pusiera la mano en el hombro, que me diferenciara de la masa. Pero no fue fácil escoger las estrategias de seducción. Levantar siempre la mano, contestar las preguntas hechas en clase, entregar las tareas sin borrones, me pareció un camino vergonzosamente obvio. Opté por el silencio, aunque sin poner cara de tonta. Pero Lu resultó ser un ejemplo perfecto de equidad: a todas nos hablaba en el mismo tono, a veces condescendiente, a veces severo, sin mostrar la más mínima preferencia. Fue espantoso. Tuve que bajarme de mi torre impasible y atacar por otros flancos. Decidí mostrarme renuente, no hacer todo lo que se me pedía. De nuevo sentí que fracasaba. Entonces, para el día de su santo, resolví hacerle un regalo. Sería un dibujo. ¿Pero de qué? Pensé que una santa Lucía sin ojos, como la que había conocido en láminas, podía resultarle conmovedora. Estuve intentándolo toda una tarde, pero los resultados fueron patéticos; el personaje, a pesar de su aureola dorada, promovía más el terror que el fervor. Decidí cambiar de motivo. Debía ser algo bello. Bello y conmovedor, o bello y original, o bello y perturbador. Deseché los ángeles, por obvios, las flores, por cursis, los animales, por infantiles. Finalmente, opté por un unicornio.

Escogí una cartulina pequeña, de las coleccionadas por mi madre, que en otra reencarnación debió soportar más de una guerra, y me dediqué, con ese

tesón que sólo dan los enamoramientos, a lograr la perfección. Durante horas pinté la figura de un blanco azulado y la ubiqué sobre un cielo lleno de estrellas doradas, como recordaba haber visto en alguna parte. Lo que más disfruté haciendo fue el cuerno, y lo que más dificultad me costó fueron las patas de chivo, que lo sostenían con un garbo enorme. El resultado superó todas mis expectativas.

A mi madre le dije, temblando de pensar que no me creyera, que participaría en un concurso y que por tanto debía enmarcar mi preciosa obra de arte. Ella debió pensar que aquel tipo de gastos era un requerimiento del colegio que acababan de escoger con tanto cuidado, así que fuimos a la marquetería y yo escogí una moldura que dignificara mi obra. Ya con ella en la maleta, cuidadosamente envuelta, debía decidir a qué hora entregársela a Lu sin ser vista, pues no quería correr el riesgo de ser tildada de sapa a sólo mes y medio de haber empezado el curso.

Desde muy temprano hice toda clase de maniobras para entregarlo a escondidas, como lo que era, una promesa de amor eterno, pero sólo pude lograrlo unos minutos antes de irnos a nuestras casas, aprovechando que todo el mundo revoloteaba alrededor de los buses escolares. Vi a Lu muy tiesa en el corredor, siguiendo con la vista el desfile de niñas de uniforme que se encaramaban a la ruta seis, y galopé hacia ella con el corazón latiendo de felicidad. Me planté a su lado, jadeante, y toque suavemente su brazo. Me miró por un instante, de forma interrogativa, con aquella mirada oblicua que a veces parecía de ciega, como la de santa Lucía, mientras sentía que me convertía en estatua de sal. La frase que había ensayado todo el día se me atascó en la garganta, de modo que, muda y sin siquiera sonreír, le alargué mi paquete, ahora ligeramente maltratado, y salí corriendo.

Ya lo habrá destapado, me decía mirando por la ventanilla del bus, ya lo estará mirando, llena de fascinación y dicha, ya habrá decidido en qué parte de su cuarto lo cuelga, ya en su corazón debo estar ocupando un lugar de preferencia.

La dicha y el tormento de todos los amores tienen como alimento preferido las fantasías y las conjeturas: ¿cómo sería su casa?, ¿viviría sola?, ¿tendría una mascota, quizá un pez en una pecera?

La realidad, sin embargo, puede ser brutalmente grosera y esta vez lo fue. A la mañana siguiente, antes de que rezáramos la oración diaria, Lu se dirigió hacia la ventana y ubicó allí, recostado de cualquier manera, mi bellissimo unicornio. Algunas alumnas se interesaron en él y se acercaron en grupo a mirarlo.

—¿Qué es, Lu?

—Un regalo que me hicieron —contestó Lu, con cara de complacencia.

Un escalofrío de horror me corrió por la columna vertebral: en el costado derecho del cuadro, con cuidada letra negra, estaban mi firma y la dedicatoria de dos palabras a mi maestra. Enrojecí de tal manera que me sudó la nariz.

—¿De quién es? —preguntaron las niñas acercándose un poco más al vidrio.

Me sentí como si me hubieran desnudado en mitad del patio. Lu no sólo había considerado que el unicornio estaba mejor en el salón de clase que en su casa sino que estaba a punto de develar nuestro secreto.

Ella pronunció mi nombre y luego me miró con su mirada estrábica y una sonrisa que se me antojó maléfica. Yo le correspondí con otra de lo más hipócrita. Mis compañeras opinaron sobre el unicornio: que era bonito, que las patas de atrás eran más largas que las de adelante, que lo mejor de todo era el cuerno lleno de rayitas. Norella hizo notar que, por el fondo oscuro, mi cuadro también servía de espejo, y una por una se miraron y se arreglaron el pelo delante de él. Yo aguanté las lágrimas con la dignidad que casi siempre da la rabia.

Dos semanas después, cuando nadie podía verme, metí el cuadro en la maleta y lo devolví a mi casa. Lu jamás preguntó por él.

¿Qué me hacía indigna de ser amada? Lo primero que se me ocurrió fue mirarme en el espejo. Lo que vi era perfectamente conocido: una niña común y corriente, de nariz chata y frente muy amplia. Hice el ejercicio de volver a cero, de hacer de mi conocimiento *tabula rasa*, como predicó Descartes, de desconocerme. No lo encontré fácil. Traté de percibirme, entonces, de acuerdo a los epítetos de mis hermanos en las peleas: y sí, era cachetona, sí, era gorda. Mi boca era un corazón minúsculo, mis ojos un par de rendijas iluminadas. Sí, era fea. Por eso Lu no podía quererme. Empecé a llorar. En esas entró mi madre, y me preguntó qué pasaba. Dudé un instante y luego me abandoné en sus brazos.

—Soy fea —repetí—, soy muy fea.

Me abrazó, me consoló, me aseguró que no sólo no era fea sino que era una niña muy bonita. ¡Ella, que no sabía mentir, que nos había enseñado que era malo decir mentiras, estaba mintiendo!

—Pero además —añadió, como si supiera de mi desastre amoroso— a uno no lo quieren por bonito o por feo. Lo quieren por lo que uno es.

Esa noche me acosté pensando qué era yo, más allá de bonita o fea. ¿Simpática, inteligente, buena, culta? Comprendí, con desasosiego, que no tenía ninguna certeza al respecto. ¿Era hora de empezar a construirme un ser, una identidad que hiciera prescindible mi físico? La idea exigía enjundia, pero no era impracticable. Lo de simpática no había dado buenos resultados. En cuanto a lo

demás, se nace con más o menos inteligencia, sin remedio. La bondad no me atraía especialmente, y en cambio las personas muy buenas me parecían o sosas o soberbias. Quedaba la alternativa de ser culta, aunque no estaba totalmente segura de que esa fuera una razón suficiente para ser querida por alguien. Pero iba a intentarlo.

La caja con la enciclopedia se perdió en la mudanza, pero a mis once años me sentía tan alejada ya de mi infancia, que no experimenté sino una leve tristeza. Por aquellos días descubrí, en cambio, el placer de leer revistas. Quizá, pensé, ese fuera un buen vehículo para ser culta. Mi padre recibía *Visión*, *Life* y *Selecciones*, y también los suplementos literarios. Yo leía todo aquel material, de modo selectivo, sin dejarme arredrar por los aburridísimos artículos. Me di un baño de Política, de Geografía, de Ciencia, pero desarrollé, ante todo, una afición especial por los relatos policíacos que aparecían como serie no sé en donde. Nunca, ni en los cuentos más complejos leídos en la infancia, me había topado con tramas tan intrincadas. El misterio, el crimen, la lógica de la pesquisa, me fascinaron. En aquella literatura ligera y sin pretensiones encontré la belleza de la imaginación. Decidí que con el tiempo sería detective, y me dediqué a fingir escaramuzas con mi hermano, que caía con gran facilidad en las trampas que le tendía. A esa pasión se sumó otra: la de la sección «Enriquezca su vocabulario», de *Selecciones*. El ejercicio consistía en elegir, entre cuatro palabras —Término, Armisticio, Acuerdo, Asamblea— el sinónimo de una no muy corriente, que estaba escrita en negrilla: Concordato. Un acierto en esa difícil prueba me llenaba de complacencia, me hacía sentirme adulta.

Estaba convencida de que mi colonización de ese país llamado Cultura avanzaba a pasos agigantados, cuando llegó a pasar unos días con nosotros un hermano de mi padre. Su conversación no se parecía en nada a las de las personas que había conocido hasta entonces. Hablaba con hipérboles y metáforas, pero sin que estas parecieran tales porque todo lo que decía tenía un toque de ironía que acrecentaba su ambigüedad. A los niños nos hablaba como a adultos, y prorrumpía en sabrosas carcajadas después de sus efímeros engaños. Yo le caí en gracia. Teníamos conversaciones extrañas, absurdas, como las que sostiene Alicia con la Liebre de Marzo y el Sombrerero. Como me encontró un día leyendo la *Historia del mundo* que nos había comprado mi padre me preguntó qué época me había interesado. La pregunta me sonó absurda. Le expliqué que iba en la prehistoria y que seguiría en orden hasta agotar los veinte tomos.

—Vas a demorarte en esa empresa lo mismo que los que levantaron las pirámides de Egipto. ¿Y se puede saber qué buscas con eso?

—Quiero ser culta —dije, en un susurro, consciente de lo vergonzoso de mi respuesta y esperando que se desatara en carcajadas. Pero no sólo no lo hizo sino que, muy serio, se quedó mirándome con la barbilla encajada en su mano, en actitud dubitativa.

—Voy a contarte una cosa —dijo—. No está nada mal leer la *Historia del mundo*, que es un libro muy interesante. Pero eso no te va a hacer más culta sino mejor informada. Son dos cosas enteramente distintas.

Yo me quedé mirándolo mientras acomodaba aquello en mi cabeza. Y él añadió:

—Y siento decirte que no hay método para hacerse culto. Ni hay qué leer en ningún orden. Lo que hay que hacer es apasionarse por algo.

Aquel discurso me puso a oscilar entre el interés y la irritación. Pero esas frases suyas, como de sabio, me quedaron, como dicen, sonando.

—¿Tienes alguna pasión?

No supe qué contestar. Asociaba esa palabra con besos y abrazos y no con otra cosa. Me quedé en un silencio atónito.

—¿Qué te gusta mucho?

—Leer. Y dibujar.

—¿Y qué más?

—Comer.

Al día siguiente mi tío se apareció con los cuentos de Poe para mí, con *El diablo de la botella* para mi hermana, con un trompo de colores para mi hermano, y con una caja de chocolates que debíamos compartir. Mi pobre hermana palideció de envidia, porque ella lo que quería era el trompo. Y yo me deslicé hacia mi cuarto con

mi libro y un puñado de chocolates en busca de pasiones desenfrenadas.

No era raro que las familias, aun no siendo acomodadas, tuvieran criadas, muchachas que venían del campo y debían dormir en habitaciones minúsculas, inhumanas. En un mismo año tuvimos tres. La primera era negra, se llamaba Dalila, tenía un cuello como el de Nefertiti, fumaba Pielroja y lanzaba escupitajos en el lavadero. Duró sólo dos meses con nosotros. La segunda era un ser lastimoso, desdibujado, que nunca tuvo nombre, y que se vio obligada a regresar a su casa porque su única hermana murió y la mamá sufría de artritis y debía cuidarla. La tercera se llamaba Blanca, tenía la piel de un color terroso, la cara llena de pecas enormes, los ojos de saurio, el pelo rojizo corto y tieso, como de hombre, y, casi a manera de compensación, unas tetas firmes, que parecían, por grandes, diseñadas para un cuerpo distinto. Imagino que no llegaba a los veinte años, y era, fácilmente, uno de los especímenes femeninos más feos que



había visto hasta entonces. Unos pocos días después de haber llegado a la casa, en una ocasión en que se quedó sola conmigo y con mis hermanos, llevó a cabo una operación que pretendía dejarnos estupefactos: con un certero golpe de lengua se desencajó los dos dientes de adelante y exhibió ante nosotros su encía mueca, sonriendo con malicia. En efecto, quedamos mudos, y entre asqueados y divertidos le pedimos, muertos de risa, que por

favor lo volviera a hacer. A esa gracia sumaba otras, como enrollarse los párpados dejando al descubierto el repugnante reverso, o mover la punta de las orejas. Blanca fue, desde que llegó, el centro de nuestra diversión, pero en la más rotunda clandestinidad. Cualquier ausencia de nuestros padres se convertía en una fiesta. Y si mis hermanos eran alfiles o caballos, yo era, sin duda ninguna, la reina de aquel juego.

Cuando Blanca tenía que hacer un mandado cercano, yo me pedía ir con ella. Como eran sus únicas ocasiones de ver la calle entre semana, se las ingeniaba para dar rodeos y retrasar el regreso, siempre con mi complicidad. Caminábamos sin rumbo fijo, charlando como tarabitas, o íbamos un rato al parque y nos sentábamos en una banca a comer paleta, o, de modo más frecuente, ella se demoraba haciendo bromas con el tendero a cambio de una chocolatina que embolatara mi paciencia. Mi madre veía esa amistad con una mezcla de satisfacción y descontento. Yo no la dejaba trabajar, decía.

Un día Blanca me llamó a señas a su pieza, con mucho misterio, y me pidió que jurara, por Diosito lindo, que no iba a traicionar su secreto. Juré, besando la cruz que ella hacía con los dedos. Entonces sacó una hoja rayada y me pidió que le ayudara a leer una carta que había recibido. En ese momento me enteré de que nuestra Blanca prácticamente no sabía leer. Mientras le leía en voz alta, me di cuenta de que aquella era una carta de amor, más bien poco imaginativa, formularia, pero carta de amor al fin y al cabo.

Embriagada de felicidad me propuse ser su celestina, pero sin dejar de preguntarme cómo alguien podía enamorarse de una mujer tan fea.

A partir de entonces fungí de epistológrafa. En mi tarea ponía todo mi empeño, mi imaginación, mi pasión. Supe que el amor, ese sentimiento perturbador y efímero, existe básicamente para ser desahogado en cartas ardientes y sin remedio cursis, porque no hay carta de amor que no lo sea. Pero también, a veces, lo ridículo puede ser bello.

Me demoré un tiempo en conocer al efebo enamorado de la espantosa Blanca, porque sólo podían verse los domingos, su día libre. Como me moría de curiosidad desarrollábamos una conversación que yo promovía y que era siempre la misma:

—¿Cómo es?

Blanca miraba al infinito con sus ojos de ternera —también así, si hemos de creerle a Homero, los tenía Hera, la mujer de Zeus— como buscando las palabras apropiadas. Luego decía, invariablemente:

—Hmmmmmm.

—¿Pero es bonito? —insistía yo.

Risas.

—¿Alto?

—Más o menos.

—¿Blanco o moreno?

—Depende.

Y así seguía la charla, sin esperanza. El gran día llegó, sin embargo. Blanca me lo anunció desde la noche anterior y me hizo jurar que no lo sabría

mi madre. Yo inventé que tenía que comprar un cuaderno y las dos salimos con el corazón anhelante. Me extrañó que apenas si se quitó el delantal y se pasó la peinilla por el pelo rebelde. Sin duda ella sí se sentía digna de ser amada. Vimos al sujeto desde lejos, parado en una esquina, con un cigarrillo en la boca. La mano de Blanca, que agarraba la mía, empezó a sudar como la de un condenado a muerte. Con un leve apretón me recordó que debía ser discreta y compuesta, fingir que no sabía nada. Lo que era una figura imprecisa, delgada, se fue haciendo patente ante mis ojos incrédulos: Arnulfo —que así se llamaba — era un Dios griego, un caballero andante, el príncipe de todos los cuentos que yo había leído. Respiré, aliviada, porque había imaginado que iba a encontrarme con un hombre lobo, de nariz filuda y dientes escasos, que era lo que mi lógica perversa encontraba natural en aquel caso. Me senté haciéndome la inocente en un murito cercano, pero estuve totalmente pendiente de los movimientos de los amantes furtivos. Para decepción mía, no hubo ni siquiera un tímido abrazo. Sólo miradas esquivas, coqueteos, risas, una discreta despedida. Un verdadero anticlímax después de haber escrito yo tantas cartas que terminaban, de acuerdo a una fórmula que encontré en una novela de Corín Tellado: Suya, Blanca.

Poco después de cumplir doce años los senos empezaron a crecerme. Aquello no lo descubrí yo sino una compañera de curso, y de una manera brutal:

—¿Por qué no usas sostén si ya tienes busto? —me espetó.

Me apreté el suéter, incrédula, y vi que, en efecto, destacaban un par de bultos, pero tan pequeños que no merecían tal nombre. Su tácito reproche me hizo sentir que yo iba por ahí mostrándome como una desvergonzada.

—¿Y ya te llegó la menstruación?

No había oído nunca aquella palabra monstruosa. Debí hacer una cara rarísima, sobre todo porque me humillaba esa ignorancia, siendo yo la Reina del

Vocabulario. Como permanecí estupefacta, tratando inútilmente de no parecer desorientada, mi compañera arremetió:

—Quiero decir que si ya te llegó la regla, que si ya te desarrollaste.

Negué con la cabeza, revisando mis conocimientos, que eran someros y confusos. Como era evidente que yo «no había perdido la inocencia», como se decía entonces, mi desenfadada compañera me explicó, sin muchos misterios, los sencillos e ineludibles procedimientos de la naturaleza, aunque sólo parcialmente. Me horroricé, como cuando descubrí el pene de mi hermano: las mujeres éramos, entonces, unos animales extraños capaces de producir leche —eso ya lo sabía desde antes— y de expulsar montones de sangre cada mes cuando nos hacíamos mayores.

—¿A los hombres les pasa lo mismo? —pregunté.

Mi compañera no estaba segura. Una chica amiga suya opinaba que sí, porque había visto toallas higiénicas en la maleta de su hermano mayor. Por la noche, desnuda frente al espejo, me contemplé largamente con ojos distintos a los habituales. Con una mezcla de fascinación y terror comprendí que estaba mutando: por algún cambio brusco —quizá la llegada a esa ciudad impredecible, también ella mutante— yo había derivado en una especie nueva, no sólo con sombras y turgencias antes desconocidas, sino con una cara indescifrable que me miraba perversamente a través de unos ojitos de filipina. Me dio miedo de mí misma.

Para no amedrentarme del todo hice liga con la tunante que me había imprecado por no usar brassier. Con ella entré pronto a pertenecer a una raza superior, las de las sabihondas. Nos paseábamos por los corredores del colegio como un par de emperatrices, encendidas por el fuego de la soberbia. Ya para entonces mi madre, que era una gran observadora, me había comprado un adminículo infame lleno de costuras para sostener lo que apenas si asomaba. Mi cómplice —que se llamaba Ivonne, me llevaba casi tres años y había perdido al menos dos cursos— me sometió, por su parte, a un curso intensivo de educación sexual. La información era un tanto caótica, pero algunas cosas básicas —y sobre todo alarmantes— pude sacar en conclusión. Tres meses después mi calzón amaneció salpicado de estrellas negras. Había sido bautizada de nuevo, esta vez con sangre.

Por aquellos días, y tal vez estimulada por las cartas de amor que escribía para Blanca, pasó

algo que no estaba en mis planes: me enamoré de un hombre. Ahora que la escribo, veo que esa palabra resulta excesiva para el ser angelical al que debo atribuírsela. Se trataba del hijo de mi profesora de francés, un muchacho de mi

edad, mortalmente pálido, de abundantes pestañas rubias, al que su madre, por razones incomprensibles, llevaba al colegio en algunas ocasiones. Su mamá, a quien llamaré Aliette, era una mujer recia y aparatosa, siempre parapetada en unos tacones color beige, que comentaba que en nuestro país no sabíamos de moda, y que no lograba domar nuestros arrebatos de indisciplina. Cómo aquella patética mujer, pesada como una morsa, había engendrado al ser casi alado que departía con nosotras a la hora del recreo, era un misterio. Mi enamoramiento, como todo enamoramiento, carecía de razones precisas, pero mi mayor fascinación era producida por la música errática de su español casi nulo, incapaz, además, de la rotundidad de las erres.

A pesar de que mi amado poseía cierta naturaleza femenina, la conciencia de que me enfrentaba a un ser de otro género me amedrentaba. No supe cómo hacerle saber que su cercanía producía aleteos en mi corazón, así que dejé a su interpretación los únicos datos con que contaba, que además no dependían enteramente de mi voluntad: ruborizarme si me miraba y huir discretamente si me hablaba. Ni se dio por enterado porque, eso lo comprendí después, tenía la edad mental de un niño de ocho años.

No quise comunicar mi amor a nadie, ni siquiera a aquella Ivonne que me hacía sentir tan

cercana a la adultez. Y en cambio, tal vez como acto compensatorio, me dediqué a una tarea autoimpuesta: a estudiar francés. ¿Quise hacerlo para llegar a comunicarme algún día con el lánguido francesito hijo de mi insoportable profesora? No lo creo. El caso es que, queriendo ir más allá de las caóticas clases de madame Aliette, hice que me matricularan en un instituto al que asistía tres veces a la semana después de mi llegada del colegio. Mi enamoramiento, entonces, cambió de curso: ya no se dirigió a un ser humano, por demás inasible —y con toda seguridad insignificante—, sino a una lengua. Me obsesioné con ella, me sumergí en sus cauces, engullí cada una de las palabras aprendidas como atragantándome de maravillosos caramelos. Steiner habla del «esplendor verbal» del francés, y dice que hasta «las necrológicas francesas pueden ser locuaces». Mi propia locuacidad empató con la de aquella lengua rumorosa, hasta el punto de hacerme sentir que yo había nacido con una nacionalidad y un idioma equivocados.

Al mismo tiempo que se desarrollaba mi afrancesamiento interior —por fuera sólo se veía una muchachita inestable y ruidosa, ni más sofisticada ni más glamorosa que los demás— se apoderó de mí una aversión atroz por todo lo que no fuera literatura o historia. En primer lugar, yo no había sido diseñada para el ejercicio, eso estaba claro. El cuerpo era, en mi caso, un estorbo con el que debía cargar, como un esquimal con su abrigo para no perecer en la nieve. ¡¡Ay, la

gimnasia!! Las excusas que inventaba no daban abasto. Y ni

qué decir de las Matemáticas, enseñadas por una torpísima monja: ¿eran acaso compatibles la fe en Dios y el pensamiento racional? ¿Tenían algo que ver los algoritmos con el cuento aquel de la Santísima Trinidad? ¿Podía alguien que dedicaba al rezo dos horas diarias hablar con propiedad de ecuaciones diferenciales? Yo sólo quería saber de masacres, torturas, levantamientos. Los chismes históricos me deleitaban. Mientras más crueles, mejor: Irene, la emperatriz de Bizancio, sacándole los ojos a su hijo Constantino VI; Alejo, el hijo de Pedro el Grande, que había leído seis veces la Biblia, cinco en eslavo y una en alemán, muriendo de una paliza a latigazos que ordenara su padre; Marat, apuñalado por Carlota Corday. La constatación de la maldad humana me producía deliciosos escalofríos.

El profesor de Literatura representaba la idea platónica de la Pereza. Para mí era un enorme bigote, un saco a cuadros, un olor ácido y unas desagradables manos de viejo con dos dedos amarillos de nicotina. Entraba a clase con el paso resignado de los que han sido exprimidos por la vida, y sacaba un libro cualquiera, casi siempre de aspecto lastimoso. El gusto del profesor de Literatura, sin embargo, era exquisito: lo que traía siempre consigo era una edición de las *Novelas ejemplares*, o *Rojo y negro*, o *Papá Goriot*. ¿Quién leía aquellos libros, en voz alta y pausada, procurando dar inflexiones a los distintos eventos, para hacerlos más interesantes y dramáticos? ¿Quién iba a ser? Mi yo se hinchaba como un enorme globo navideño en cuyo centro late la llama firme de la estopa empapada en gasolina. Oía remotamente mi voz, como si fuera ajena, mientras por mi cabeza desfilaban el celoso extremeño, las pérfidas hermanas, el joven ambicioso, el arribista sin escrúpulos, el anciano vilipendiado e ignorado. Estaba en otro lugar, en otro tiempo, viviendo otras vidas. Era feliz, al menos durante unas horas.

De puertas para afuera de la Literatura esa felicidad se desvanecía. Mis mayores desgracias estaban ligadas, en principio, a la regla de tres. Si hacíamos ejercicios en clase, mi humillación era pública: mis resultados nunca coincidían con los de las demás alumnas y la profesora se encargaba, al principio del curso con cierta compasión y ya avanzado el tiempo con rabiosa impaciencia, de hacer notar en voz alta la pobreza de mis resultados. Si hacía las tareas en casa la afrenta era menor, pues era privada, pero lo que veía me hacía pensar que mi cerebro estaba diseñado de modo distinto al de los demás mortales: decenas de tachones rojos ultrajaban mi cuaderno de Matemáticas. Menos ignominiosos pero no mucho más logrados fueron los resultados en otras materias. Sólo quería dibujar, leer novelas, estudiar Historia y Geografía. Decidí ignorar el mundo de

los números, olvidarme de los cotiledones, sepultar cualquier inquietud causada por las hipotenusas. Al fin y al cabo, la realidad no necesitaba de tales entelequias. Pero el mundo tomó represalias: mis libretas de notas delataron a los ojos de mis padres mis secretas determinaciones. El Señor Supremo me comunicó que no estaba dispuesto a alcahuetear mediocridades, me amenazó con encierros, con confiscación de los libros que me robaban el tiempo, y, si las cosas se ponían más graves, con un internado. Las amenazas que profirió desde su altura y la sumisión incondicional de mi madre me sublevaron. Decidí no ceder frente al enemigo, perseverar en mi ley, hacer del rechazo a la ciencia una religión.

Estaba resistiendo en mi trinchera cuando Ivonne cumplió quince años. Su madre, que era joven, bella y frívola, decidió hacerle una fiesta rosada. La más cursi, adorable y exultante de las fiestas. Duramos horas ensayando peinados, haciendo lista de invitados, escogiendo la música. Quince días antes le notifiqué a mi madre que me urgía comprar un vestido, unos zapatos, unas medias y un esmalte de uñas de color rosado. Ah, y un regalo de cumpleaños para Ivonne.

—Déjame consultarlo con tu papá —dijo. Otra vez sacaste notas en rojo. Y además esa niña no me gusta. Se maduró biche.

El juicio soberano fue firme y concreto: puesto que, por tercer mes consecutivo había perdido cuatro materias, el castigo que me estaba reservado era no ir a la fiesta de Ivonne.

Mis alternativas eran claras:

- 1) ir como fuera a la fiesta, y después hacerme indigente y vivir el resto de mi vida debajo de los puentes;
- 2) hacerme el harakiri;
- 3) asesinar a mi padre.

Opté por otra que, al menos por el momento, era la más sencilla: correr hasta mi cuarto, tirar la puerta con toda la fuerza de que era capaz y no volver a salir jamás. Tirada de bruces sobre mi cama, llorando tan fuerte como para ser oída y tan suave como para producir la mayor de las compasiones, me quedé dormida casi a la medianoche.

Por la mañana oí unos golpeitos en la puerta. Era mi madre, que, con una voz teñida por la culpa, me decía que iba a perder el bus del colegio. Abrí los ojos y recordé que el horrible universo seguía su curso y que yo permanecía con vida. Guardé silencio, con la ilusión de que me creyeran muerta. Me vi colgada de un lazo. Me vi con las venas abiertas. Me vi tirada en un rincón del cuarto con las tripas despedazadas por el cianuro. Sentí el ruido de las sirenas de las ambulancias, el olor del éter, el frío del quirófano, las manos del médico masajeando mi corazón en despedida. Mi madre insistió, con ligera impaciencia.

Pero ahora el orgullo me impedía contestar. Afuera se hizo un silencio atroz. Luego sentí pasos que se alejaban, la voz de mi hermana en la cocina, el tictac del reloj en mi mesa de noche. Comprendí que no tenía reverso. Me dispuse, con el corazón a toda marcha, a permanecer en huelga de brazos caídos. Y entonces oí un rugido atronador: la voz de Dios cayendo sobre mi cabeza.

Sentí náuseas, mareos, dificultad de respirar. Estaba convertida, como Gregorio Samsa, en un enorme insecto. Ahora tendría que bajar de la cama sin hacerme daño, arrastrarme por el tapete, tratar de abrir la puerta con mis pobres mandíbulas. Sería maravilloso, eso sí, ver el horror en los ojos de mis padres, la desesperación en la cara de mi hermana.

La voz volvió a sonar, aterradora. A eso se sumaron ruidosos golpes en la puerta. Ensayé a decir algo, y lo que salió fue un extraño gorgoreo. Quizá sí estaba muerta o había amanecido convertida en un animal mitológico. Me incorporé, asustada, en el mismo momento en que mi padre, llave en mano, abría la puerta, atravesaba a grandes zancadas la habitación, me cogía del brazo, me zarandeaba y me impelía, con voz firme, a ponerme en marcha de una vez por todas. Como una reina orgullosa que se dirige al cadalso crucé la puerta rumbo al baño. Con el rabillo del ojo pude ver la cara de mi madre extrañamente abotagada, su mirada cargada a la vez de rigor y de lástima. Ya adentro de la ducha, flotando en medio de vapores, lloré silenciosamente, con el corazón estrujado, mientras me jabonaba con toda lentitud. La guerra había comenzado.

Cuando logré llegar al paradero del bus, con los ojos hinchados y el sentimiento de superioridad que en los adolescentes despierta la desdicha, no había rastro de mi hermana. El hombre que voceaba periódicos todos los días en aquella esquina me confirmó que el bus acababa de pasar. Quedé petrificada por unos segundos, completamente confundida, apabullada por el peso de aquella certidumbre. ¿Tendría que devolverme, poner la cara, enfrentarme a la furia de mis padres? La cobardía y la audacia se trabaron en feroz batalla en mi pecho oscurecido por las dudas. Hice una elección visceral: llegaría al colegio por mis propios medios. Lo malo es que estos eran casi nulos: no tenía dinero ni conocía las rutas de transporte que me pudieran llevar hasta allá. Decidí, entonces, que repasaría calle a calle el recorrido que hacía en el bus del colegio, hasta coronar la cima donde este se alzaba, más allá de la cual sólo había bosques y montañas. Como cuando era una niña de cuatro años, eché a andar con toda determinación, embriagada, ya no por el vino, sino por la conciencia atroz de lo irreversible, pues así sucede en ocasiones: una vez metemos la cabeza en el agujero, la fuerza de la obstinación nos condena a seguir cavando como topos. Dos horas más tarde, con las rodillas temblando y las venas del cuello

palpitantes, arribé por fin a la cima perseguida. Quise arrodillarme y besar tierra, pero en cambio me empiné para tocar el timbre de la portería, que ya a esas horas se veía desolada. Me condujeron directamente a la oficina de la directora, que me interrogó con una severidad atemorizante: ¿Cómo se explicaba que llegara, sola, arriesgándome por la cuesta solitaria, dos horas después de que había concluido la entrada de las alumnas? ¿Qué explicación tenía?

Soy de un país cuyos habitantes, como los personajes de Kafka, cargan con una culpa que los hace tener miedo en todas las fronteras. Nos han hecho creer que somos culpables, y como tal nos comportamos, abrumados por una condena universal que nos humilla. En aquellos tiempos este sentimiento no era tan avasallante como ahora, pero los ojos castigadores del Señor y la desconfianza de los mayores nos abocaban a menudo a situaciones semejantes. La pregunta de la Madre Superiora entrañaba una acusación y una amenaza. Permanecí en silencio. Entonces tomó la única determinación que yo temía: llamar a mi casa. Con los pies clavados al suelo y la cabeza gacha, oí cómo hablaba con mi madre, que debía estar tratando de procesar la información que daba cuenta de un vacío de dos horas en mi vida. La Madre Superiora me hizo pasar al teléfono y explicar el cómo y el porqué de mi arribo a las diez de la mañana. Mi madre, con voz irreconocible, lanzaba exclamaciones de horror mezcladas con balbuceantes amenazas. Supe que estaba perdida. Colgué con el mismo desconsuelo del atleta que debe devolver su trofeo porque ha salido positivo en la prueba de dopaje, y me dirigí al salón de clase abrumada por el terror de las represalias.

A la hora de la salida de los buses me encerré en los baños más lejanos. Pronto encontré —y la vida me lo ha confirmado después— que un baño es un lugar que brinda las mejores condiciones para el retiro, la reflexión, la paz del espíritu. Acomodada de la mejor manera sobre la tapa de un inodoro, con las piernas encogidas, permanecí casi una hora en una serenidad que nacía, en buena parte, de saber que estaba dispuesta a todo. En esas estaba cuando sentí pasos, cuchicheos, risas. Desde mi escondite comprendí que se trataba de algunas de las internas, muchachas venidas de provincia que vivían en el colegio y que también habían buscado refugio en aquel sagrado recinto. Como los murmullos seguían y sugerían algo a la vez divertido y secreto, me incorporé sobre la tapa del inodoro y miré hacia afuera, llena de curiosidad. Dos cosas se dieron al tiempo: mi descubrimiento de que habían entrado a fumar, y el de ellas, que percibieron durante segundos que unos ojos imprudentes las habían pillado in fraganti. En vez de huir decidieron atacar: a fuerza de dar golpes en la puerta metálica me hicieron salir de mi escondite.

Ellas se rieron de mi pequeña historia, yo de su transgresión y su picardía. Eran mucho mayores que yo, costeñas, desenfadadas. De inmediato la culpa nos



hizo cómplices: me hicieron probar el cigarrillo, y, aunque en ese momento no supe si me gustaba o no, sentí que era mi mejor remate para aquel agitado día. Era una adulta. Había traspasado un límite, y no había castigo que pudiera echar abajo mi recién adquirida naturaleza.

Cuando mi padre llegó a recogerme, ya de noche, en su Pontiac marrón y beige, la prefecta de disciplina lo hizo seguir hasta su despacho, donde ya iba yo por la frase trescientos cuarenta y cuatro de las planas que me habían impuesto de castigo: *En el colegio está prohibido fumar*. Mientras la monja le explicaba los pormenores del día, él tamborileaba nerviosamente sobre el espaldar de una silla, con una expresión en su cara totalmente desconocida para mí. Con muy pocas palabras expresó su vergüenza por tener una hija de esa calaña, y prometió a la prefecta de disciplina que en la casa «tomaría medidas».

Cuando estuve instalada a su lado, en el asiento delantero del carro, me dispuse a lo peor, temblando por dentro y tratando de mantener el gesto impasible. Pero mi padre no dijo nada, ni una sola palabra. Pensé que estaría meditando en su discurso, buscando el registro más impactante de sus palabras, o escarbando en lo más hondo de su cerebro en busca de un anuncio de castigo sin equivalente, tan refinado y tan cruel que mi escarmiento no tuviera nombre. Tres, cuatro, diez cuerdas, y mi padre no decía una palabra. ¿Debía ser yo, quizá, la que primero hablara, pidiendo perdón, inventando una disculpa por tantas faltas juntas? Pero hablar me habría resultado violento. La relación con mi padre —la mía y la de mis hermanos— era seca, escueta, como la varita de madera con la que de vez en cuando nos daba dos o tres golpes en las piernas y que, qué duda cabía, iba a empuñar en su mano tan pronto llegáramos. Opté, pues, por perseverar en mi silencio, fingiéndome ensimismada, entregada desde ya al dolor de los golpes que iba a recibir, al miedo que me replegaría a un rincón del cuarto, donde me acucillaría para eludir el castigo y para poder llorar con la cara hirviendo de humillación e impotencia.

El silencio siempre me ha parecido uno de los elementos más sobrecogedores de la vida humana, un arma de doble filo, tremendamente poderosa. Aquel trayecto, pues, se iba haciendo largo, larguísimo, en razón de nuestros silencios, que chocaban uno contra otro como piedras.

Entré en la casa, tan digna como pude, sin duda con los ojos muy abiertos, expectante como un ladrón en medio de la oscuridad. En la base de la escalera estaba mi madre, que, sin preguntarme nada, me ordenó ir a mi cuarto. Hasta allá me deslicé cargando con mi culpa, como el preso que regresa a casa después de pagar meses de cárcel, y, sentada al borde de la cama, permanecí a la espera de que algo aterrador viniera a revolver esa azarosa quietud, a terminar de una vez

por todas con mi incertidumbre. Al cabo de un rato sonaron unos golpecitos en la puerta. Era mi madre con la bandeja de comida. Sin la más mínima solemnidad me anunció que no habría nada de dulce en mi dieta en los próximos quince días. Nada era nada. Pero además, y por razones obvias, me cancelaban la mesada.

Como ya dije, nuestros padres nos recordaban cada tanto tiempo que éramos pobres. Nunca lo noté de modo extremo, o tal vez sí, pero sólo en lo que se refiere a la ropa, pues en nuestra casa la comida era fundamental. Mi madre, que había renunciado a su trabajo cuando se casó, dedicaba toda su energía — que era mucha— a las labores del hogar: no sólo nos cosía los vestidos, y cuando las camisas estaban viejas, les volteaba los puños y los cuellos, sino que preparaba ella misma toda clase de manjares. Como le interesaba contribuir a la economía familiar, se las ingeniaba para usar hasta el último recurso alimenticio. Así que comíamos platos muy novedosos, de esos que sólo aparecen en tiempos de guerra o en países del Tercer Mundo: torta de sesos, postre de calabaza, caldos en los que flotaban arepuelas de harina de trigo, croquetas con las más diversas mezclas. Y siempre, siempre, postres humildes pero deliciosos.

Adiviné que mi madre era la autora intelectual de la tortura que ahora me imponían. Siempre fue una mujer contenida, austera, con una voluntad de hierro, que se alimentaba de frutas y verduras y no tenía un gramo de sobrepeso. Pero además consideraba el azúcar como un enemigo de cuidado: según ella, dañaba los dientes, afeaba la figura y, sobre todo, creaba dependencia en los niños y los ponía inquietos y desasosegados. Adiviné, no sin rencor, su doble intención: de un lado hacerme sufrir y, de otro, lograr que bajara los cinco kilos de más que hacían de mí una adolescente regordeta. Me sentí insultada.

Bastó que me lo prohibieran para sentir que adoraba el dulce. A sabiendas de la inflexibilidad de mis padres en cuestiones de disciplina, decidí que sólo había una manera de enfrentar la prohibición: anulando cualquier dolor y frustración. Decidí, concentrando todos los poderes de mi mente, que odiaba el azúcar, que la sola sospecha de su existencia me producía náuseas. Enseguida, echando mano de mi escasísima inclinación al pensamiento positivo, reflexioné que mi vida sin azúcar, esa sustancia tóxica y enervante, iba a tener la liviandad de espíritu de los místicos. Finalmente, y para imprimirle a mi elección un carácter ético, concluí que no estaría mal fortalecer mi voluntad con la sistemática privación de algo querido. Sería mi victoria sobre la autoridad de mis padres, mi triunfo sobre la arbitrariedad y la tiranía.

En ese estado de reconciliación con mi suerte me dormí aquella noche y me levanté a la mañana siguiente. Desayuné como un monje. Pero hacia la hora del

recreo una fuerza siniestra empezó a apoderarse de mí: era la fuerza del deseo de lo prohibido. En un primer momento, en todos mis horizontes comenzaron a danzar, inalcanzables, golosinas de toda clase, que venían a mi imaginación con un realismo exasperante. Más tarde, mi mente fue absorbida por una única idea, que brillaba como una estrella al fondo de un agujero negro: comer cualquier cosa que contuviera azúcar.

Empecé a padecer los síntomas del síndrome de abstinencia: falta de concentración, irritabilidad, fantasías perniciosas. Cuarenta y ocho horas más tarde caí en la abyección: cambié mi borrador de nata por dos caramelos de leche.

No contaré todas las vicisitudes de aquellos quince días. Sólo diré que aquella experiencia tuvo un valor epistemológico: descubrí las torturas del deseo no saciado y comprobé que las derrotas de la voluntad recaen únicamente sobre la propia estima. Algunos años más tarde, sin embargo, cuando a raíz de un amor que terminó en abandono volví a experimentar la frustración del deseo, estas constataciones se enriquecieron con el convencimiento de que sucumbir a las adicciones y a las debilidades de la voluntad no es necesariamente villano, ni mucho menos innoble. Los detalles no importan. Sólo diré que durante meses estuve enfebrecida de pena, con mi mente girando obsesivamente alrededor de aquel amor perdido. Todo, absolutamente todo lo que sucedía en mi vida, iba a dar, mentalmente hablando, a aquel otro, que respiraba mi mismo aire pero fuera totalmente de mi alcance. Comprendí las palabras de Platón, quien concebía el enamoramiento como una «manía divina». Y hasta las del bárbaro de Ortega y Gasset, que habló de un empobrecimiento de nuestra vida mental, de una conciencia que se estrecha en la medida en que «contiene sólo un objeto», de un estado inferior del espíritu, de una especie de imbecilidad transitoria. La imposibilidad avivó mi pasión y me condenó al infierno de los obsesivos. Con plena conciencia me convertí en espía, en rastreadora de huellas, en escudriñadora de señales, en soñadora monotemática. Descubrí entonces el hilo secreto que en mi vida une el amor imposible con el azúcar. Mientras otros, mi madre entre ellos, se rinden a una vida desprovista de azúcar para evitarse mayores daños, yo me sigo encogiendo de hombros frente a los posibles efectos perniciosos del azúcar. Y también del amor. No sólo porque me parecen las mejores cosas de la vida, sino porque aquel castigo temprano convirtió en intolerables las prohibiciones que no sean infligidas por mí misma. Ahora, cuando el mesero me pregunta qué postre quiero, yo contesto, sin pensarlo dos veces: el más dulce que tenga.

La historia de amor de Blanca tuvo, por aquellos días, un final poco romántico. En una ocasión en que salió sola a «hacer los mandados», oímos un repentino barullo en la calle. Cuando nos asomamos vimos un pequeño tumulto del que ella se desprendía muy oronda, caminando firme hacia nuestra casa. En la acera, chorreando sangre de la cabeza, estaba sentado Arnulfo, despojado totalmente de su condición divina. La señora que atendía en el supermercado gritó, para que nosotros la oyéramos:

—Lo descalabró de un botellazo.

Como mi madre, con los ojos muy abiertos, miraba la escena sin poderlo creer, Blanca dio una breve y tajante explicación:

—Quiso faltarme al respeto.

Durante días estuve indagando a Blanca a propósito de esa frase. ¿Cómo le había faltado Arnulfo al respeto? Pero ella se limitaba a contestar, muy seria:

—Creyó que era una mujer de la calle.

No se crea que mi amargo castigo fue alivianado con el permiso para ir la fiesta de quince, a mi anhelada fiesta rosa. Mis carceleros se cebaron en su víctima. La noche de aquel sábado me empiyame muy temprano, fingiendo una serenidad que no sentía, busqué en la biblioteca un libro cualquiera, y me metí con él en la cama a tratar de calmar mi desasosiego. Lo escogí al azar, atraída tal vez por la edición, que tenía una vistosa tapa dura color escarlata, y por su título, *Rimas y leyendas*. Abrí, esperando encontrar algún relato, y me encontré con una extrañísima «Introducción sinfónica» que empezaba con estas sugestivas palabras:

Por los tenebrosos rincones de mi cerebro, acurrucados y desnudos, duermen los extravagantes hijos de mi fantasía esperando en silencio que el Arte los vista de la palabra para poderse presentar decentes en la escena del mundo.

Aunque no era del todo claro, sentí que el texto no sólo me estaba hablando en clave sino que había sido escrito expresamente para mí. También yo, como el autor de estas palabras, era presa de «mis exaltaciones y mis abatimientos». Mi vida, como la suya, era un erial. Unas líneas insuflaron en mi corazón abatido una idea seductora: «Tal vez muy pronto tendré que hacer la maleta para el gran viaje: de una hora a otra puede desligarse el espíritu de la materia para remontarse a regiones más puras». También mi desdicha, más tarde o más temprano, encontraría reposo en la Muerte.

Ignoraba que desde ese momento me había convertido en militante de las huestes románticas.

Aquella noche, leyendo a Bécquer, mientras mis compañeras de curso bailaban en un salón imaginario con unos muchachos imaginarios, hermanos y primos de todas ellas, olorosos a loción y a chicles de menta, descubrí otra cosa: yo no sabía qué era besar a un hombre. En aquellos poemas había roces, caricias, miradas, deseos. Pero todo aspiraba o culminaba en beso. Besos pudibundos, besos prohibidos, besos encendidos. «Dos rojas lenguas de fuego...», leía yo, y los «extravagantes hijos de mi fantasía» se revolvían en mi cabeza, desbocados. ¿Cuándo sería mi primer beso?

No podía saber entonces que sería muy poco después, cuando una imprevista racha de fiestas de cumpleaños me permitió acercarme, como nunca antes, a un puñado de seres en mutación, torpes y tiernos, dedicados a combatir el miedo y a demostrar hombría. Los repetidos ensayos de baile que había estado haciendo con mi hermana me permitieron salir al ruedo más segura de mí misma que muchas otras, y apretar las manos sudorosas de los valientes que me habían elegido como pareja con una propiedad que hablaba falsamente de mi experiencia y desenvoltura. Algunos olían a cigarrillo, otros a sudor, otros a chicle, y todos a una loción de moda que se llamaba Pino Silvestre. Todos esos olores impregnaban mi pelo y mi ropa y ponían en mis mejillas unos rubores exaltados que hablaban de mis secretas efervescencias.

Contra todo pronóstico, tuve dos pretendientes en una misma fiesta. Aquella constatación me abrumó. Hasta ahora me percibía sólo como un turbión de desasosiegos preso en un cuerpo pasado de kilos y rematado por una cabecita atolondrada donde brillaban unos ojos minúsculos. Uno de los pretendientes, el Príncipe del lunar en la mejilla, alabó mi sonrisa; el otro, el Duque del mechón amarillo sobre la frente, la mirada. Al desconcierto siguió la secreta complacencia: sus palabras me habían devuelto la carne, sus gestos encendieron mi sangre. Quise ser hostia en sus lenguas, alimento sagrado en su corazón. Como todos los seres que se creen feos o ignoran que son poseedores de cierta belleza, sucumbí al primer halago. El más osado derrotó al otro en la contienda, me arrastró con argucias a la cocina, y cuando constató que estábamos solos me estampó un beso.

Fue un beso volátil, insignificante, ligeramente desviado del objetivo. Olores distintos —a limonada, a grasa de pelo, a sal— me llegaron a un mismo tiempo. Aquello duró un segundo. Alguien entró con ruido por la puerta de vaivén, y el otrora valiente caballero dio un paso atrás, con la cara encendida e inhibición evidente. Bailamos otras cuantas piezas, sin mirarnos a los ojos, y luego nos despedimos. Antes de irse, sobreponiéndose a su timidez, me pidió el número telefónico, que apuntó en la palma de la mano.

Esperar. Es lo que hacemos, diariamente, de la mañana a la noche, y aun así no calmamos nuestra perpetua ansiedad. Porque lo que en el fondo más añoramos nunca llega. Esta vez mi espera no fue metafísica, como casi todas las que vendrían después, sino concreta; o fue, si se quiere, metafísica en una segunda instancia: un teléfono debía sonar, una voz debía pronunciar mi nombre. Entonces, algo echaría a andar, y el mundo se dispondría a otra pequeña novedad, inquietante como todo lo que comienza. Pero el teléfono nunca sonó. ¿Dónde estaba el enigma? ¿La culpa de que el teléfono no sonara era suya o era mía? De culpa en culpa nos vamos construyendo, hasta que nuestras vidas se consolidan, como quesos llenos de agujeros. No sé si sufrí. Si fue así, debió ser un sufrimiento pasajero, porque una constatación irrefutable diluía cualquier sombra: había sido deseada, había recibido mi primer beso. Razón tiene aquel que dice que los hombres se enamoran de las mujeres, y las mujeres nos enamoramos del deseo que por nosotras siente un hombre.

Llevada por el entusiasmo, olvidé el consejo de mi madre: *no todo lo que se piensa ni todo lo que se hace se dice*. En un raptó de fascinación por los sucesos recientes le conté a mi hermana que un hombre me había besado. Se lo dije así, usando de esta manera la gramática, para ennoblecer el hecho, que era —en el fondo lo sabía— hasta cierto punto irrisorio.

—¿Fue con lengua? —preguntó ella.

Esa pregunta me dejó atónita. Mi hermana, con su cara de yo no fui, no era lo que yo suponía: una mojigata desinformada. No tuve más remedio que mentir. Claro que sí, le dije. Un beso de verdad siempre viene con lengua.

Me miró con severidad victoriana, pero no hizo ningún comentario.

En cuestión de semanas se produjo un cambio radical en mi vida: algunos muchachos del barrio empezaron a tocar a mi puerta. No se trata de una licencia literaria: timbraban, pero en razón de las prohibiciones paternas sólo podía recibirlos en el antejardín, donde un muro de piedra facilitaba las visitas, todo dentro de horarios muy estrictos. Más allá del jardín también estas compañías me estaban vedadas. La calle era, a ojos de mi padre —y mi madre lo secundaba —, un lugar de perdición. Hubo tardes en que la entrada de mi casa se oscurecía, abarrotada de presencias. Cuando mi padre llegaba, mis amigos, como moscas asustadas por un palmetazo en la mesa, huían espantados. Mi hermana, como una chaperona indignada, me lanzaba, cada vez que podía, miradas de reprobación que yo no atendía. Mi madre, en cambio, se hacía la desentendida.

Cuando, en octubre, traje a casa mi libreta de calificaciones, mi padre rugió, incrédulo:

—¡Cinco materias perdidas!

En efecto, a las ya tradicionales se había sumado Educación Física. Porque ¿qué atractivo había en dar tres vueltas a la pista, y cómo iba a poderlas recorrer yo, que amaba el reposo, la molicie?

Mi padre concluyó —y mi madre le dio la razón— que la horda de bárbaros que asolaba las plantas del jardín y escandalizaba al vecindario con sus risas sin medida era la que acicateaba mi vagancia. De ahora en adelante se me condenaba a la casa por cárcel.

Hoy en día ese sería un castigo ideal; no sólo me eximiría de montones de compromisos sino que me permitiría un sueño que he acariciado largo tiempo: leer uno por uno todos los libros que me esperan, arrellanada en un sofá, con una manta sobre los pies y una jarra de té con galletas en la mesa más cercana. La forma menos vergonzosa del ocio. Pero en ese entonces eso significaba privarme de mi último descubrimiento, de lo más excitante y exultante que podía pasarme: estar rodeada de presencias masculinas.

En vez de hacer un duelo y someterme a la autoridad con humildad y propósito de enmienda, empecé a urdir tretas para escapar del castigo. Lo exploré todo: hablar largas horas por teléfono, hacer visita desde la ventana, bajarme sin permiso en casas de mis compañeras, y encontrarme con aquellos adolescentes, imberbes a medias, en el sitio donde el bus del colegio nos recogía a mi hermana y a mí. Desde la ventanilla, la arpía que hacía las veces de guardiana me lanzaba miradas acusadoras.

A lo único que mis padres no me hicieron renunciar fue a mis clases de francés. Como no quedaba muy lejos, yo me bajaba en el Instituto de idiomas al regreso del colegio y Blanca me recogía puntualmente a las cinco. Pero uno de aquellos días se encontró con que yo no estaba parada en la puerta, como debía. Esperó diez, quince minutos y regresó consternada a la casa: sus indagaciones le hacían concluir que no había ido a clase.

La primera en rendir indagatoria fue mi hermana, quien dio testimonio de que me había bajado del bus, a la hora de siempre, en el lugar de siempre. Entonces estaba claro, opinó mi madre: había sido raptada. Habría que llamar a la policía. Aunque abrumada por la desesperación, tuvo la sensatez de llamar antes a mi padre. Este, más sereno, y sin duda más intuitivo, propuso que antes de desatar un escándalo de verdaderas proporciones, hicieran una pesquisa telefónica. Y así fue: indagaron en casa de mis amigas, en el vecindario, y, ya casi paralizados por el pánico, en el colegio. Las respuestas fueron contundentes: nadie sabía de mí, nadie imaginaba dónde podría estar.

Mientras tanto, yo me abandonaba a varios placeres en nada premeditados:

el de recorrer medio barrio en la retaguardia de una bicicleta, comandada por el Duque del mechón rubio sobre la frente, sintiendo en mis ojos cerrados el aire frío y en mis manos el calor de la cintura de mi raptor, que emanaba con fuerza a través del suéter de lana. El adicional de disfrutar de un helado de ron con pasas, el sabor de moda, en una butaca alta de una colorida heladería, adonde el Duque me condujo. Y finalmente, el de haberle torcido por una hora el rumbo a mi previsible rutina, ya que el azar quiso que aquel personaje se cruzara conmigo, casi me atropellara, al bajarme del bus del colegio, haciendo que mi derrotero virara a la izquierda en vez de a la derecha, como estaba previsto. Puesto que mis últimos días habían estado marcados por la contrariedad, ¿por qué no darme esa libertad? Al fin y al cabo era la más adelantada del curso de francés, y hasta sabía ya recitar de memoria algunos *Romances sans paroles* de Verlaine.

Como no hay nada que corra más rápido que el tiempo cuando estamos en dulce compañía, calculé mal y llegué a mi casa casi a las seis, montada de nuevo en la parte de atrás del alado vehículo, justo a tiempo para tropezarme con el carro de mi padre, que entraba al garaje con una solemnidad que leí como un mal presagio.

Encontré un cuadro enternecedor: mi madre lloraba, rodeada de mis hermanos, que tenían cara de circunstancia, y de Blanca, que lanzó un grito de alegría cuando me vio entrar a la habitación precedida de mi padre. Como pasa en esas ocasiones, al alivio general siguió una racha de furias, reclamos y reconvenciones. Mirándome a los ojos mi padre me preguntaba insistentemente *qué* estaba haciendo. Me enredé en mentiras, y ya todo fue confuso y difícil de esclarecer. Llorando, aplastada por el miedo, me refugié en la cocina. Hasta allá llegó mi hermana y con una sonrisa de cortesano me susurró al oído:

—¿Se estaba dando besos con lengua?

Pronto corrió la voz entre las monjas: yo era un ser pernicioso, la manzana dañada, la víctima de un demonio sicalíptico. Me dieron la orden perentoria: debía despejar el paradero, punto de unión entre la vida real y el colegio, de esas presencias que amenazaban mi pureza con su lascivia.

Reincidí. Entonces, en el salón de clase, me sentaron en un sitio aparte en señal de que estaba tocada por la peste. Un perro rabioso se me instaló entonces en el corazón. Es posible que fuera odio, un sentimiento que ya he olvidado. Un día, mientras todo el mundo salió a recreo, yo desfugué mi iracundia de una manera extraña: saqué lo que contenían los pupitres y mezclé todo con todo, en una especie de *performance* solitario. Luego, con letras muy grandes, puse mi firma en el tablero, a la manera de ciertos superhéroes del cine o la Literatura. Para aquella obra apasionada todo quería menos la modestia del anonimato.



Me expulsaron por quince días del colegio. Mis padres, horrorizados de tener en su familia a una delincuente juvenil, me condenaron a trabajos forzados: lavar los inodoros, quitar el polvo, tomar dos horas de clases privadas de Matemáticas y Trigonometría. El baño no podía rebasar los cinco minutos. El teléfono quedaba terminantemente prohibido. Con una acuciosidad inaudita me entregué a aquellas tareas con una humildad que llegaba a parecer una noble expiación de la culpa, pero que no era otra cosa que un disfraz para la arrogancia. Pero entonces la maldad que me habitaba se tomó mi cuerpo: me asaltaron dolores inesperados, náuseas, jaquecas. En la noche me despertaba bañada en sudor. Las ganas de vomitar me obligaban a doblarme sobre la taza del inodoro, a meterme los dedos hasta el fondo de la garganta. Lo que salía era apenas un leve rugido, un estertor desesperado. El agotamiento me hacía dormir, las pesadillas volvían a despertarme. Empecé a enflaquecer, a palidecer, a tener ojeras. Mi madre optó, entonces, por llevarme al médico. Me pincharon, me observaron, me metieron una sonda y miraron a través de ella. Diagnosticaron una úlcera. ¡Una úlcera! ¡Si apenas tiene trece años! Se me curaría tomando leche, así de sencillo. Un vaso en la mañana, otro con el almuerzo, uno más con la comida y un último antes de dormirme. Sí, mamá, sí, decía alguien dentro de mí, quiero aliviarme, voy a tomarme toda la leche del mundo, voy a bañarme, a purificarme con leche.

Uno de los capítulos de *Moby Dick* que más me gusta es aquel que habla de la blancura de la ballena. Allí el novelista explica cómo, a pesar de que la tradición asocia el blanco con belleza y refinamiento, hay algo en ese color que «infunde más pánico al alma que la rojez aterradora de la sangre». Con el tiempo, esa misma impresión atroz iba a tenerla yo con la blancura de la leche. Y todo porque a mis trece años me dediqué a ahogarme en leche. Para la oscuridad y sus miedos: leche. Para darme fuerzas al alba, cuando el mundo surgía amenazante entre nieblas blanquecinas, leche. Para el desasosiego de mi cuerpo, que no sólo no terminaba de hacerse sino que en su interior estaba lleno de nudos y púas: leche. Para borrar mis pecados: leche. Para hablar con mi madre: leche. Para buscar a Dios en la nada: leche. De la noche a la mañana buceaba en aquel mar lácteo, tratando de hacerme fuerte, como la ballena blanca. Pero siempre, al final de mi recorrido, me esperaba un agujero oscuro por el que caía sin siquiera poder gritar, como un pecesito llevado por el remolino, rendido a la corriente, desesperadamente mudo.

Un sacudón y me despierto, asustada. ¿Qué está pasando? Es mi padre,

grande, muy grande y muy enojado. Algo me pregunta y no entiendo. ¡Ah, sí! Pregunta por qué no fui al colegio. Estoy enferma, digo, estoy enferma, repito. Y recuerdo: la noche anterior estuve hasta tarde estudiando Álgebra, porque hoy tengo un examen. Si lo pierdo, voy a perder la materia. Mi padre me estuvo ayudando con los ejercicios del libro de Baldor. Me acosté tranquila, con la certeza de haber entendido cosas que antes no entendía. Y a eso de las cuatro de la mañana me desperté con náuseas, calambres, sudor en las manos. Estuve mucho, mucho rato volcada sobre el inodoro, tratando de vomitar, hasta que me di por vencida. De mi boca sólo salía una baba gruesa, una baba espumosa, de animal moribundo. Exhausta, me estiré en el baño, envuelta en una cobija, y me dormí. Al rato me arrastré hasta mi cama. Ahora que veo a mi padre de corbata negra, y a mi madre detrás, con cara de angustia, también ella vestida de negro, la conciencia me viene toda de golpe: acaban de llegar de la misa de aniversario de la muerte de mi abuelo, ya el bus pasó, ya mi hermana, que tiraba esta mañana de mis cobijas para que me levantara, está en clase.

—Perdón, perdón.

—¡Qué sinvergüencería es esta! ¡Son las nueve!

—Estoy enferma, papá, estoy enferma.

Explico los síntomas. Mi mamá dice que no debo preocuparme, que ya se sabe que es gastritis, que tengo que aprender a convivir con ella. Corre a la cocina y me trae un vaso de leche. Mi padre se sienta al borde de la cama, mete la cabeza entre las manos. ¿Está triste por mi abuelo? ¿Está triste por mí? ¿O estará arrepentido de haberme dado un golpe? Quizá se pregunta qué han hecho mal, en qué momento me salí de cauce. O reflexiona sobre la insensatez de traer hijos al mundo.

Me acurruco en el suelo, muerta de frío. Pienso en mis compañeras, resolviendo ecuaciones. Y canto para mis adentros esa canción que a veces cantaba mi madre, caminando por la casa: «Ay, señor, ay de mí, cuánta amargura y dolor».

¿Qué se hace con una niña que es expulsada definitivamente del Mundo del Orden, de la Cofradía de las Reglas, del coro de niños que canta las tablas de multiplicar por horas y horas sin cansarse? ¿Ponerle un delantal y condenarla a las tareas domésticas? ¿Mandarla al correccional? ¿Buscarle un marido y casarla a los trece años, como en los tiempos de mi abuela, con una dote de tres caballos y tres terneros? ¿Abandonarla a campo abierto para que alguien la recoja y la lleve a un orfanato? Cualquiera de esas cosas habría sido aceptada de inmediato por mí porque yo era nada, bazofia, una persona descarriada que no merecía compasión. Por eso la decisión de mis padres, tomada seguramente después de

muchas horas de desvelo, no sólo no me dolió sino que me creó una ilusión que iluminó a ráfagas mis vacaciones: en enero me mandarían a un internado, a una ciudad lejana, donde unos tíos me servirían de acudientes.

Lo desconocido perturba. Por eso, a partir del momento en que supe que estaba condenada al destierro, me di a indagar por mi suerte: el clima era caliente, me dijeron, iría sola en un avión, tendría un uniforme así y asá, mis tíos me sacarían a pasear cada quince días. De niños no nos apegamos a nada, vivimos al día, desconocemos la nostalgia. Pero en la adolescencia ya nos hemos cargado suficientemente de afecto como para sentir dolor cuando nos separamos de las personas, de las ciudades, de las cosas. Hice duelo por mis amigos, y sobre todo por mis amigas. No por mis padres, de quienes me liberaba, ni de mis hermanos, con los que hasta entonces había convivido sin preguntarme quiénes eran, aceptándolos con la misma naturalidad con la que se aceptan los árboles o los pájaros. Lloré, escribí tarjetas de despedida, copié las direcciones de todos, prometí que enviaría muchas cartas, y me embarqué en mi avión ya sin dolor, aunque sí con un aleteo de murciélagos revoloteando en la cueva llena de pestilencias de mi vientre, pues entendía que estaba cortando el cordón umbilical que me alimentaba de materias familiares para lanzarme —ellos me lanzaban— a nadar en un líquido no propiamente amniótico.

### III.

La historia se repite. La hemos leído en las novelas para adolescentes: una niña —o quizá un niño— llega a un edificio austero con su pequeña maleta, donde todo se cuenta en pares —dos pijamas, dos camisas, dos uniformes— y atraviesa patios y corredores hasta llegar al sitio que va a habitar de ahora en adelante, un largo dormitorio lleno de camas en línea, todas cubiertas con las mismas colchas blancas. Luego he vivido experiencias similares —llegar a un hospital donde al día siguiente abrirán mi barriga o mi garganta, o a un hotel, sabiendo que afuera me espera una ciudad desconocida— y la sensación es siempre similar: desasosiego, extrañeza, una especie de silencio interior que poco a poco se llena de conjeturas, miedos, expectativas.

(¿Qué sienten, qué sentían las criaditas de quince o dieciséis años, a veces aún menores, que llegaban a las casas de familia desde sus apartados lugares? ¿Qué siguen sintiendo los enfermos mentales al cruzar la puerta de los sanatorios? ¿O los muchachos que son obligados a prestar su servicio militar al entrar en las enormes y desoladas barracas?)

En un extremo del dormitorio estaba la celda de la monja que nos cuidaba. En el otro, un enorme y rudo armatoste que llamábamos armario, dentro del cual

a cada interna le correspondía un compartimiento. Pronto comprendería que ese lugar debía ser la síntesis de la persona que se esperaba que yo fuera, regida por una única palabra: orden. Afuera del dormitorio todo era limpio, simple, geométrico. Salones y más salones, una capilla, un comedor con bancas y mesas de pino, y las pocetas al fondo, donde los terrenos del colegio se convertían en un desbarrancadero. Y allá detrás, inquietantes y hermosas, las montañas, donde tal vez habría águilas, aves de vuelo alto que no conocían las jaulas, ese invento perverso de los hombres.

La primera noche me extendí sobre mi catre como un faraón que acaba de morir, mirando hacia el techo, con las piernas extendidas y los brazos cruzados sobre mi pecho. Hacía un calor insoportable, a pesar de la pijama de algodón blanco que mi madre me había cosido. Había sudado, y podía sentir el olor un tanto rancio de mis axilas, de mi pelo, que se pegaba húmedo a mi nuca. No tenía sueño, ni nostalgia, ni miedo. Sólo desconcierto. Aquella experiencia era tan nueva que no sabía como digerirla. A las nueve habían apagado la luz, pues esa era la hora en que se decretaba que todas debíamos, lo quisiéramos o no, disponernos al sueño. Estuve un buen rato en aquella posición, sintiendo que mi mente era como un agujero negro que se tragaba las ideas que caían en ella, vertiginosas y dispersas como una lluvia de aerolitos. Pensaba de modo casi simultáneo en cientos de cosas pequeñas: en si habría olvidado el desodorante, en algunas instrucciones de mi mamá, en la cara de águila de mi acudiente, la mujer de mi tío, en las palabras de despedida de Ivonne, en fin, en todo y en nada, sin experimentar ninguna emoción, hundida en una especie de marasmo, de ataraxia, de imperturbabilidad sobrenatural que no dejaba de asombrarme.

Muchos años después, cuando traté de narrar a alguien aquella escena, en vez de palabras sólo salieron lágrimas, muchas lágrimas.

A la hora del desayuno pude evaluar la magnitud de la lucha en que debía trenzarme: treinta y siete miradas desconocidas me escrutaron con disimulo, mientras yo bebía mi taza de chocolate. Supe que tenía que reaccionar con prontitud e inteligencia frente a la mezcla de curiosidad y desdén con que me recibían. Actué con la cautela de los cobardes y los oportunistas, puesto que había aprendido ya que la sinceridad nos vuelve vulnerables. Dedicué las primeras cuarenta y ocho horas a infiltrarme entre el potencial enemigo en calidad de mera escucha. Cuando reuní información suficiente y me di cuenta de que sus intereses poco tenían que ver con los míos, organicé mis estrategias: penetraría poco a poco el territorio desconocido tratando de comprender sus códigos hasta que, ya debidamente ubicada, pudiera dar a conocer los míos.

Ocho días después me permití sacar a la luz mi yo de reserva: imprudente, extrovertido, dado a la burla de mi misma y a la imitación de los otros, cosas todas que odiaba mi pobre madre y que allí, lejos de sus ojos, podía permitirme. Logré mi cometido: atraje hasta mi llama a unas cuantas mariposas. Entonces arremetí. Era hora de tomarme el nuevo reino con los ardides de la seducción: hice retratos a lápiz de mis compañeras, les enseñé pasos de baile, canté en francés, fabulé acerca de la ciudad que dejaba atrás y les hice en los recreos peinados estrambóticos con la ayuda de unas pinzas mágicas que me había regalado Ivonne.

No fui explícita, por lo menos al comienzo, sobre mi gusto por la lectura: los intelectuales inhiben, eso es lo que la vida me ha demostrado.

Fui declarada no sólo un miembro más de la comunidad, sino un verdadero advenimiento. Yo sabía que, más que a mis virtudes, esa acogida se debía a que yo era una novedad en aquel territorio de hechos predecibles. A pesar de lo pírrico de mi victoria, mis tácticas me habían ayudado, al menos en parte, a sortear el miedo.

Nada más efímero, sin embargo, que los deslumbramientos. Cuando la vida escolar entró definitivamente en el camino de la rutina, dejé de ser el astro rey que fui durante unas semanas y recobré, a los ojos de la mayoría, mi peso específico. Entonces pude hacer mis balances: había conseguido dos amigas, unas pocas animadversiones, una sólida reputación de persona que no está dispuesta a plegarse enteramente a la disciplina del establecimiento, cierta dosis de popularidad y una esclava.

Una de esas amigas era Marita, una venezolana de ascendencia europea, rubia y gorda, en quien se descubría, si se la miraba con atención, un parecido con Martín Lutero. Venía de Maracaibo, donde su padre era dueño de un restaurante. La otra era Amanda. Me llevaba tres años, iba en último curso y sobre las razones por las que estaba allí corrían varios rumores: uno, que su padrastro la había violado y que entonces su abuela había decidido internarla; otro, que ella había seducido a su padrastro, y que su madre, para castigarla, la había enviado al internado; y otro más, que la madre estaba loca y en un manicomio, y que era el padrastro el que había decidido internarla porque no quería hacerse cargo de ella.

Cuáles eran las fuentes de tan truculentas historias era un misterio, porque Amanda era una guardiana iracunda de su vida íntima. Cualquier pregunta curiosa habría sido respondida con maneras dignas de su facha más bien hombruna, o con furiosas palabrotas. Pero algo debía haber de cierto en aquellos chismes, pues coincidían todos en apuntar hacia el mismo lado. La esclava se

llamaba Ketty y tenía cara de pescado: ojos saltones, piel verdosa y una boca enorme, de labios casi inexistentes, por la que asomaban unos dientes diminutos engastados en unas encías color violeta. Ser feo, muy feo, a los trece años, es doblemente afrentoso. Lo sabemos por Sartre, que, incapaz de mentirse a sí mismo, hacía muecas en el espejo para que este le ratificara que era un monstruo. Él mismo nos cuenta que, mientras pasaba una temporada con su abuelo —y en forma simultánea le cortaron los bucles que lo hacían gracioso y apareció en su ojo derecho la nube blanca que tuvo hasta su muerte—, solía sorprender las miradas perplejas que le echaban los amigos de la familia. «También mi abuelo parecía desconcertado —escribe en *Las palabras*—; le habían entregado su pequeña maravilla y había devuelto un sapo». Pero un sapo tiene muchas maneras de hacerse pasar por príncipe, y Sartre lo supo pronto: «como era un niño imaginario me defendí con la imaginación». Ketty, que de imaginación tenía poco, había optado más bien por la aquiescencia, esa forma elegante de la humillación. Permanecía unida al grupo con la misma pasiva lasitud de las parásitas, alimentándose de nuestras conversaciones.

Todos los hombres odian a los desgraciados, dice Frankenstein, sin duda pensando en los feos. Pero esta aseveración tiene matices, pues los feos, a su vez, tienen tres caminos: odiar a la humanidad y hacerle daño; hacerse invisibles o acercarse a los demás con aire perruno, como pidiendo perdón por su fealdad; o exhibir esta con insolencia o revestirla de gracia, hasta hacer que no la percibamos. Ketty pertenecía a la segunda categoría, que es, literalmente, la de los desgraciados. Por eso mismo la tiranizábamos con disimulo: dame tu postre, déjame el turno en la ducha, ya que estás planchando pláncame el uniforme.

Todo iba bien y así se lo manifesté a mi madre, que me contestó una larga carta en la que me daba consejos y se extendía en minucias familiares que pretendían hacerme sentir como si estuviera en casa. Al pie de su firma mi padre escribió: *Muchos abrazos*. Estas dos palabras tuyas se repitieron, idénticas, en todas las cartas que recibí durante ese año.

Aquel primer mes de bienestar —que no de dicha— tuvo algo de ficticio. Pero la realidad, que jamás es armoniosa, comenzó pronto a mostrar sus aristas. Como siempre, mi primer tropiezo fue con la autoridad. Nuestra guardiana nocturna, la Veladora, era una monja joven, de pocas palabras, que se hacía llamar sor Concepción. Su verdadero nombre —lo descubríamos siempre, como quien descubre un pecado— era mucho mejor que el ficticio: Irene María. Tenía una belleza impávida, de santa de estampita, disimulada por un gesto perpetuo de severidad que ponía a temblar, de vez en cuando, las aletas de su nariz. Le gustaba intimidarnos. No lo hacía con gritos, el recurso más frecuente en esos

casos, sino con amenazas, que profería bajando la voz, lo que, paradójicamente, nos producía terror. Todas tenían que ver con el más allá, pues según ella Dios nos veía con su gran ojo desde todos los ángulos, siempre y a toda hora, y por tanto sólo esperaba que muriéramos para hacernos pagar en el fuego eterno nuestras desobediencias y nuestras rebeldías. Si osábamos mirarla durante sus reconvenciones, nos conminaba a bajar los ojos. A un superior, señorita, no se le desafía.

Era, además, el ángel custodio de nuestra pureza. Todas las noches pasaba revista de cama en cama para ver si estábamos acostadas como Dios manda, debidamente cubiertas y con las piernas cerradas, a fin de que los demonios no nos poseyeran durante la noche. Una y otra vez nos repetía que la desnudez no era bien vista por los ángeles, y que la única forma de bañarse de manera piadosa era sin mirar nuestros cuerpos pecaminosos. Como era de esperarse, a la hora de la ducha me di a la tarea de examinarme a ver que era lo que perturbaba a los ángeles. A la vista no encontré nada especialmente interesante. Con los dedos sí. Momentáneas dulzuras desconocidas, brevísimos espasmos divinos que, más prolongados, habrían producido ascensos místicos.

El maléfico entonces entró en acción, y me hizo pagar caro mis pequeños placeres: hincó sus dientes en mis partes recónditas, inocentes, parcialmente desconocidas, y me provocó ardores, punzadas, lancetazos. Sin duda era víctima de un castigo por haber profanado mis castos, mis sagrados genitales en los breves escarceos a la hora del baño. ¿Cómo pedir ayuda? Había cosas que no podían nombrarse, y esa era una de ellas. Como san Buenaventura, decidí que era mejor silenciarme y morir que poner en evidencia una verdad vergonzosa. Inventé una migraña y me quedé en el dormitorio esperando que algo, un milagro tal vez, viniera en mi ayuda.

La enfermedad, como la muerte, la guerra, la ruina, tiene el poder de devolver al ser humano el sentido de las proporciones. Con ella volvemos a contemplarnos como lo que en el fondo somos: un tumultuoso montón de vísceras y músculos y huesos. Pero la enfermedad también convoca otras cosas: el miedo, la esperanza, el agradecimiento. A media mañana, en la soledad del inmenso dormitorio, acentuada por el sol que entraba por los ventanales del fondo, comencé a sentir que una enorme añoranza me envolvía como una mortaja. Todo lo que unos meses antes era odioso o molesto o amenazante —mi ciudad, mis amigos, mis padres— resultaba ahora nostálgico, entrañable. La melancolía, esa bilis negra que descubrieron los antiguos, me bañó entera. Lloré. Dormí. Soñé. En ese penoso encierro, soportando aquel fuego vaginal inexplicable, duré tres días, tres años, tres siglos, al cabo de los cuales me atreví a contarle a la enfermera lo que me estaba pasando. Me dio unos polvos blancos

con los que debía hacerme baños y las molestias fueron cediendo. Entonces le pregunté a mi yo más hondo si quería regresar a mi casa. La respuesta que me dio fue totalmente honesta: no quería estar allá ni estar aquí. Tendría que buscar, no tenía más remedio, un tercer lugar dónde sobrevivir.

Puesto que había sido condenada a prisión por mis crímenes, ese lugar de salvación o era virtual o tenía que estar dentro de las murallas de la cárcel. Escogí la capilla como espacio de redención. Allá me apliqué, en horas insólitas para no ser vista, a tratar de conversar con Dios, quien tal vez por su intangibilidad me resultaba más atractivo que Jesucristo, tan terrenal y victimizado. Pero muy pronto descubrí que sólo lograba un monólogo que a mí misma me resultaba chocante porque no tenía ninguna naturalidad. Como esos diarios adolescentes que comienzan con la fórmula «querido diario», todas mis advocaciones a la divinidad estaban teñidas de un tono artificioso que me hacía sentir una impostora. *Dios mío*, empezaba, *me gustaría contarte...* Ya aquel tuteo, eminentemente literario, era incómodo. Pero, además, ¿qué sentido tenía contarle algo a una entidad onnisapiente? ¿No dizque Él sabía ya, no sólo todo lo ocurrido en mi pasado, sino lo que sucedería en mi porvenir? Si conocía mis más hondos pensamientos, ¿para qué me esforzaba yo en articular mentalmente mis diarios infortunios?

Comprendí, con horror, que el interlocutor no me resultaba convincente. En pocos días, como por milagro —valga la paradoja—, Dios quedó reducido en mi conciencia a una entelequia. Pero, si Dios no existía y todo aquello era puro decorado para una farsa sostenida, ¿qué me quedaba ahora que era una expulsada del hogar, una reclusa expiando sus culpas en un presidio lejano? Sentí escalofríos. Decidí exponer mis dudas al capellán, que nos había sido presentado por las monjas como nuestro «director espiritual». Pedí una cita, lo cual era algo ya excitante en el mundo de Aquijamaspasanada.

Entré a la sacristía, donde atendía consultas dos horas a la semana. El cura era enorme y muy blanco, una verdadera mole catedralicia. Sus ojos azules escrutaron a la liliputiense que entraba con aire decidido al enorme salón penumbroso, donde colgaban casullas y albas al lado de santos arrumados y vírgenes en sus andas. Me tomó de la mano, me invitó a acercarme, me metió entre sus brazos, dispuestos, como los de la Santa Madre Iglesia, a contener a los fieles, y me pidió, mientras sus dedos rozaban mi mejilla, que le contara, cómodamente, sin miedo, aquello que me atormentaba. Allí, entre sus rodillas que se cerraban sobre mis caderas, tuve una revelación: ese cuerpo, esas manos, esas miradas, pertenecían a un Hombre, a un Macho, aunque ahora a mi oído afirmara que él era el intermediario de Dios en la Tierra, que estaba ahí para oír a todos los necesitados de consejo, hasta a los más indignos, y para darles la



bendición, así, *en el nombre del padre* sobre la frente, *del hijo*, sobre el esternón, *y del espíritu santo*, sobre el pecho izquierdo primero y después sobre el derecho. *Ya se desarrolló, verdad*, dijo, *ya es una mujercita hecha y derecha*. Le hablé de mis dudas, muy por encima, temblorosa, sintiendo su mano rozar mis senos, sin decidirme a aceptar del todo lo que estaba pasando. *Tiene muchas ideas, más de las necesarias*, me dijo. *Tenemos que hablar largo y tendido. Vuelva la próxima semana, sin falta*.

A los trece años ya tenemos claro qué callar y qué no. Cuando comenté con Marita y con Ketty mis impresiones sobre los alcances del capellán vi que en las pupilas de Marita había chispas. Comprendí que a ella le había sucedido algo similar, y que antes de mi confesión estaba desconcertada, asustada, pensando que de pronto se estaba imaginando «cosas». «Cosas malas», que era como decían las monjas. Ketty, que escuchaba en silencio, como siempre, pegada a nuestras faldas con una persistencia de muérdago, confesó que a ella el cura «nunca le había hecho nada». Creí sentirla un poco dolida, como alguien a quien sus amigos no han invitado a una fiesta. Nos hundimos en reflexiones, con la animación que provoca la unión del morbo y el miedo. Finalmente, las dos opinaron que era mejor callarnos.

Pero yo había sido poseída por el Espíritu de la Verdad, y, dispuesta a todo como santa Inés, que fue martirizada a los trece años, o como María Goretti, que prefirió ser asesinada a rendirse, fui a hablar con mi directora de curso esa misma tarde, después de clases. Era una monja vivaracha, decidida, elemental. Una vez le confié mi secreto, me miró como los inquisidores debían mirar a las brujas. ¿Quién era yo para afirmar esas cosas? ¿Qué imaginaciones malsanas habitaban en mi cabeza y me hacían ver yelmos donde sólo había bacías de barbero? Ya decía ella que algo turbio había en mi personalidad, tan dada a fantasías y a desmesuras. Debía retractarme al momento, no repetir jamás aquello: la honra de una persona es sagrada. Tender un velo de duda sobre el capellán era un pecado imperdonable. La miré a los ojos y vi en ellos la frialdad de la amenaza. Medí mis fuerzas, sopesé la dimensión de la derrota y calculé mis estrategias: ya que no creía en Dios ni mucho menos en sus representantes en la Tierra, fueran hombres o mujeres, al menos debía cuidarme del enemigo. Bajé la cabeza, como aceptando.

—Repita, niña: la calumnia es un pecado.

—Sí, hermana.

—Dije que repitiera, niña.

—La calumnia es un pecado, hermana.

—Ahora repita: me arrepiento de haber calumniado al director espiritual.

Repetí sus palabras con la cara encendida. La humillación, lo supe en ese

momento, se siente en todo el cuerpo.

Busqué papel y lápiz y escogí un lugar recóndito, más allá de las pocetas, de las cocinas, del pequeño huerto, para sentarme a escribir una carta. Querida mamá, escribí, mientras las lágrimas inundaban mis ojos desdibujando el mundo. Aquel lugar, estaba claro, era el infierno, y yo era una víctima del hierro candente de mis verdugos. Todo allí era injusticia, oprobio, dolor, impotencia. Necesitaba con urgencia que repensaran mi destino. De otro modo tendría que buscar una salida —no decía cuál, deliberadamente, para atormentar a mi madre— y desde ya los culpaba a ellos de lo que pudiera pasarme. Por favor, hagan algo, suplicaba, antes de poner mi firma llena de golas. Cuando terminé mi alegato de dos páginas elevé la cabeza, que no acababa de vaciarse de ideas, y mis ojos encharcados se encontraron con las montañas. Las había visto muchas veces, pero desde aquel lugar recóndito y en estas circunstancias desdichadas se veían no sólo más hermosas —azules, misteriosas, eternas— sino extraña, consoladoramente mías.

La naturaleza no era algo que yo hubiera apreciado demasiado hasta entonces. En la niñez, con mi madre y sus hermanas o sus amigas, hacíamos de vez en cuando paseos campestres no muy lejanos. Bastaba con traspasar la frágil barrera que delimitaba el pueblo para que nos topáramos con paisajes a veces plácidos, a veces ariscos, pero siempre llenos de sorpresas para los ojos infantiles. En esos primeros años hice descubrimientos emocionantes que mi memoria coleccionó devotamente. Los tengo muy claros: un nacimiento de aguas termales, por ejemplo, que me resultó fascinante y puso a prueba mi incredulidad. Si para bañarme había que calentar el agua, ¿cómo podía ser que aquel manantial brotara hirviendo, y que estuviera siempre cubierto con una nube de vapor como la de ciertos aterradores cuentos infantiles? También descubrí que las adormideras cerraban sus pétalos al contacto con los dedos, que existían las luciérnagas, con sus luces intermitentes como de árbol de Navidad, que el musgo seguía oliendo a lo mismo por meses y por años, que había un insecto que se llamaba caballo de palo y otro que tenía un nombre musical y unas alas bellísimas semejantes a las de las hadas: la libélula. Pero lo que de verdad me dejaba estupefacta era ver los colibríes tornasolados, que, suspendidos en el aire, personificaban el milagro, la gracia, la perfección.

Vagamente debí comprender en mi niñez que observar ciertos eventos de la naturaleza produce un placer desinteresado que sólo lo causa la belleza. Pero la entrada en la adolescencia trajo consigo la dosis de estolidez que esa edad acarrea, y ya no hubo ojos para el paisaje ni sensibilidad para apreciar los atardeceres. Por eso, sentir que las montañas, tan inaccesibles, me consolaban,

fue revelador. A mi cabeza vinieron unos versos de Baudelaire que mi profesor de francés me había hecho memorizar:

Là, tout n'est qu'ordre et beauté,  
Luxe, calme et volupté.

Desde mi centro contemplativo me dispuse a escalar aquellas montañas. En unos segundos estuve en la cima. Vi una llanura sin fin, un enorme tapete verde por el que se podía ir corriendo por toda la eternidad. Descendí, volví a subir. Entonces contemplé infinitas copas de árboles, un mar verde, rizado, caprichoso. Repetí la operación otras quince veces: vi desiertos, cadenas de montañas, el mar.

Ahora había más aire en mis pulmones.

Un rato después doblé la carta, la metí en un sobre, mojé la goma con la lengua. Fui hasta el buzón, ubicado en una esquina del patio, y la eché por la ranura. Yo pagaba mi culpa. Que mis padres pagaran la suya.

Al día siguiente, al final de la tarde, fui llamada por la directora a su despacho. Le decíamos madre María Teresa, y la tratábamos con respeto pero no con miedo, porque tenía aspecto bondadoso. Entré tratando de disimular mi turbación, sintiendo frío en la columna vertebral y calor en la cara. Entre las manos artríticas de la madre María Teresa temblaba ligeramente la carta que había escrito a mi madre, sin el sobre. Comprendí.

De modo que aquello era un infierno, dijo, con su voz aterciopelada, un centro de iniquidad y de torturas. Si esto era así no habría ningún problema: ella misma les diría a mis padres que me devolvieran en el próximo avión. Sólo que les causaría un sufrimiento espantoso, eso estaba claro. Perderían su inversión monetaria, su esfuerzo, su fe en mí. Y de paso yo desaprobaba el curso, una lástima. Lo otro sería hacerle a ella, que era la autoridad y la ley, los reclamos que tuviera, y escribir otra carta a mis padres, más sensata y ceñida a la verdad, poniendo los acentos en los aspectos positivos del colegio. ¿Entendía?

Sí, otra vez entendía. Mi mirada se concentró en su papada, que se hinchaba y se deshinchaba como los restos de un globo navideño a merced del viento. Focalizar allí mis ojos me evitaba enfrentarla pero me permitía tener la cabeza erguida.

—Sí, madre —dije.

La directora rompió la carta en cuatro grandes pedazos y me la extendió.

—La humildad es algo que se aprende —dijo—. Ahora puede retirarse.

Esa noche me desperté sintiendo que el mundo me daba vueltas, que me faltaba el aire. Comprendí que me estaba muriendo, pero de una manera extraña, porque el corazón, en vez de presentar síntomas de debilitamiento, latía como el de un galgo corredor. Tenía la frente, las manos y la espalda empapadas. Pensé en que era triste terminar mis días allí, en ese lugar sin alma, en medio de un montón de adolescentes confusas y de monjas oscuras. Al tomar conciencia de que estaba viviendo mis últimos minutos, a mis males se añadieron unas náuseas incontenibles y un aterrador dolor de estómago. La mía sería una muerte sin dignidad, empapada en mis propios detritus. Caminé por el pasillo hasta la puerta del dormitorio, la abrí tan sigilosamente como pude, y, sintiendo la mirada un poco borrosa, me arrastré hasta los baños. Luego repetí un viejo ritual: arrodillarme frente al inodoro, intentar vomitar, no lograr expulsar ningún tipo de materia salvo una baba gruesa, producto del esfuerzo, introducir el índice en mi boca, ir con él hasta el fondo, y sentir la arcada, una y otra vez, sin lograr expulsar el demonio verde que rugía entre mis tripas.

Quedé exhausta. Ahora era un perro enfermo, aterido, necesitado de calor.

Una amiga me contó alguna vez que su madre, la noche en que murió, no cesó de caminar por el cuarto, retorciéndose las manos y respirando de manera agitada. Intuyo que, yendo de un lado para otro, en plena acción, tenía ella la impresión de dilatar o conjurar la oscuridad que veía venir. Siempre evoco esa imagen cuando pienso en lo solos que estamos al morir.

Cuando niños, sin embargo, tenemos la ilusión de que la compañía del papá o la mamá nos salva de la muerte. Busqué, de vuelta, la cama de Amanda, que era lo más parecido a mi madre que había en miles de kilómetros a la redonda. Me permitió acostarme con ella, tomarla de la mano, quejarme un poco. Me dormía a trechos, me despertaba sobresaltada, húmeda, sin aliento. Antes de las cinco me escurrí hasta mi cama, no fuera a ser que nos sorprendieran en sacrílego contubernio.

Comenzó entonces un verdadero calvario. El día me calmaba; mis noches, en cambio, eran noches de Walpurgis. Despertaba dos o tres veces chapaleando en una humedad cenagosa, sudando como un estibador a mediodía. Como en una ocasión hubo un pequeño movimiento sísmico, cosa frecuente en esa región, me acostaba pensando en que iba a morir aplastada por el edificio en el momento en que este se viniera abajo; o algo peor, que quedaría viva entre los escombros, en medio de una oscuridad insoportable, gastándome en mi agonía el poco aire que quedaba en mi agujero. Para que el riesgo fuera menor cambié de cama con una compañera, a fin de quedar cerca de la ventana, lo cual no fue tampoco muy tranquilizador ya que estábamos en un tercer piso. Desde mi altura veía un jardín. Mi fantasía mutó: ahora me desvelaba pensando cómo huir en caso de

incendio. ¿Amarrando sábanas, como había leído en los libros?

Pero el incendio que yo temía —¿y deseaba?— se dio en un lugar menos obvio: en mis entrañas. De la mañana a la noche empecé a sentir cómo borboteaba el fuego en mi estómago, cómo ardían el duodeno, el antro pilórico y el esófago. Cada tercer día debía salir de alguna clase para acudir a la enfermería, donde me extendían en una camilla y me daban unas horribles aguas de caléndula. Cada vez que sentía náuseas la enfermera me pasaba por la frente un pañito entrapado en alcohol y me pedía que aspirara simultáneamente los vapores del frasco a ver si sentía alivio.

Los olores —a pintura, a cal, a tostadas en el horno, a humo— tienen el poder de devolverme a momentos muy precisos de mi vida. No son neutros: vienen cargados de sensaciones, de las emociones de otros días. En mi cerebro, el olor del alcohol viene siempre de la mano del desasosiego.

Mi acudiente vino a buscarme para llevarme al médico. Era una mujercita rubia, de nariz ganchuda y mirada azorada, toda ella vacilante y temerosa.

Mientras íbamos en el taxi para el consultorio me hizo una pregunta tan abrupta como insólita:

—¿Hace cuánto no te depilas?

Después de un momento de vacilación, causado ante todo por mi extrañeza, contesté, casi mecánicamente, que no me había depilado nunca. En el internado veía cómo algunas de «las grandes» se sacaban con pinzas pelos de las cejas o se embadurnaban el bigote con un menjurje azuloso.

—No es de buen gusto no depilarse —me dijo con voz acusadora—. Las piernas no deben tener vellos ni tampoco las axilas.

Instintivamente miré debajo del brazo y vi una mancha de la que nunca había sido consciente. Brazos y piernas estaban revestidos también de una pelusita inane, pero pelusita al fin y al cabo. Me sentí avergonzada. Como si fuera poco me preguntó si mi ropa interior estaba en buen estado, ya que el especialista iba a hacerme un examen completo. No recordaba muy bien qué llevaba puesto, así que llegué al consultorio en estado de total inhibición.

Mientras el médico me examinaba, mi acudiente aprovechó para preguntarle por sus propios males: mareos, arritmias cardíacas, sudores intempestivos. Comprendí, con horror, que también ella era hipocondríaca. Yo, convertida en un hombre lobo, me estiraba en la camilla con los brazos pegados a los costados, lamentando no ser invisible. Ya vestida, fui sometida a un exhaustivo interrogatorio.

El cuadro clínico, concluyó el médico, parecía tener origen psicosomático. Lo más probable era que tuviera una úlcera duodenal, de modo que necesitaba

reposo total durante dos semanas, dieta especial y medicinas. Y no estaría mal que tuviera ayuda psicológica. Por mi cabeza pasó la imagen del dormitorio colectivo, que a las diez de la mañana era árido como el Sahara, y anticipé con terror las infinitas horas vacías que me esperaban. Pero ya el médico le estaba aconsejando a la mujer de mi tío que, puesto que estaba lejos de mis padres, me permitiera pasar esa temporada en su casa, donde podría tener la alimentación adecuada, caldos y compotas y leche, mucha leche. Por el respingo que dio comprendí que a mi acudiente no le parecía muy buena idea, pero así se hizo. Me instalaron en un amplio sofá, en un cuartico situado en un extremo del jardín, al que todos llamaban el invernadero porque tenía una marquesina de vidrio. Yo, encantada con la idea de escapar por unos días del internado, me sentí de inmediato mejor, mucho mejor.

Los psicólogos y los psiquiatras son unos farsantes que se creyeron los cuentos de Sigmund Freud y ahora se enriquecen con terapias carísimas aplicadas a seres maleables, de espíritus con turbados, propensos a cualquier lavado de cerebro. Eso pensaba mi padre y eso le dijo por teléfono a mi acudiente cuando ella le comunicó lo que el médico había sugerido. Yo puse el grito en el cielo. Afirmé que si no iba al psiquiatra corría el riesgo de enloquecer o *algo peor*. Esto último lo dije como de paso, sin énfasis, para hacerlo creíble. Pero el verdadero motivo de mi empecinamiento se debía, realmente, a la curiosidad.

Cuando mi padre hizo un silencio más largo de lo esperado al otro lado de la línea supe que yo había ganado la partida. Y mi acudiente consiguió una cita con uno de los más reputados psiquiatras de la ciudad. Pero fui yo la que, después de una primera consulta, no quiso volver. El médico me hizo un interrogatorio inicial, con preguntas todas relativamente sencillas, salvo una: ¿había tenido sexo con alguien? ¿Con hombres, con mujeres, con animales?

Tener sexo. Medité un momento la respuesta. Si él daba por sentado que yo, a los catorce, ya podía tener sexo, no iba a defraudarlo.

—Sí —dije.

Preguntó con quién lo había hecho. Mentir siempre me ha costado mucho. Sin embargo, e inspirada tal vez por las historias de Amanda, contesté con gran naturalidad:

—Con el papá de mi mejor amiga.

El psiquiatra guardó silencio por unos minutos, estupefacto. Su cabeza debía estar imaginando un montón de preguntas morbosas. Sin embargo, sólo dijo:

—Cuéntame cómo fue.

Yo di rienda a mi capacidad fabuladora. Mientras lo hacía, me asombraba, divertida, de mí misma.

Cuando terminé, noté que me miraba de un modo especial: no me había creído ni una palabra. Pero no dijo nada. Siguió indagándome durante diez o quince minutos. Al cabo de los mismos, fijamos una cita para la siguiente semana. Me levanté, le di la mano y salí, sabiendo que nunca volvería.

Mi padre, pensé, iba a sentirse feliz.

Para mitigar la ansiedad me formularon unas gotas mágicas; al tomarlas tenía acceso a una versión nueva del Paraíso: mi cuerpo se distendía, sentía cosquilleos en el cuero cabelludo y en la columna vertebral, unos corrientazos maravillosos en manos y pies, y, sobre todo, cómo se despertaba en mí una capacidad asociativa tan desbordada y reveladora como la de los sueños o el arte surrealista. Dos veces al día caía voluntariamente en aquel trance, unas veces inclinada del lado de la serenidad, y otras del de una euforia incontenible. Si no me volví adicta fue por la clara conciencia de que los placeres que aquel estado me proporcionaba eran tales por ser esporádicos, no continuos. La misma diferencia que existe entre los encuentros acezantes de los enamorados clandestinos y la convivencia sin altibajos de un matrimonio apacible.

Como en mi habitación había unos cuantos discos, todos de música francesa, los ponía a sonar en el momento de mis trabas. La sensación era exquisita. La dulce lengua de Verlaine y Valéry llegaba a mi cerebro potenciada por la música. Las notas iban apareciendo una por una, envueltas en gasas de colores, y vibraban en mi retina antes de disolverse en el magma de sensaciones en que yo estaba convertida. Un verdadero ejemplo de sinestesia.

Un día cualquiera desperté con un verso en los labios: «*amas hoy lo que ayer habías perdido*». No sabía si era mío, y ni siquiera entendía bien qué quería decir, pero corrí a escribirlo. Desde ese día me dediqué a consignar en un cuaderno versos sueltos, que, o bien se armaban solos en mi cabeza, o yo buscaba ansiosa en mi cerebro. Este disfrutaba de una libertad sólo posible en el ocio, porque yo estaba consagrada a dormir, comer y leer, tres placeres a los que me entregaba en ese u otro orden, todo bajo el techo de vidrio de aquel invernadero, acogedor como un útero. Devoraba, en todos los sentidos: por una parte unos libros atroces que había en la biblioteca, novelas rosa con ingredientes eróticos cuyas historias transcurrían en tiempos remotos y en países como Escocia, Finlandia, Rusia, China. Y, por otra, lo que me llevaba la esposa de mi tío cada tres horas, siguiendo instrucciones del médico: un vaso de yogur, un plato de gelatina, un caldo de pollo acompañado de puré de papas, o cualquier otra cosa considerada inofensiva para mis paredes estomacales. Para completar

la exacerbación de mis sentidos, Laura, la hija de mi acudiente, que no llegaba a los diez años, se divertía peinándome con un cepillo de cerdas gruesas que usaba para hacerme toda clase de enredijos y de trenzas. Sus juegos sobre mi cabeza me hacían sentir como un gato consentido por su amo. Todo mi cuerpo se electrizaba, se dejaba invadir por una lasitud llena de enervamientos. Era bastante más feliz que antes, y eso se lo debía a la enfermedad. Resultaba realmente difícil tomar la decisión de aliviarme.

Me declaré la Reina del Sofá Verde. Decidí que viviría allí para siempre, haciéndome a la idea de que era un barco que no anclaba jamás en ningún puerto. Iba y venía de los libros a los sueños, y de la música a los breves delirios diarios, todo sobre el bajo continuo de mis molestias estomacales, que sin embargo iban desapareciendo con los días.

¡Ah, la pereza! Mi ansiedad ya no era la misma en aquella burbuja que me protegía del tiempo y de mí misma.

Entonces ocurrió lo inevitable: mi tío, que trabajaba tres semanas en un campamento petrolero y enseguida se tomaba un descanso de ocho días en la ciudad donde vivíamos, llegó de viaje. El día anterior su mujer compró flores, brilló los muebles, fue a la peluquería y cocinó un perrito que impregnó con sus olores toda la casa. El marido entró, tiró la puerta, y todo el romanticismo de las últimas horas se descascaró con el golpe.

Veinte horas después empezaron a llegar hasta mi burbuja los ecos de voces alteradas, de gritos, de sollozos. Me costó poco entender que pasando la frontera del internado se llevaba a cabo una guerra. O tal vez no fuera una guerra, sino, como supe después, un ritual eterno entre un victimario y su víctima, una obra teatral mitad trágica mitad bufa, farsa grotesca a la que el autor no le había planeado un final. Los protagonistas eran dos: el tirano, que había peleado en Corea —y que además era mi tío—, irascible, violento, sardónico. Y la esclava, a la que correteaba con un zapato, asustaba con un golpe sobre la mesa o lanzaba al aire sobre la cama, como a un muñeco de trapo. Durante los eventos violentos su hijita venía a veces a refugiarse en mi cuarto, con esa seriedad mortal de los niños agraviados, que no termina por resolverse en llanto.

El eterno drama respondía a un único, infinito guión: después del zafarrancho, siempre causado por cualquier insignificancia, sobrevenían largos silencios. Y de pronto se oía una broma o un cuchicheo o una carcajada: mi tío, en un segundo acto, esta vez cómico, había comenzado un proceso de reconciliación. Vencida como estaba por lo esquizofrénico de una situación que llevaba años, la mujer de mi tío se dejaba abrazar y besar, o se abandonaba entre los forzudos brazos de su marido, que la cargaba hasta su habitación, como a una



novia recién desposada. Desde mi encierro yo oía, perturbada, sus chillidos de gata.

A la mañana siguiente, las miradas que ella le lanzaba a aquel verdugo con algo de galán de cine eran de aquiescencia o de agradecimiento. Pero si la avena estaba fría o los zapatos no estaban brillantes, volvían a oírse gritos. La mujer de mi tío lloraba, se encerraba en su cuarto, caminaba por la casa haciendo sus tareas con la cabeza baja y los ojos enrojecidos. Una hora después la pareja, como si nada hubiera pasado, iba a dar un paseo por las tiendas o a la piscina del club a tomar un baño.

¿Era eso el matrimonio, y lo que pasaba entre mis padres, una especie de rutina apacible y sin sobresaltos, una extravagante excepción?

Cuando en un momento de debilidad mi acudiente se decidió a abrirme su corazón, con los ojos llenos de lágrimas, respondí con una solidaridad de género de tal magnitud que ella me miró como si no fuera una niña sino un pequeño monstruo de precocidad. Pero al recuperarse de la sorpresa creó conmigo un lazo de comunicación permanente. Durante una semana tuvimos largas conversaciones en las que yo fingía saber de aquellos desasosegantes dolores femeninos. En ellas nos aplicamos a imaginar qué podría ponerse a hacer después de su divorcio para sobrevivir. Como pronto descubrí que aquello era un mero ejercicio teórico, me di a inventar posibilidades que soñaba para mí misma: vivir sola en una casa en la playa, con un mínimo de enseres, pintando cuadros para vender a los esporádicos visitantes. Pero mi acudiente no sabía pintar. Poner una empresa que se ocupara de comprar y enviar los regalos a los amigos de hombres muy ricos pero sin tiempo. No era cosa fácil encontrar muchos ricos, eso lo sabíamos. Crear un Palacio del Azúcar donde los niños pudieran hartarse de masmelos, chicles y chocolates. Esto era más factible. Por supuesto, yo me ofrecí a servir de dependienta.

Hace unos años mi madre me llamó para contarme que la mujer de mi tío se había desnucado al resbalar en la ducha. La recordé con cariño, como a una persona que no sólo se había sentido desdichada toda la vida, sino que había hecho de la desdicha su verdadero elemento, el lugar donde parecía sentirse cómoda.

Su marido murió siete meses después, de pena moral, según dijeron todos. La partida había terminado. O tal vez no. Tal vez en otra vida sigan representando invariablemente la misma comedia, como dos actores ancianos y patéticos, que no se resuelven a dejar las tablas que han justificado sus vidas.

Fui devuelta a la cárcel con la salud recobrada y tres kilos de más, decidida a acomodarme a un orden que odiaba.

Desaparecer aprestigia. Volví ennoblecida, rodeada de un halo misterioso, que, aunque no muy fulgurante, hizo que fuera acogida por algunas de mis compañeras con renovado interés. Pero no debía olvidar que expiaba una culpa, que era mala, que debía purgar, pagar, purificarme. Me dediqué a lograr la perfección: hice una lista de buenos propósitos, y me apliqué a cumplirlos. Quería ser buena, sabia, justa. Y de paso, si podía, gustar. Con ayuda de un librito que me había regalado mi abuela, *La imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis, hice larguísimas listas de deberes. Era una buena manera de matar el tiempo en aquel internado insoportable. (Matar el tiempo: siempre me ha parecido espantoso el contenido de esa expresión, pues de tiempo es de lo que estamos hechos, tiempo es lo único que nos ha sido concedido.)

Durante el primer mes doblé mis camisas con precisión milimétrica, me cambié las medias a diario, dejé de comerme las uñas, hice márgenes a mis cuadernos, me aprendí las capitales de todos los países y traté, sin mucho éxito, de aprender a despejar ecuaciones. Pero nada cansa tanto como la perfección. Así que empecé a abandonarme cuando ya estaba por parecerme a santa Bernardita. Y a eso contribuyeron hechos muy precisos, que sucedieron más adelante.

Como en la casa de mi acudiente había redescubierto las delicias de la soledad —algo que, al crecer, había olvidado— me repartía ahora entre mis compañeras con moderación, con cierta meditada reserva. Mi tendencia a interesarme más por lo imaginario que por lo real me llevó, entonces, a volcarme sobre lo que estaba del otro lado, del inaccesible, para hacerme leve lo cotidiano. Cada vez que tenía tiempo libre escribía cartas: a mi madre, a Ivonne, a todos y cada uno de mis amigos, a algunos de los cuales debí darles una entidad que no poseían a fin de justificar mi esfuerzo caligráfico. Eran cartas minuciosas en las que, para hacer que mi vida pareciera interesante, novelaba: exageraba discretamente los hechos, o los embellecía, o los volvía aberrantes, execrables. Creaba personajes, llevaba a cabo introspecciones, reflexionaba. A veces las adobaba con dibujos o agregaba un verso de un poeta conocido. Las escasas cartas que recibía de vuelta, algunas pocas tan henchidas como las mías, y otras, las más, escuetas y sin gracia, las coleccionaba en una caja que pretendía ir pesando lo que, supuestamente, pesaban mis afectos.

En aquel internado los momentos solitarios no eran muchos pero sí muy intensos. Sentada en mi escondite, de cara a las montañas, sólo oía el garrapateo de mi esferográfico sobre el papel. Cuando terminaba de escribir cartas ensayaba a escribir poemas. Buscaba con pasión cada palabra y repetía los versos en voz alta para oír su música. En mis poemas siempre era de noche, había hombres que

fumaban, barcos extraviados y suicidas. Era obvio que yo, que escondía con verdadera vergüenza mis poemas, no escribía, como los poetas a los que se refiere Kundera, para que mi rostro fuera *amado y endiosado*. Lo que quería era otra cosa: amarme a mí misma mientras los escribía. Quería que mi tristeza fuera bella.

Cuando volvía a incorporarme a la rutina, tenía los ojos febriles, luminosos, como los de los enfermos de tuberculosis o los alucinados.

Después de cenar nos daban una hora para descansar antes de retirarnos al dormitorio. Por un altavoz las monjas ponían música, canciones alegres o piezas folclóricas, mientras nosotras nos hacíamos en grupitos a charlar en los corredores o el patio. La temperatura era tibia, las noches estaban casi siempre despejadas, y las chicharras cantaban todas al tiempo desde los árboles. Era el momento de la jornada en el que más tranquilas nos sentíamos, casi felices.

En uno de aquellos recreos oímos de pronto una algarabía, gritos de hombres y un ruido seco, que con horror comprendimos de inmediato que era un tiro. Nos desplazamos corriendo hasta el lugar del que provenía el escándalo, una de las dos porterías del edificio. Tres o cuatro monjas alarmadas llegaron también al lugar. Todas esperábamos, entre la fascinación y el espanto, ver un cadáver despatarrado, el de algún ladrón cogido in fraganti. Lo que vimos era igualmente excitante aunque menos macabro: uno de los celadores traía del brazo a una chica gigantona de rodillas ensangrentadas y mirada desafiante. Era Amanda.

No pudimos interrogarla, como habríamos querido, porque de inmediato fue llevada ante la directora. Había querido escaparse —eso lo supimos después— y el vigilante, pensando que era un ladrón, había disparado al aire. Nos fuimos a dormir en un estado de euforia desbordada: Amanda había intentado lo que muchas queríamos hacer pero ni siquiera se nos ocurría intentar.

Antes de acostarnos, sin embargo, se nos sermoneó como si en verdad todas fuéramos culpables, y se nos previno sobre la posibilidad de que una de esas balas extraviadas se incrustara en el cerebro de la que se atreviera a volarse. Lo extraño era que Amanda, que era el sujeto en cuestión, no oyó la reprimenda ni las admoniciones, porque había sido llevada al «cuartito», eufemismo con el que nombraban una celda penitenciaria donde se confinaba a las culpables de algún delito. Al día siguiente, a la hora de la formación, se sumó a nosotras con las rodillas llenas de mertiolate y un brazo en cabestrillo. Nadie se atrevió a decirle nada, tal era la cara que traía.

Al mediodía vimos entrar a una mujer decidida, que de inmediato fue llevada a la rectoría. Cuando llamaron a Amanda, supimos que era su madre,

aunque todo parecía desmentirlo: era casi tan joven como la hija pero más atractiva, y tan menuda, que el hecho de que hubiera dado a luz a esa potranca indomable parecía una broma de la genética. A esta le pusieron matrícula condicional, según supimos después, lo cual le creó el aura misteriosa de los proscritos. De inmediato la sentí mi hermana de sangre, y me dispuse a hacérselo sentir. Sin palabras, claro está: nada que Amanda detestará más que la obviedad, esa debilidad de los tontos.

Cuando ya empezaba a acomodarme al orden carcelario llegaron las vacaciones de julio. Mis padres me anunciaron que las cosas no iban bien económicamente, que mi hermano había sido operado de apendicitis y que ese gasto se había chupado literalmente la plata de mis pasajes; pero que la salida que se les había ocurrido para sortear el *impasse* era tan buena que me iba a poner feliz: mi madre había hablado con un primo suyo y le había pedido que me invitara a su finca ganadera, a la que se llegaba en menos de tres horas en bus desde donde yo estaba. Una prima iría a buscarme hasta el colegio y me depositaría de nuevo en la puerta veinte días después.

Celebré la decisión. Después de mi crisis nostálgica los miembros de mi familia habían pasado a ser algo así como personajes desdibujados de una novela confusa, en la que el lector, a medida que avanza, pierde noción de los detalles. Es posible que extrañara algo a mis padres, y también a mis hermanos, un par de figuritas enternecedoras, pero no lo suficiente como para sufrir porque no iba a verlos en esas vacaciones, máxime cuando estas prometían toda clase de eventos excitantes.

En efecto, todo pintó como novedoso desde que la prima de mi madre me recogió en el colegio en una camioneta *pickup* blanca, porque fui instalada en el platón, al lado de un grupo de adolescentes que después de mirarme con aire de desconfianza no tuvieron otro remedio que acogerme como al nuevo miembro de la manada. Todos eran primos entre sí y primos míos en alguna instancia, y hacían parte del club vacacional en el que se convertía en julio y en diciembre la finca del primo de mi madre, que estaba rodeada de casas de amigos y parientes.

Aquellas vacaciones fueron una apoteosis. Agua por todas partes, cerros, rocas, árboles, caballos, vacas, marranos y, sobre todo, adolescentes de todos los colores y tamaños que a veces se comportaban como niños, a veces como adultos, a veces como aprendices de delincuentes. A casi todos, de una manera o de otra, nos interesaba el amor, o al menos la idea del amor. Éramos novios por tres horas, por dos días, máximo por una semana.

Antes de irme, conquisté el corazón de Simón.

—Eres bonita —me dijo, mirándome con la atención con que un

arqueólogo mira la pieza que acaba de sacar de la tierra.

Era una buena noticia, que traté de asimilar. Lo correcto era que yo dijera *gracias*, o *tú también*, pero sólo acaté a reírme, desconcertada: Simón, larguísimo y pálido, era el más bello de aquel grupo de jóvenes alazanes y el más codiciado por las otras niñas.

—Pero eres rara —añadió, y yo no supe si aquello era un elogio o una objeción irremediable.

Luego, como confirmando mi primera hipótesis, pidió permiso para besarme. Me pareció en exceso educado aquel Simón, que procedía con tantas maneras en vez de atacar a su presa sin miramientos. Asentí, claro, y Simón me dio un beso extraño, que me hizo pensar en un oso que estriega su hocico contra un panal. No sentí nada, y esa insensibilidad me alarmó: ¿había extraviado el alma en aquel territorio salvaje, habían muerto mis impulsos nerviosos a causa del exceso de leche tibia, mis hormonas se habían debilitado con el calor del trópico?

En esas reflexiones estaba cuando llegó la tropa dando alaridos y tímidamente abandonamos nuestros escarceos. Entonces Simón sacó de su bolsillo una zanahoria y comenzó a morderla con ahínco. Entre mordisco y mordisco su encanto se desvaneció: cada cosa tiene su tiempo y su lugar, y sobre todo su peso estético. A partir de entonces cada vez que se acercaba a mí tratando de obtener otras ganancias, yo me escabullía o me refugiaba en otras compañías.

No podía creerlo: la belleza había tocado a mi puerta, y era insípida como aquella inocente zanahoria.

Al regresar de vacaciones nos encontramos con que había habido relevo de la profesora de Literatura. En aquel estricto gineceo ingresó un hombre, el único espécimen masculino distinto del capellán, produciendo un terremoto entre las alumnas. El recién llegado fue evaluado rápidamente. Para desilusión de todas no había en su persona nada especialmente relevante: ojos corrientes, estatura corriente, atavío corriente. Aun así, una cierta excitación general persistía en el momento en que empezó a dictar su primera clase. Con palabras montadas unas sobre otras, que surgían de su garganta con el ritmo acezante de una locomotora que arranca con dificultad, anunció que leeríamos cuentos de Poe, de Chéjov, de Maupassant. ¿Estaba nervioso, no sabía de su materia, el auditorio femenino lo cohibía?

Nuestro profesor, entendimos por fin, era tartamudo. ¿En la infancia se habría caído del cochecito? ¿O se había ido de culo por las escaleras? Pensé que no íbamos a soportarlo. Un cuchicheo repentino, unas risitas convulsivas, le

hicieron saber que entre su público escaseaba la piedad. Entonces el espectáculo doloroso de su esfuerzo, que iba acompañado de involuntarias contracciones del cuello, fue cediendo hasta dar paso a una fluida disertación, tan milagrosa y elocuente como dicen que eran las de Demóstenes.

Nuestro profesor —Gargaritas lo bautizó alguna— desempeñaba su oficio con una pasión infrecuente en los maestros de bachillerato. Los ojos le brillaban como los faros de una tractomula. Entreveraba anécdotas, hacía acotaciones y examinaba los textos al sesgo, haciéndonos ver cosas que jamás habríamos visto con nuestros propios ojos. Como un jazzista magistral, que oscila entre el arreglo y la improvisación, Gargaritas llenaba su voz de ahuecamientos, de seseos expresivos y hasta de repentinos gruñidos que comunicaban sus emociones y que mataban de risa a buena parte de su auditorio. Por los caminos de la lengua viajaba lejos, muy lejos del salón de clase. Tanto, que su mirada, apartándose de nosotras, se posaba ratos enteros en un punto imaginario entre nuestras cabezas y el techo, donde aparentemente se encontraba la visión magnífica que lo inspiraba.

Sólo algunas de sus alumnas, sin embargo, seguíamos con suficiente concentración sus disertaciones. Las demás, aprovechando sus raptos y sus fugas, cuchicheaban, se pasaban papelitos, limaban sus uñas o jugaban con su pelo. Cuando Gargaritas descendía de su nube, después de haber citado una frase relampagueante de uno de sus autores preferidos, se encontraba con un pequeño desastre disciplinario. Su mirada expresaba entonces, no rabia, ni siquiera impaciencia, sino el profundo desaliento del mago que percibe que su número no ha impactado al público y, desde el fracaso, se replantea si seguir o no adelante con su profesión. El desconcierto de Gargaritas era doblemente penoso porque, al tratar de apacentar su rebaño, las palabras se le atascaban entre el pecho y la garganta.

Estábamos en una de sus clases cuando un estruendo lejano nos hizo levantar los ojos. Alcanzamos entonces a ver algo semejante a un relámpago, o a lo que debe ser el estallido de una bomba lanzada desde un avión de caza: un lampo de luz primero clara y luego rojiza, humo, fragmentos cayendo desde la altura. Un vocerío general nos hizo saber que otras muchas personas habían contemplado lo mismo: un avión se había estrellado contra la montaña.

No se habló de otra cosa en las siguientes veinticuatro horas. Los muertos, decían, pasaban de sesenta, no había sobrevivientes.

Lo increíble, sin embargo, vino después. Las monjas decidieron que la excursión del domingo sería al cerro donde había ocurrido el accidente. Nos dispusimos, inquietas y curiosas, para tan extravagante paseo. ¿Qué veríamos?

¿Un campo sembrado de cadáveres, de brazos y piernas desperdigados por todas partes? El espectáculo macabro nos llenaba de anticipada fascinación. El bus se estacionó a un lado de la carretera, y fuimos subiendo todas, alumnas y tutoras, de dos en dos y de tres en tres, por un camino vecinal que nos llevaba al sitio exacto de la colisión. Nadie nos vedó el paso. De repente apareció la ladera calcinada, con sus árboles mutilados y los pedazos de fuselaje desperdigados por todas partes. En contra de lo esperado no había restos humanos visibles, y ni siquiera equipajes reconocibles, pues los saqueadores habían arrasado con todo. En cambio, como un golpe en la cara con un trapo mojado, nos sorprendió un olor desconocido. Alguien aclaró que era a carne quemada.

No hay adjetivo que dé cuenta de ese olor, que sólo existe como experiencia. Se pegó a mi uniforme, a mi piel, a mi pelo. Una semana después todavía mi cuerpo hedía a chamusquina, o al menos así lo registraban mis fosas nasales. No podía comer y en la noche me despertaba con asco, como si estuviera rodeada de cadáveres.

Una experiencia pedagógica singular, sin duda, impartida por aquellas maestras que nos castigaban por dormir con las piernas abiertas.

Por aquellos días Amanda dio otra vez de qué hablar en el colegio. De nuevo se trató de una desaparición. A la hora de acostarnos, antes de apagar la luz, la Veladora preguntó quién era la usuaria de aquella cama vacía y entonces nos dimos cuenta de que Amanda no estaba en el dormitorio. Del colegio no había salido, según decían los porteros. Cundió la alarma. La buscamos en el dormitorio, en los salones, en los baños. No apareció por ninguna parte. Entonces se hizo entre nosotras ese silencio tirante que desatan las anticipaciones trágicas, el mismo que tiene lugar en los pasillos de un hospital cuando se piensa que el paciente no sobrevivirá a la noche, o en las salas de los aeropuertos cuando se anuncia que un avión no llegó a la hora esperada a su destino. Nos acostamos totalmente alteradas por el enigma. Debo confesar que, más que de preocupación, mi corazón estaba lleno de curiosidad. Conociendo a Amanda, sabía que cualquier cosa podía haber ocurrido.

Era una estudiante grandota para sus dieciséis años, con un cuerpo rotundo, como el de esas campesinas rusas u holandesas que vemos en las pinturas. Pero de campesina no tenía nada. Era la única de nosotras que sabía quiénes eran Marx, Freud y Camus. Se había leído *La náusea* al derecho y al revés, y la tenía toda subrayada y con anotaciones de su cosecha en todos los márgenes. Sufría de coprolalia, que es la tendencia patológica a decir obscenidades —eso me lo explicó ella misma—, aunque se cuidaba de exponer sus síntomas frente a los profesores. Se autopregonaba comunista, creo que para escandalizar a los

numerosos cristianos que nos rodeaban, y feminista en una época en que apenas empezábamos a conocer esa palabra. Era de pocas palabras y de sonrisa difícil, aunque tenía dos bonitos hoyuelos en las mejillas, pero cuando se requería sacaba de su bolsillo frases lapidarias, llenas de cinismo, que caían como piedras aplastando creencias o personas. Difícilmente se peinaba y la acompañaba siempre un ligero olor en las axilas.

Yo quería a Amanda. Me gustaban su desfachatez, su excentricidad, su disimulada ternura. Era como una foca remolona y hasta graciosa en su torpeza.

Desperté aterrada, pues había soñado con una ballena herida, sin cabeza, echando chorros de sangre sobre la arena. Lo primero que hice fue examinar la cama de Amanda, con la esperanza de que hubiera regresado a medianoche. Pero no. Estaba intacta, con su sábana templada como piel de tambor, tal y como la había dejado en la mañana. Estuve segura, entonces, de que se había escapado, pues ese era uno de nuestros temas de conversación: cómo remontar aquellos muros burlando los celadores y los perros, cómo escapar de nuestras guardianas en los paseos dominicales y huir para siempre del reino de Siemprelismo.

—¿Pero para dónde cogeríamos? —le decía yo.

—Para el monte, para dónde más —decía Amanda con gran convencimiento—. A vivir como el buen salvaje. Donde no necesitemos de nadie.

Cuando entramos a misa esa mañana, sin embargo, nos topamos con una escena singular: Amanda era sacada de la sacristía casi a rastras, con la cara abotagada y tambaleando, apoyada por un lado en el brazo de la hermana Leonie y por el otro en el del capellán libidinoso. Tenía los ojos inyectados en sangre, los labios morados y el uniforme sucio de un vómito asqueroso. Cuando, más allá de nuestro alcance, la sentaron en una silla, le quitaron los zapatos y el cura aprovechó para abrirle la blusa para que respirara, corrió la voz de que estaba borracha. Pensé que se debía haber bebido todo el vino de la sacristía. Pero luego llegó una ambulancia y se la llevaron, y un aire de desasosiego quedó flotando en el centro del patio, adonde empezaban ya a llegar las niñas externas.

Su regreso, ocho días después, estuvo rodeado de enorme misterio. Nos apeñuscamos en torno a ella como moscas, para preguntarle qué había pasado. Pero Amanda se limitó a repetir una misma frase, como si fuera una letanía: no puedo hablar, no puedo hablar, no puedo hablar. Aquello nos volvió locas. El secreto que ocultaba tenía que ser mayúsculo. Nos arrastramos, casi lloramos:

—¿Por qué no puedes hablar? ¿Por qué?

—Porque no.

Todas terminaron por cansarse. Sabían cómo era Amanda: una voluntariosa, una tozuda capaz de todo. Pero yo no iba a darle por vencida.



Algo en su mirada me decía que estaba necesitada de hablar con alguien, y ese alguien, lo decidí, iba a ser yo.

Rogar en esos casos, cualquiera lo sabe, no sirve de nada. De los ruegos de otros saca el empecinado su fuerza, su oportunidad de ejercer el poder persistiendo en su negativa. Así que pronto concebí una estrategia: si el dios de Amanda era el libro, si su único credo era la letra escrita, le enviaría una carta. Pero no una carta rosa, sentimental, ingenua, como la que habría escrito una de mis compañeras. No, una carta que hubiera podido escribir Pascal, o Descartes, o el mismo Heidegger. Es verdad que yo apenas si había oído mencionar esos nombres, pero mis escasos rudimentos filosóficos me hacían intuir cuál era el lenguaje que debía usar.

Decidí tomarme mi tiempo. Esa tarde, después de clase, en vez de ir a lo que llamaban salón de estudio, pedí permiso para ir a investigar a la biblioteca. Como eso no era lo corriente en un colegio donde las mismas monjas consideraban inaccesible cualquier saber que residiera en libros que no fueran de texto, la cuidadora de la tarde me dejó ir entre extrañada y satisfecha.

En aquella pequeñísima biblioteca, olorosa a guardado, el silencio era total. ¿Cómo no había explorado yo hasta entonces aquel lugar, que prácticamente nadie frecuentaba? Con el corazón anhelante, como si estuviera en una chocolatería, comencé a mirar los estantes, relamiéndome de satisfacción anticipada. Pero los títulos y los autores que mis ojos registraban me resultaron tan desconocidos que pronto me hundí en una total confusión. Casi todos los libros que allí había versaban sobre Derecho o Teología, y habían sido escritos por los padres de la Iglesia, o por fray Luis Amigó y Ferrer, el fundador de la orden Terciaria Capuchina. Ni Marx, ni Freud aparecían por ninguna parte.

Empecé a ojear aquellos mamotretos a ver si algo sugerían, pero en vano. Cuando ya me iba, vencida por el escepticismo, divisé unos tomitos ligeramente distintos, todos ellos empastados en una desvaída tela roja. Como por no dejar abrí uno de ellos y leí:

Vivir quiero conmigo,  
gozar quiero del bien que debo al cielo,  
a solas, sin testigo,  
libre de amor, de celo,  
de odio, de esperanzas, de recelo.

Me senté en la desoladora mesita destinada a los lectores y seguí leyendo los poemas de Luis de León. Al cabo de minutos o de siglos me distrajo el ruido de la campana que nos llamaba al comedor. Cuando me senté frente al inevitable

banano con crema que abría la comida y la monja de turno empezó la oración de acción de gracias mientras todas repetíamos sus palabras, como zombis, miré de reojo a Amanda y vi que tenía los labios muy apretados y los ojos clavados en el plato. En su gesto, que parecía de cerrera rebeldía, creí ver una enorme tristeza.

¡Escribir una carta, qué gloriosa pasión! Llenarla de adjetivos, de doradas arandelas, de ideas admirables, de efervescencias afectivas sabiamente contenidas. Todo esto en una caligrafía cuidadosa, que creaba sus efectos dramáticos haciendo girar levemente la estilográfica hasta lograr que los trazos más gruesos se disolvieran en líneas finísimas. Esteticismo, pasión, narcisismo. Enamoramiento de uno mismo a través de aquella tarea autoimpuesta.

En un descuido de Amanda puse la carta debajo de su almohada. El corazón me latía, en parte de orgullo, pues consideraba que había logrado una linda pieza, en parte de sobresalto, porque no sabía cuál sería su reacción. Durante dos días, Amanda, que a su regreso había hecho de la soledad su nicho —en los recreos la veíamos deambular por el bosquecito cercano, ensimismada y arisca, alejando a todas las intrusas con miradas desapacibles o frases destempladas—, se comportó como si no hubiera recibido nada. Pero dos noches después sentí que me despertaban con delicadeza. Mis ojos sorprendidos se toparon con los suyos. Con señas me invitó a que saliéramos del dormitorio.

—¿Y el perro? —murmuré yo, aterrada, pues las monjas nos decían que afuera del dormitorio había un enorme mastín vigilante que podía mordernos si nos atrevíamos a salir.

Vi su sonrisa, burlona mientras me arrastraba hacia la salida. Si nos pillaban, pensé, el castigo sería enorme. Pero me pudo la curiosidad.

Ya en el pasillo, Amanda me reconvino por haberme creído el cuento del perro.

—Tú te crees todo, gran marica. ¡Acaba ya de crecer!

Aquellas palabras surtieron en mí un efecto doble porque a su lado, y metida en mi pijama, me veía sin duda como un pigmeo. El hecho de que ella estuviera vestida de uniforme y con zapatos —¿a qué hora se había vestido?— y yo en cambio arrastrara dos aparatosas babuchas de pana que me había comprado mi madre, no sólo me ponía en desventaja sino en condición vulnerable. Nos deslizamos por el pasillo, pegadas a la pared como un par de salteadores, y luego bajamos las escaleras. ¿A dónde íbamos? Un vientecito cortante me puso a tiritar. Dejamos atrás el comedor, el salón de juegos, la lavandería, y llegamos al extremo norte del edificio. Más allá había un jardín enmalezado y una tapia rematada por botellas de vidrio desportilladas, creo que no tanto para liberarnos de posibles ladrones como para evitar una fuga. Se me

ocurrió, no sin espanto, que esta podía ser la propuesta que en silencio me estaba haciendo Amanda, pero por dignidad no dije nada. Caminamos por un senderito casi borrado por la hierba. Sentía en mis talones y en mis tobillos una tibieza húmeda que me incomodaba. Todo se hizo más oscuro.

—¿Qué vamos a hacer? —me atreví a preguntar.

—A trepar, dijo, señalando un árbol gigantesco que se recostaba contra la tapia.

Estuve a punto de devolverme. Siempre me han vencido las trochas empinadas, los puentes muy altos, los arroyos que hay que pasar saltando de piedra en piedra. Quise decir *no soy capaz*, pero un ataque de orgullo me hizo permanecer callada al pie del árbol. Entonces la psicóloga que dormía en el fondo de la excéntrica Amanda pronunció la frase definitiva:

—¿Quieres saber qué me pasó la otra noche?

Con el corazón brincándome de insana curiosidad contesté con fingido desdén:

—No especialmente.

Pero me apresuré a añadir, como haciéndole un favor:

—Pero si me quieres contar...

Con esto quería sugerir que mi carta era sólo un gesto solidario y no morboso, y además declarar que estaba dispuesta a escuchar sus desahogos.

Entonces Amanda le ofreció a mi pie el apoyo de de sus manos enormes y en un segundo estuve instalada en una de las nervudas ramas del árbol. Ella trepó detrás de mí con una agilidad que resultaba inverosímil en una osa de su tamaño, y me condujo más arriba, por un camino que evidentemente había transitado muchas veces. Allá, como ubicadas por algún duende, había dos tablas de tamaño considerable, sobre las que nos acomodamos. Entonces Amanda sacó un cigarrillo estropeado pero completo, lo encendió y lo aspiró apretando mucho los labios. En la oscuridad podía ver el mínimo brillo del fuego, volando como un insecto misterioso, y, de vez en cuando, la esclerótica de sus ojos. Después de dar otra chupada, Amanda dijo, muy poéticamente:

—Que luna tan hijueputa.

Y yo me dispuse a escuchar su historia.

Amanda había querido suicidarse tomándose un frasco de pastillas para dormir y media botella de vino de consagrar, que resultó tan dulce y tan ordinario que la hizo vomitar, lo cual le salvó la vida. Esta, al menos, era su versión.

Bastó que me contara eso para que ingresara definitivamente al altar de mis devociones, convertida en una santa aureolada de gloria. Un suicida era para mí la quintaesencia de la belleza trágica. Aunque prefería la imagen de un cadáver

desmadejado, con el rostro transparente y una ligera sonrisa, como había visto en ciertas pinturas, y no la de una chica ebria, con los ojos saltados y la pechera llena de vómito, su acción me parecía heroica, poética, misteriosa.

Hice la pregunta que el libreto arquetípico determina que debe hacerse en esos casos.

—¿Y por qué hiciste eso?

—La vida es una mierda —aseveró Amanda, mirando para otro lado.

Después de esa frase contundente parecía no existir la posibilidad de una réplica. Pero yo me las ingenié para lanzar mi anzuelo, temblando con la perspectiva de sacar a flote una historia gorda y maloliente como un pez barbudo. Amanda, sin embargo, supo hacer un esguince:

—Son historias muy sórdidas, y tú eres todavía muy inocente.

La palabra *sórdidas* me hacía cosquillas en toda la piel. Estaba ávida de saber cosas sórdidas, sucias, pecaminosas. Pero un cierto sentido de la decencia me hizo reprimir el morbo. En cambio, protesté:

—Ni creas que soy tan inocente.

—Pues lo pareces. En todo caso, no seré yo la que te quite la inocencia. Te llevo tres años, casi cuatro. Eso es un montón. Luego me daría culpa.

Amanda había dejado de fumar. Recostada contra el árbol parecía una enorme lechuga tocada por la muerte. Su mano regordeta se deslizó hasta la mía y la apretó. Yo la dejé entre la suya, muy quieta, sintiendo su palma acolchada y húmeda. Estuvimos un rato calladas hasta que ella rompió el hielo:

—Si te he contado mi secreto, que sólo las monjas saben y que está prohibido contar, es porque quiero agradecerte la carta.

Aproveché el elogio para hacerme la interesante y guardé silencio. Mi estrategia pareció funcionar, porque Amanda añadió:

—Estoy segura de que vas a ser escritora, ¿sabes?

Nunca se me habría ocurrido aquello, pero la idea me sonó atractiva y empezó a florecer en mi cabeza como un hongo deforme.

—Te traje una cosa —dijo Amanda, sacándome de mis ensoñaciones, y me entregó una manilla de distintos colores tejida en algodón.

—La hacen los indios —se apresuró a aclarar Amanda—, pero es que a mí no me gusta ponerme nada.

Ella misma me la ató al brazo. Entonces *sucedió* algo insólito. Y digo *sucedió* porque, como en los sueños, me vi de repente haciendo algo que jamás había pensado hacer: le di un abrazo intempestivo mientras los ojos dejaban salir unas lágrimas enormes. Contra todo pronóstico, Amanda se dejó abrazar. Entre mis brazos la sentía enorme, una mole pesada y tierna.

—Vamos a dormir —dijo Amanda, zafándose de mí lentamente. Y luego

añadió con deliberado desdén—: Lo que tú tienes es mamitis.

Así era Amanda. Agradecí a la noche su oscuridad, que disimulaba mi cara encendida, mis ojos aún húmedos.

—No se te vaya a ocurrir contar nada de lo que te dije —me advirtió.

Yo negué con la cabeza, y caminamos de nuevo hasta el dormitorio, cabizbajas.

En los primeros meses el internado había sido un infierno. Ahora era un limbo amodorrado donde las horas eran blancas, inanes, sin interés. La monotonía era rota de vez en cuando por algún suceso extraordinario, aunque esta expresión le quedara grande a casi todo. Mientras tanto, algunos procesos silenciosos y más o menos definitivos se habían ido dando, con consecuencias.

El primero: mi cuerpo, alimentado por toda clase de carbohidratos, se había ido ensanchando de una forma lenta pero constante que sólo se ponía en evidencia porque cada tanto debía mandar a hacerle retoques a mi ropa. Mi cara redonda volvió a parecerse a la de la bebé con capota de la foto. Por fortuna, en aquel lugar no había espejos de cuerpo entero, me imagino que por miedo de nuestras tutoras a que nuestra vanidad creciera en su misma proporción, tentando al maligno, que nos mostraría sus cachos y su cola en sus superficies azogadas si nos mirábamos más de lo necesario. Sólo tenía, pues, una intuición de mis transformaciones, que incluían las de mis senos, de los que por fin me sentía orgullosa.

El segundo: la biblioteca, siempre vacía, se había convertido en mi templo. Desde que entraba, su silencio absoluto y su olor a madera, a cuero y a cera de pisos, me causaba una especial sensación física, que me ponía en un estado intermedio entre la ansiedad y la placidez, dándole a mi respiración un ritmo distinto. Luego, cuando empezaba a leer, casi siempre poemas, un cosquilleo maravilloso, similar al que me producía aquella medicina que tomaba en casa de mi acudiente, me subía cada tanto por la columna vertebral, deliciosamente. No hablo —sería muy cursi— de placeres del espíritu que se traducían en estremecimientos. No. Mi goce surgía de recorrer aquellos renglones con mis ojos, de *sentir* cómo entraban en mi cuerpo aquellas palabras poniéndome la carne de gallina.

El tercero: mi relación con Gargaritas se hizo más estrecha gracias a mis descubrimientos en la biblioteca. Comunicarse con él no era fácil. Era un tipo cordial, sí, un profesor amable y solícito, pero con un poco de percepción uno se daba cuenta de que su mente casi siempre estaba muy lejos, mucho más allá —¿o más acá?— de las lindes del colegio. Cuando alguien le lanzaba una de esas preguntas inanes y perezosas propias de la indolencia adolescente, Gargaritas se

tomaba el trabajo de contestar, pero su mirada se hacía líquida, transparente, como si tuviera la capacidad de salir de sí con una pequeña parte de su ser, mientras la otra seguía apertrechada en su fortaleza, aquella de la que no salía sino por razones de peso. Su interlocutor, instantáneamente, y a pesar de lo concreto de su respuesta, se volvía invisible. Pero cuando la pregunta movía alguno de sus resortes más profundos, todo él era poseído por la fiebre. Su mirada, entonces, hacía que el otro existiera en toda su extensión, pero sólo como destinatario momentáneo de su reconcentrada respuesta, en la cual no sólo cada palabra pesaba como piedra, sino cada gesto, cada espasmo vibrante de su garganta desacompasada, que se desgañitaba en sus explicaciones.

Gargaritas, lo comprendí en algún momento —o quizá ahora, mientras lo escribo—, era un trascendental, un místico, un hombre de fe. Trabajaba en aquel colegio —después lo supe— porque, como hijo único, debía mantener a sus padres ya viejos, pero su anhelo era irse a Europa a doctorarse en Literatura. Como alguna gente, adoraba a sus padres y los apoyaba con gusto, pero a sabiendas de que si murieran su pobre vida alcanzaría por fin un cierto vuelo.

Empecé a mostrarle mis pequeños poemas para que me diera su opinión. Gargaritas se los llevaba para su casa, y al cabo de cuatro o cinco días me llamaba después de la clase y me daba su juicio implacable. La pequeña hojita venía siempre llena de rayones, de flechas, de consejos escritos con letra minuciosa. Pero en vez de entregármela, sin más, repasaba frente a mí cada una de sus anotaciones, con una pasión digna de mejor causa. ¿Tendría una vida tan aburrida que aquel ejercicio constituía para él algo digno de entusiasmo? Aquellos encuentros eran cortos, directos, impersonales. Sólo al final de sus observaciones Gargaritas se permitía mirarme a los ojos unos breves instantes y sonreír.

—Persevera —decía siempre, y esa palabra salía de sus labios como una pequeña convulsión llena de erres.

Cuando el choque de palmas de nuestra Veladora nos despertaba, debíamos salir corriendo, si nos tocaba el primer turno, con nuestro atadito en las manos: jabón, talcos, desodorante, ropa interior, todo envuelto en una toalla. Pero en razón de una de esas extrañas reglas imperantes, el envoltijo no podía dejarse listo desde la noche anterior, sino que debía improvisarse. Como el tiempo apremiaba, algunas, de vez en cuando, hacíamos trampa, y lo camuflábamos entre la ropa o debajo de las cobijas. Una noche cualquiera fuimos despertadas con las mismas palmadas, pero a una hora insólita: las once de la noche. La Veladora nos ordenó destender las camas para poner en claro si la orden estaba siendo cumplida. Cuatro alumnas quedamos en evidencia: allí estaba el

envoltorio acusándonos de ser, como mínimo, previsivas. Mientras las demás volvían a acostarse, a nosotras se nos dio la orden de salir al corredor con el cuerpo del delito en las manos. Como condenadas al fusilamiento, vestidas con nuestras pijamas, hacíamos cábalas mentales sobre cuál sería el castigo. Bajamos escaleras, cruzamos el patio, llegamos al borde del barranco. ¿Sería en ese lugar el ajusticiamiento? Recordé al pobre Dostoievski, a quien, en el último minuto, y ya con el credo en la boca, como diría mi madre, le fue concedido el indulto. Entonces la orden nos fue dada: debíamos botar al abismo todo, excepto la toalla.

Temblábamos, tal vez porque un ligero viento frío había empezado a soplar, o tal vez de miedo o de rabia. La primera de nosotras botó su atado al vacío. La Veladora nos instó a las demás a hacer lo mismo. Miré a mis compañeras. La que estaba más lejos era Aurora, una muchacha provinciana, de manos enrojecidas, sin ningún rasgo relevante. Había cumplido la orden y enseguida se había retirado unos pasos del grupo. La que la seguía era una chica más pequeña, sin nombre conocido, que lloraba aferrada a su envoltorio como si este contuviera los elementos necesarios para sobrevivir en una isla desierta. Mi vecina era Ketty, la mujer pescado, que en un extraño gesto que no se entendía si era retador o más bien torpe, había botado los elementos de aseo, pero no al barranco sino a sus pies. Su caja de talcos estaba rota, de modo que estos casi habían tapado los calzones y el sostén de un horrible amarillo pálido. Miré luego a la Veladora, que parecía una figura de yeso, una monja de pastillaje adornando la cima de un pastel. Mi cerebro dio tres vuelcos, en mis ojos estalló una luz fosforescente. La Veladora recibió un golpe sonoro y su espinazo traqueó al caer, muerta, al suelo. La Veladora cayó al barranco dando gritos. La Veladora me miró con ojos de pánico antes de que mis manos estrangularan su blanco cuello de paloma.

Cuando mi cerebro volvió mansamente a su puesto vi otra vez la sonrisa impecable de la monja brillando como una sierra en la oscuridad.

—¿Y tú, qué esperas?

—Morirme, dije entre dientes, y salí corriendo hacia quién sabe Dios dónde, con las sienes latíendome, el envoltijo apretado a la altura del pecho y el corazón lleno de odio.

El castigo que se me impuso fue el que correspondía a las faltas graves, el mismo que le había correspondido a Amanda la noche de su frustrada fuga: permanecer encerrada cuatro horas en «el cuartito», un sitio pensado para tal fin, sin nada que me hiciera compañía: ni un libro, ni un cuaderno, y ni siquiera una sogá con la que pudiera ahorcarme. Me di a la meditación, pero no precisamente

tratando de elevar mi espíritu del charco excrementicio de la culpa, sino solazándome en las más deliciosas ideas malignas: hacer arder la celda de la Veladora con ella adentro, apoderarme de sus hábitos mientras dormía, amarrarla a su cama y hacerla morir a punta de cosquillas. Ninguno de aquellos pensamientos perversos logró calmar mi humillación y mi rabia.

Dos días después, un sábado por la mañana, amanecí con una enfermedad grave: tenía la garganta reseca, el corazón lleno de aleteos y el pensamiento concentrado en un solo punto. Me llevó un buen rato comprender: me había enamorado. ¿De quién? Del único hombre que tenía a mi alcance.

Como en todas las ocasiones —pocas— en las que me he enamorado, la primera señal me la dio un sueño. En él vi a mi profesor de Literatura deambulando por un corredor infinito, con los brazos extendidos hacia adelante, como un ciego que tantea la oscuridad. Yo, desde un rincón, hacía rodar hacia él bolitas de cristal de colores muy brillantes, de esas con las que juegan los niños. Él se detenía, como escuchando, y guiado por el sonido se agachaba, las atrapaba y las metía en su bolsillo. Me desperté con una sensación ambigua, pero también con la certeza última de que algo en mi vida había cambiado.

El sueño, la sensación, la certeza, produjeron, en el plazo de doce horas, un objeto a la vez encantador e imperfecto: un poema de amor. Como ya conté, llevaba tiempo escribiendo poemas. En un cuaderno de pasta dura se iban apilando como conejos, unos tiernos y otros feroces. Los escribía en mi templo, llena de arrebatos místicos, concentrada como un minero en su veta, en busca de la palabra preciosa. Si alguien se acercaba yo fingía leer en el libro que permanecía siempre abierto a mi lado.

Pero el poema que ahora empezaba a brotar del centro mismo de mis entrañas era de una especie novedosa y, por lo mismo, merecía engendrarse en un lugar distinto al habitual. Un lugar igualmente íntimo, pero donde se respirara un aire distinto del de mi templo, que traía, en últimas, olor a cera de pisos. Después de almuerzo, mientras las pocas niñas que quedaban en el internado dormían una siesta, yo me deslicé hasta el árbol de Amanda. Como si mi nuevo estado me impulsara hacia las alturas, trepé hasta las tablas con una facilidad de la que yo misma quedé asombrada. Ya allá saqué de mi mochila el cuaderno y empecé a luchar por darle forma al incendio que llevaba adentro.

Desde el primer momento sospeché que aquel amor era imposible. Y no tanto porque el orden carcelario que me oprimía no concibiera un romance entre una chica de catorce con un hombre que me doblaba la edad, cuanto porque me sabía poco deseable en medio de aquel harén, a pesar de que en él la belleza no



era mercancía corriente. Yo era una adolescente con los dientes montados y un montón de pecas sobre la nariz. ¿Quién podía quererme así?

Tan convencida estaba de mi derrota que firmé capitulaciones antes de emprender la guerra. Decidí que esta la daría sólo en el papel y en el más grande secreto. Nadie debía saber ni una palabra, ni siquiera la ruda Amanda, que ahora me dedicaba parte de sus ratos libres. Se burlaría de mí. Porque, además, ¿cuál era el encanto que tenía Gargaritas? Me hice esta pregunta con la misma solemnidad con que los griegos se preguntaron por el origen del universo. Comprendí que me importaban un culo —se me había contagiado la coprolalia de Amanda— los conocimientos de Gargaritas, sus arrobadas disquisiciones sobre Literatura. Nadie se enamora de otro por lo que sabe, y ni siquiera por sus talentos. Lo que había sucedido era que había descubierto, de golpe y porrazo, su belleza, que había estado vedada a mis ojos y, por lo que parecía, a los de las demás. Es verdad que era un ser tímido, gafufo, no especialmente viril, vestido con desaliño. Y sin embargo, qué bella era su frente, su manera de arrugar la nariz, su sonrisa de medio lado, su olor a cigarrillo y a menta, el accionar de sus manos en el aire. Hasta su tartamudeo, que le enrojecía el pescuezo, resultaba encantador. Ay.

Esa belleza era extensiva a su nombre, que recuperé borrando de un trazo el repulsivo apodo que se habían atrevido a ponerle. Escribí Robertorobertoroberto en páginas enteras, y a medida que lo escribía descubría emocionada sus ritmos redoblantes, la contundencia de sus oes, la fuerza masculina de sus consonantes. Ay.

El lunes, cuando Roberto entró a clase, sentí que me ruborizaba hasta la raíz del pelo, como si en la frente llevara un letrero con mi declaración de amor. Mientras hablaba de Gogol, con la mirada clavada en aquel punto imaginario entre el techo y nuestras cabezas, yo besé su cabeza despeinada, repitiendo dentro de mi cabeza *Oh, si él me besara con besos de su boca*, sus orejas perfectas, *tu nombre es aroma penetrante*, sus mejillas azules rasuradas a medias, *llévame en pos de ti: ¡Corramos!*

Entonces, ¿el amor era esto? Todo lo que había sentido hasta ese momento de mi vida me pareció enclenque, debilucho, irrisorio. Mis pulmones se llenaron de aire. Tenía que contenerme para no volar.

Un amor imposible, sin embargo, duele y duele y duele. Pero qué dulce es su dolor. Yo lo acumulaba en el día, incienso, mirra y oro, y lo dejaba salir en la noche, debajo de la manta con la que tapaba mi cabeza. Nunca había estado tan muerta ni tan viva. Me levantaba transfigurada por los sueños, llena de una ansiedad sin reposo, con los ojos extraviados como los de una enajenada. Perdí

el apetito: mi estómago estaba otra vez lleno de nudos. Y cuando sonaba la campana que anunciaba el final de las clases, me las ingeniaba para instalarme en mi atalaya, para mirar cómo, en medio de los ejércitos que se dispersaban, mi joven guerrero se alejaba con paso firme, llevando en la mano su raída maleta de cuero llena de libros.

Un día cualquiera, cuando ya iba a retirarme con mi escueto botín en la mirada, Roberto, como en una escena de película, se volteó de repente hacia donde yo estaba, como si supiera que lo espiaba cada tarde, sonrió con sus treinta y dos dientes y me dijo adiós con la mano. Mi alma cayó al suelo, desvanecida, pero mi cuerpo permaneció enhiesto, lleno de fortaleza, y respondió con un gesto grave, moderado y oportuno. En ese momento vi que alguien estaba parado detrás de mí. Como si se tratara de mi reflejo en un espejo, hacía lo mismo que yo: levantar la mano, inclinar ligeramente, con timidez, la cabeza y sonreír. Era Amanda.

Si mi amor por Gargaritas fue una coartada que mi mente encontró para derrotar el odio que me inspiraban la Veladora, las otras monjas, el capellán y, en fin, el orden abyecto que me oprimía, yo no lo sé. Sí que se convirtió en mi cuerda salvadora, en mi escala de luz, en un grano de oro debajo de mi lengua. Mi odio, que de todas maneras seguía vivo, se había convertido, por el momento, en un perrito enteco que apenas si ladraba.

El amor, ya se sabe, convierte el mundo en un repertorio de metáforas. Desde que aparece, todo traduce, simboliza, comunica. El mundo se enciende, las palabras se encienden. Mis poemas me leían a mí, pero también leían mi pasión en la luz, en la música, en las sombras que bailaban sobre las paredes del colegio. El tiempo se estiraba y se comprimía caprichosamente, como mis chicles. Las noches hervían. Los amaneceres acezaban. Las mañanas que comprendían a Gargaritas eran efímeras, los fines de semana eternos.

Querer así me hacía quererme, olvidarme del cuerpo en el que mi ser verdadero habitaba. Al contrario de lo que podía esperarse, mi rendimiento académico se multiplicó. Ya no tuve asco de los animales que abríamos en el laboratorio ni aburrimiento trigonométrico. En recreo saltaba lazo con mis compañeras, en gimnasia me sentía orgullosa de mis abdominales. Y es que, así como los santos se sacrifican minuto a minuto porque creen que Dios los ve, yo sentía que unos ojos imaginarios me perseguían por todos los rincones. En la oscuridad de mi secreto yo quería brillar para Gargaritas.

Entonces ocurrió un segundo milagro: en medio de la planta más bien humilde que hasta entonces yo había sido, comenzó a crecer una flor carnosa,

llena de obstinación y osadía: una forma de reaccionar frente al amor que ya no iba a abandonarme nunca. En uno de mis insomnios concebí una idea tan audaz y fascinante que me puso a sudar, pues comprendí que en el fondo de mí alguien había decidido que la pasión contemplativa diera paso a la acción.

Habría querido que amaneciera de inmediato para empezar con mi plan. Pero aún después de levantada tuve que armarme de paciencia, pues lo que me proponía demandaba tiempo y soledad. Por fin llegó la hora. Después de clases, en el salón de estudio, comencé mi tarea: una carta breve dirigida a Gargaritas. La primera de varias que irían a parar a sus manos sin que supiera quién era la destinataria.

Una cosa tenía clara: ninguna de ellas hablaría de amor, ni tendría destrezas excesivas, ni lacrimosidades, ni falsas pistas. Serían cartas sencillas, sin mayores ambiciones poéticas, y, sin embargo, deslumbrantes, reveladoras, bellas.

Me llevó casi una hora escribir un párrafo y quince minutos pasarlo en limpio en una de las hojas del *block* en el que le escribía a mi madre. Sólo recuerdo tres palabras: agua, ausencia, cardumen. Esta última, que consideraba bellísima, me daba escalofríos. Luego puse como firma —porque hasta la carta más anónima debe llevar firma— una poco imaginativa equis en cuidada letra gótica.

Mi corazón daba saltos cuando la doblé, la metí en un sobre y sellé este pasando la punta de mi lengua por su goma. Pero amenazó con infartarse cuando, aprovechando la oscuridad, me acerqué como un ladrón hasta los casilleros e hice que se deslizara en la ranura del que estaba marcado con las iniciales de Gargaritas.

Era mi consagración como autora de epístolas, mi apoteosis creadora. Quizá ese fuera mi verdadero destino, en vez del casi inalcanzable de poeta, papel que había venido desempeñando con irresponsabilidad.

Esa noche tuve hermosos sueños compensatorios. En aquella mazmorra —ah, qué palabra— en que me consumía, por fin mi vida tenía sentido.

Amanda parecía ahora convivir mejor con sus demonios. Seguía comportándose de una manera arisca, hablando sola por los corredores, trepándose a fumar en su árbol cuando nuestras guardianas se descuidaban, desapareciéndose sin explicación durante horas. Las monjas parecían decididas a tolerarla. Pero a menudo se me acercaba y, sentadas al borde del barranco, teníamos largas conversaciones. Llegábamos ya al fin de curso, ella iba a recibir su grado, y tendríamos que separarnos. Unas veces decía que iba a estudiar Medicina, otras que Filosofía, otras que se iba a ir con una tía suya que vivía en Australia. Hablábamos de la existencia de Dios, de si había o no destino, de si la

gente era mala por naturaleza. Cuando estos eran los temas yo quedaba agotada. La silenciosa Amanda se llenaba de argumentos, aunque parecía que se los decía a sí misma. A menudo remataba sus sesudos discursos con aquella frase lapidaria, tan suya:

—La verdad, la vida es una mierda.

En alguno de aquellos días yo le pregunté qué opinaba del amor. Se quedó pensando unos momentos y luego dijo:

—Que es como el algodón de dulce.

Yo requerí una explicación menos metafórica.

—Primero a uno le gusta, después empalaga y al final se convierte en aire.

La comparación me pareció genial pero totalmente mentirosa.

—No creo. Hay amores que duran toda la vida —me aventuré a decir.

Era una idea nueva en mi cerebro, alentada por mis nuevos sentimientos.

—Sigues siendo muy infantil —dijo Amanda, a sabiendas de que esta afirmación era la que más me ofendía. Y añadió—: Estás enamorada, ¿verdad?

Debí ponerme granate.

—No —dije, con un laconismo sospechoso, tomando aire.

—Sí, estás enamorada —dijo, riéndose. Se te ve con sólo mirarte.

—¿De quién iba a estar enamorada? —protesté—. ¿Del cura?

Sentí una rabia repentina, que hizo que los ojos se me llenaran de lágrimas. Agaché la cabeza para que Amanda no me viera, mientras oía su risa burlona.

—Pues del cura, o de una monja, o de una compañera...

La oí con cierto horror. Nada de esto se me habría ocurrido nunca.

—Estás loca. Eres una perversa —dije, sin mirarla.

—¿Por qué? ¿No sabes lo que pasaba con el amor de los griegos?

Mientras mi cerebro seguía de lejos la disquisición culta que Amanda había empezado, me pregunté por qué no se le habría ocurrido pronunciar el nombre de Gargaritas. Tenía miedo de oírlo y miedo de no oírlo. Cuando terminó aquel blablabla erudito le dije, con toda la convicción de que fui capaz:

—Sabes muchas cosas. Pero de la vida no sabes ni mierda.

Me las ingení para echar en el casillero de Gargaritas cinco cartas más, una por semana. Me desvelaba pensando qué sentiría al abrirlas, qué pensaría al leerlas. Estaba casi segura de que jamás sabría que era yo la que las escribía. Gargaritas era un esclavo: daba clase en todo el bachillerato, seis cursos en total, cada uno de veinticinco alumnas. Yo escribía mis cartas con tinta negra y no con mi peculiar estilógrafo de tinta verde, en una de las muchas letras que sabía hacer, que no era la Palmer que nos exigían y sobre un anodino papel blanco. Un caso como para Sherlock Holmes.

Nada en su actitud pareció cambiar. Seguía siendo el mismo, un poco alelado, un poco ido. Por eso el día en que, al terminar la clase, me llamó por mi nombre, sentí que la sangre se me bajaba a los pies. Fui hasta su escritorio tratando de disimular mi terror e invocando secretamente al Dios que yo misma había abandonado hacía unos meses. Gargaritas me pidió, como siempre lo hacía con aquellas con las que quería hablar en privado, que saliéramos al corredor. Como debió darse cuenta de mi turbación me preguntó qué me pasaba. Yo, amiga de lo clásico, le dije que tenía dolor de cabeza.

—Mírame —dijo.

Era la primera vez que Gargaritas me pedía una cosa así. Levanté mis ojos y me encontré con los suyos. Jamás los había tenido tan cerca. Detrás de las gafas de aumento se veían como dos girasoles de oscura corola. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener la serenidad, pero de todos modos sentía que me brincaba el labio superior.

—Quería preguntarte una cosa... —empezó.

—¿Qué? —respondí, convertida en estatua de piedra.

—¿No has vuelto a escribir poesía?

—No, mentí.

—Pues es una lástima —dijo—, porque tienes mucho talento.

Para el amante las palabras del amado siempre están llenas de significados ocultos. Si Amanda hubiera dicho esa frase sólo querría decir eso: *es una lástima porque tienes mucho talento*. Dicha por Gargaritas podía significar: 1) Que me estaba tendiendo una trampa a ver si me delataba, pues si yo ya no escribía poemas era porque ese tiempo se lo estaba dedicando a las cartas anónimas. 2) Que era un ingenuo que seguía haciendo las veces de maestro, lo cual significaba que pensaba que *otra* le escribía esas cartas. 3) Que no había encontrado otra forma de declararme su amor y que esas palabras convencionales equivalían a decirme: ¡te quiero!

Cualquiera de aquellas tres posibilidades me llenaba de terror. ¿Cómo debía responder a aquel cumplido sin parecer una tonta, sin delatar mi culpa o los celos que repentinamente me atacaban? Por fortuna no tuve que contestar nada, porque Gargaritas me hizo de repente otra pregunta:

—¿Quién te regaló esa pulsera?

Se refería a la cintilla de colores que me había regalado Amanda. El otro yo, el que toda la vida me había dictado al oído perversidades, me hizo contestarle algo que me sorprendió a mí misma:

—Alguien que me quiere mucho.

Lo burdo de mi artilugio me hizo sonrojar. Entonces vi que Gargaritas se turbaba por un segundo.

¡Ay, entonces me amaba!

Sentí que no me quedaba ni una gota de saliva en mi boca. Pero antes de que este pensamiento acabara de cuajar, Gargaritas me mostró, alzando un poco el puño de la manga, una manilla idéntica a la mía.

—Mira qué curioso. Tienen los mismos colores. Las hacen los indios. Me compré una para mí y le regalé otra igual a alguien a quien también yo quiero mucho.

Dos semanas después empezaron los exámenes finales y todas debimos concentrarnos en no perderlos. Los horarios cambiaron: ya no había clases, cada mañana estaba ocupada por un examen distinto, atterradoramente largo y amenazador, y las tardes las pasábamos en el salón de estudio o desperdigadas por el patio, estudiando en grupos o individualmente. A la entrada al examen uno de los ángeles diabólicos que nos custodiaban nos toqueteaba por todas partes en busca de evidencias de trampa. *No se puede sacar libros, mirar a los lados, prestarse implementos*, nos advertían. En nuestro país, como ya dije, se presupone siempre que somos culpables.

El desasosiego debe ser uno de los castigos infernales. Estaba invadida de dudas, de sospechas, de dolores. Ya Gargaritas no aparecía sino muy brevemente por el colegio. En quince días todo habría acabado, yo volaría de nuevo a mi ciudad, a pasar unas vacaciones atroces lejos de lo que ahora era mi único regocijo y tormento. Sólo pensarlo convertía mi corazón en un amasijo sangriento.

Mi mente empezó a maquinarse. ¿Hasta dónde llevar las cosas? ¿Me la jugaba toda hablando con Gargaritas? ¿Sería capaz de revelarle mi amor, de preguntarle a quién le había regalado su manilla, si debía resignarme a vivir sin que me mirara por los siglos de los siglos?

Con esas preguntas zumbándome en el cerebro pasé toda la semana, sin lograr concentrarme enteramente ni en las Guerras Púnicas ni en la cadena alimenticia. El último examen, el de Literatura, estaba previsto para un lunes. Una semana después, una vez entregadas las notas y presentados los remediales, sería libre, es decir desdichada para siempre. Amanda se ofreció a estudiar conmigo el examen de Literatura durante el fin de semana. Me extrañó. ¿No tenía ella que dedicarse a estudiar el suyo?

—Me eximieron —me explicó—. Es Filosofía y todos los meses saqué cinco.

Acepté: su compañía haría menos difíciles mis horas.

Logré sortear así sábado y domingo. Amanda acabó de revelárseme: era una persona de enorme carácter que sobre cada libro tenía opiniones propias, a

menudo desconcertantes, lejanas de las más convencionales de Gargaritas. Su sentido del humor era notable, su ironía devastadora, su capacidad enciclopédica infinita. Comprendí que toda su rebeldía, su deseo de libertad, su infinito sentido crítico y, por consiguiente, su desacuerdo con el mundo, nacían de su contacto con los libros. Entonces recordé que Marina Tsvietáieva escribió en una carta: «Quien ha leído mucho no puede ser feliz. Porque la felicidad es siempre inconsciente, la felicidad es la inconsciencia». Me habría gustado decirle a mi padre que así es como la tinta envenena.

El poder que tenía Amanda de establecer relaciones me dejaba con la boca abierta. En un segundo podía encontrar el hilo que unía un verso de Quevedo con una línea de un cuento de Chéjov o un dato biográfico de Domínguez Camargo. El domingo en la noche me dormí con la impresión aterradora de que Amanda era un genio. Y con una determinación: a la hora de entregar el examen me la jugaría toda entregándole a Gargaritas la última carta que le había escrito, a la que agregaría dos cosas: unos versos de Miguel Hernández que me sabía de memoria, a modo de epígrafe:

Mi corazón no puede con la carga  
de su amorosa y lóbrega tormenta

Y la solicitud apremiante de que me diera una cita.

Amanecí con náuseas. Como en otros momentos debí correr al baño y meter mi dedo en la garganta para tratar de evacuar lo inevacuable. Me sobrepuse, pero aun así no pude probar bocado al desayuno. Llegué al examen de Literatura marchita y desaliñada, sin alientos, pero decidida a llevar a cabo lo que me había propuesto. Como no podíamos llevar en la mano sino el estilógrafo, doblé cuidadosamente mi carta y la oculté en el pequeño nicho formado entre mis senos. Con la determinación del que sabe que lo empezado no tiene marcha atrás, contesté una a una las preguntas con deliberada parsimonia. La alumna que iba terminando las pruebas entregaba sus hojas y salía al corredor. Yo calculé quedarme entre las últimas. Cuando el salón estaba ya convenientemente vacío, me acerqué a Gargaritas con aire inocente, entregué mi examen, y luego, cuidándome de mirarlo a los ojos, puse en sus manos mi carta doblada en cuatro y todavía caliente.

¿Haría caso Gargaritas de mi osada propuesta? En tal caso, ¿qué estrategia usaría para acercarse a mí en aquel gineceo controlado por buitres?

Me hacía estas preguntas, pero en mi interior ya había comprendido que

sólo me esperaba el fracaso. Como un enfermo que camino al médico y después de leer la palabra *carcinoma* en los exámenes de laboratorio, se empeña en creer que tiene que haber una equivocación, así yo me ilusionaba con un imposible. Había comprendido que mi derrota amorosa implicaba no sólo a Gargaritas. Y mi intuición no me falló.

El miércoles, a la hora de la siesta, y mientras las internas estaban casi todas en el dormitorio, Amanda me invitó a que fuéramos al árbol. Ya arriba, encendió un cigarrillo que traía entre la media, y empezó a hacer anillos de humo, prueba de que estaba nerviosa y dilatando alguna conversación. Pero muy pronto llegamos al meollo de la cuestión. Faltaban dos días para que las internas nos desbandáramos y ella debía volver con su madre.

—Me odia —dijo.

Vi la oportunidad de penetrar, por fin, en su secreto. Le pregunté por qué la odiaba. Lo que me contó era apasionantemente sórdido. En efecto, tal y como se rumoraba, su padrastro se había enamorado de ella, asediándola. Amanda no había querido decirle nada a su madre, pero esta no había tardado en darse cuenta y la había tratado de puta. El matrimonio se había disuelto, la madre la había enviado a ella al internado, y ahora debía volver a su casa. Quise preguntarle si había accedido a los requerimientos de su padrastro, pero me dio vergüenza.

—Ya sé lo que estarás pensando —dijo—. No te hagas la güeva.

Hice la cara que hay que poner en esos casos.

—No me acosté con él, como cree mi mamá. Pero estoy enamorada, que es peor.

Entonces metió la mano en su mochila, sacó de ella un sobre de Manila, y de él un montón de papeles.

—Son sus cartas.

Eran muchas. Me fue leyendo de aquí y de allá párrafos que tenía subrayados. Estaban tan maltratadas que vi que las había leído mil veces.

No me parecieron, en absoluto, geniales. Estaban bien escritas, eran dulces, inteligentes, pero *no tenían estilo*. —No es un intelectual —anotó Amanda, como si leyera mis pensamientos—. Pero así y todo yo lo quiero.

La idea de que se hubiera enamorado del marido de su madre me daba escalofríos. Todo era a la vez pecaminoso y fascinante. Me dediqué a hacer preguntas: supe así que su amado tenía cuarenta y dos años, que era veterinario, que medía casi dos metros.

—¿Y cómo te llegan las cartas? —le pregunté, suponiendo, claro está, que no venían por los mismos conductos regulares por donde venían las de nuestros padres y hermanos. Me explicó que su enamorado las ponía, de noche, en un



agujero que habían descubierto en la tapia. Una historia de amor del siglo XVII.

—Pero hay otra cosa —anunció Amanda, sacando del manojó de cartas tres hojitas—. Te cuento esto pero me guardas el secreto.

—Claro que sí —dije yo.

—¿Me lo juras? —Extendió su mano y yo choqué con ella la mía.

Lo que me mostró no era sino la prueba demoledora, aplastante, de lo que ya sabía mi pobre inconsciente.

La letra de Gargaritas era distinta de aquella con la que hacía anotaciones al margen de nuestros trabajos. La de la carta era pequeña, temblona, de rasgos agudos. La de un enajenado mental. O la de un enamorado, que es la misma cosa. Era una carta retórica, con dos citas incluidas y varias metáforas, la típica carta con la que alguien que se siente muy culto y con alma de poeta pretende seducir al ser amado. Es decir, idéntica a las que yo misma le había estado enviando durante el último mes y medio. En ella le declaraba su amor a Amanda, le decía que esperaría pacientemente a que se graduara del colegio, y le pedía encarecidamente dos cosas: un teléfono donde pudiera localizarla, y que le guardara el secreto. También hacía alusión a la manilla, y le reclamaba por no llevarla puesta. No firmaba (lo que me confirmó que era un cobarde), pero sí ponía, a manera de epígrafe, los mismos versos de Miguel Hernández que yo había escogido. Llevaba fecha del 14, o sea del día del examen de Literatura.

Mi cerebro buscaba afanosamente un lugar dónde poner lo que acababa de oír. Es verdad que esta información existía ya de alguna manera en mi mente, pero una cosa es intuir y otra saber. Recibí la noticia como un golpe en el estómago que me dejó sin aire. Sólo acaté a preguntarle a Amanda cómo había hecho Gargaritas para entregarle esa carta. Me explicó que la había puesto entre las primeras páginas de un libro de Salinas que él le había regalado.

Aquella misma tarde nos repartieron notas y nos pidieron que hiciéramos nuestras maletas. Al día siguiente nuestros familiares o nuestros acudientes vendrían a buscarnos. Cuando estábamos acostándonos se desató un aguacero torrencial. Dios se comportaba como un poeta: el universo entero lloraba mi propia pena.

Razón y sentimiento habían entrado ya en feroz combate: quería morirme de pensar que mientras yo escribía aquella carta sublime a Gargaritas, la última, la más intensa y la más íntima, en la que me desenmascaraba en forma voluntaria y desvergonzadamente le pedía que me diera una cita, él estaba haciendo lo mismo pero pensando en Amanda.

Pero no sólo me parecía perfectamente posible enamorarse de ella, sino

apenas natural que Gargaritas, cuya alma estaba hecha de una materia distinta a la de la mayoría de los humanos, se hubiera vuelto loco por ella.

Quería morirme de pensar que yo misma le había revelado el método para acercarse a Amanda.

Pero comprendía que la carta de amor, en general saturada de almíbares y rebuscamientos, es un arma universal, uno de los derechos fundamentales del hombre.

Quería morirme de desesperación y de celos. Pero no hay nada más difícil que morirse de pena.

Lo que no podía entender, lo que era imposible de perdonar, es que Gargaritas hubiera robado mi precioso epígrafe.

Mi divinidad sin resquicios, mi tótem, mi montaña sagrada, era mortal. Y además inelegante, sin imaginación y hasta cierto punto mezquino. Sí, la vida era una mierda.

A la mañana siguiente Amanda no amaneció en su cama. A las diez, mientras empezaba a llegar nuestra parentela, concluimos que se había escapado. Muy probablemente había salido a medianoche, con su mochila a cuestas. Entendí entonces por qué me había hecho sus confidencias: eran un regalo de despedida.

¿Se habría volado con el marido de su madre? ¿Se habría tirado desde un puente? ¿Habría corrido bajo la lluvia, como una demente, sin saber bien a dónde ir?

Ay, Amanda era tan superior a mí.

Ciertas cosas no me quedaban claras, sin embargo: ¿el desvelamiento que había hecho del amor de Gargaritas por ella había sido un acto inocente o deliberado? ¿Había querido bajarme de golpe de mi ilusión usando cierta dosis de crueldad? ¿Pensaba que la verdad, aunque dura, es absolutamente necesaria? ¿Volvería a verla?

La gran virtud del enamoramiento es que no tiene razones. Y esa es también su perdición. Al ser su naturaleza caprichosa, está amenazado por todo tipo de arbitrariedades.

No diré que mi adoración por Gargaritas se resquebrajó con la misma facilidad con que se vino abajo mi encantamiento por Simón, sólo porque hacía ruido cuando comía zanahoria. Pero, también esta vez en cuestión de horas, y por culpa del robo tal vez insignificante de mi epígrafe, mi sentimiento había mutado: lo quería, sí, pero como se quiere a alguien a quien se quiso mucho. No sólo empezaba ya a ser un recuerdo, sino que mi yo se atrevió a mirarlo desde

arriba, como se supone que Dios mira a sus criaturas. Empezaba a entender, con dolor y alivio, que Gargaritas era una invención engendrada en mi soledad, otro poema más, un tanto chueco, aunque deseoso de trascendencia y de belleza; un personaje ficticio como los que él trabajaba en clase y como algunos que, en el futuro, iba yo a amar equivocadamente por culpa de mi imaginación literaria.

No vi a Amanda nunca más ni supe nada de ella, como si se la hubiera tragado la tierra. A la que vi, muchos años después, fue a Zonja. Era, tengo que decirlo, una mujer que seguía siendo bella. Pero estaba entrada en carnes y llevaba un vestido sastre negro de lo más vulgar, y unos zapatos muy altos, de *femme fatal*, del mismo rojo de aquellos de bailaora que usaba en la infancia. Reconocí en su boca el mismo rictus desdeñoso de cuando era niña, y la misma mirada llena de aplomo, pero lo que antes me enamoraba en su gesto me resultó ahora bastante desagradable. Estaba casada con un piloto y tenía un par de gemelos. Toda ella era vulgar, ordinaria, sin encanto.

Ah, la vida es una mierda.

Mi acudiente, muy amablemente, me llevó al aeropuerto. Nos despedimos con un abrazo y mientras se lo daba me di cuenta de que mi cariño por ella era tan grande como mi lástima.

Mis padres me estaban esperando con una sorpresa: no volvería al internado. Ahora iba a estudiar en un colegio secular, pequeño, mixto, que quedaba en las afueras. Un colegio moderno, con innovaciones pedagógicas. Adiviné lo que eso quería decir: para alumnos problemáticos. Me pareció una magnífica noticia.

Mis hermanos, que habían crecido varios centímetros, me miraron como a una extraña, aunque trataron de disimularlo. Lo comprendí hasta cierto punto cuando entré a mi cuarto y en el espejo de cuerpo entero me vi desnuda por primera vez en un año: era yo, claro. Pero, cómo negarlo, era otra. Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Nomos Impresores, en el mes de abril de 2010, Bogotá, Colombia.



© 2010, Piedad Bonnett

© De esta edición:

2011, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.

Carrera 11 A # 98 – 50 Oficina 501

Teléfono (571) 705 77 77

Bogotá, Colombia

[www.alfaguara.com/co](http://www.alfaguara.com/co)

ISBN ebook: 978-958-758-195-9

© Imagen de cubierta: Marvin Koner/Corbis/LatinStockColombia

Diseño de cubierta: Ana María Sánchez B.

Conversión ebook: KIWITECH

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).



**Alfaguara es un sello editorial de Prisa Ediciones**

**[www.prisaediciones.com](http://www.prisaediciones.com)**

## **Argentina**

[www.alfaguara.com/ar](http://www.alfaguara.com/ar)

Av. Leandro N. Alem, 720

C 1001 AAP Buenos Aires

Tel. (54 11) 41 19 50 00

Fax (54 11) 41 19 50 21

## **Bolivia**

[www.alfaguara.com/bo](http://www.alfaguara.com/bo)

Avda. Arce, 2333

La Paz

Tel. (591 2) 244 11 22

Fax (591 2) 244 22 08

## **Chile**

[www.alfaguara.com/cl](http://www.alfaguara.com/cl)

Dr. Aníbal Ariztía, 1444

Providencia

Santiago de Chile

Tel. (56 2) 384 30 00

Fax (56 2) 384 30 60

### **Colombia**

[www.alfaguara.com/co](http://www.alfaguara.com/co)

Calle 80, n° 9 – 69

Bogotá

Tel. y fax (57 1) 639 60 00

### **Costa Rica**

[www.alfaguara.com/cas](http://www.alfaguara.com/cas)

La Uruca

Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste

San José de Costa Rica

Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05

Fax (506) 22 20 13 20

### **Ecuador**

[www.alfaguara.com/ec](http://www.alfaguara.com/ec)

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre

Quito

Tel. (593 2) 244 66 56

Fax (593 2) 244 87 91

## **El Salvador**

[www.alfaguara.com/can](http://www.alfaguara.com/can)

Siemens, 51

Zona Industrial Santa Elena

Antiguo Cuscatlán — La Libertad

Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20

Fax (503) 2 278 60 66

## **España**

[www.alfaguara.com/es](http://www.alfaguara.com/es)

Torrelaguna, 60

28043 Madrid

Tel. (34 91) 744 90 60

Fax (34 91) 744 92 24

## **Estados Unidos**

[www.alfaguara.com/us](http://www.alfaguara.com/us)

2023 N.W. 84th Avenue

Miami, FL 33122

Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32

Fax (1 305) 591 91 45

## **Guatemala**

[www.alfaguara.com/can](http://www.alfaguara.com/can)

7ª Avda. 11-11

Zona nº 9

Guatemala CA

Tel. (502) 24 29 43 00

Fax (502) 24 29 43 03

## **Honduras**

[www.alfaguara.com/can](http://www.alfaguara.com/can)

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán

Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626

Boulevard Juan Pablo Segundo

Tegucigalpa, M. D. C.

Tel. (504) 239 98 84

## **México**

[www.alfaguara.com/mx](http://www.alfaguara.com/mx)

Avda. Universidad, 767

Colonia del Valle

03100 México D.F.



Tel. (52 5) 554 20 75 30

Fax (52 5) 556 01 10 67

### **Panamá**

[www.alfaguara.com/cas](http://www.alfaguara.com/cas)

Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,

Calle segunda, local 9

Ciudad de Panamá

Tel. (507) 261 29 95

### **Paraguay**

[www.alfaguara.com/py](http://www.alfaguara.com/py)

Avda. Venezuela, 276,

entre Mariscal López y España

Asunción

Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

### **Perú**

[www.alfaguara.com/pe](http://www.alfaguara.com/pe)

Avda. Primavera 2160

Santiago de Surco

Lima 33

Tel. (51 1) 313 40 00

Fax (51 1) 313 40 01

**Puerto Rico**

[www.alfaguara.com/mx](http://www.alfaguara.com/mx)

Avda. Roosevelt, 1506

Guaynabo 00968

Tel. (1 787) 781 98 00

Fax (1 787) 783 12 62

**República Dominicana**

[www.alfaguara.com/do](http://www.alfaguara.com/do)

Juan Sánchez Ramírez, 9

Gazcue

Santo Domingo R.D.

Tel. (1809) 682 13 82

Fax (1809) 689 10 22

**Uruguay**

[www.alfaguara.com/uy](http://www.alfaguara.com/uy)

Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42

Fax (598 2) 410 86 83

**Venezuela**

[www.alfaguara.com/ve](http://www.alfaguara.com/ve)

Avda. Rómulo Gallegos

Edificio Zulia, 1º

Boleita Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51